



DAD A  
CIÓN C

ALVARO DE CUBA

PEVERIL

DEL PICO

DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID



PP5320

UNIVERSIDAD DE MADRID

V. 5

C. 1

RALD







1080074793



f2 9



PEVERIL DEL PICO.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

29200





Obras del mismo Autor :

EL DIA DE SAN VALENTIN. 4 vol. en-12.  
GUY MANNERING. 4 vol. en-12.  
LAS AVENTURAS DE NIGEL. 4 vol. en-12.

# PEVERIL DEL PICO

(Peveril of the Peak.)

POR SIR WALTER SCOTT.

TRADUCIDO

POR EL D. W. MONTES.

Si mis lectores advirtieren, que á veces soy fastidioso, persuádanse tengo para ello algun secreto motivo.  
*Los Moralistas ingleses.*

TOMO QUINTO.

PARIS,  
LIBRERIA DE ROSA.

1836.

PARIS. — IMPRENTA DE EVERAT.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

00505



BIBLIOTECA



COMBO





BIBLIOTECA

PR 5320

P 9



Biblioteca Central Magna  
UANL

FONDO

A. R. PUEBLA DEL ESTADO

74793

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## PEVERIL DEL PICO.

### CAPITULO I.

Si al fin la fortuna adversa  
Se digna ya perdonarme  
Vivir debo en adelante  
Pues que Buckingham lo ordena.  
POPE.

La habitación espaciosa del duque de Buckingham, así como el terreno que de él dependía, llevaba en su origen el nombre de York-House, y era adyacente al palacio de Saboya.

Construida por su padre, favorito de Carlos I,





BIBLIOTECA

PR 5320

P 9



Biblioteca Central Magna  
UANL

FONDO

A. R. PUEBLA DEL ESTADO

74793

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## PEVERIL DEL PICO.

### CAPITULO I.

Si al fin la fortuna adversa  
Se digna ya perdonarme  
Vivir debo en adelante  
Pues que Buckingham lo ordena.  
POPE.

La habitación espaciosa del duque de Buckingham, así como el terreno que de él dependía, llevaba en su origen el nombre de York-House, y era adyacente al palacio de Saboya.

Construida por su padre, favorito de Carlos I,



con una magnificencia sin igual, podia casi disputar en esplendor con el palacio real de White-Hall. Pero la mania siempre en aumento de construir nuevas calles y casi una nueva ciudad, para reunir Londres con Westminster, habia dado un gran valor á todo este terreno. El hijo del fundador, duque de Buckingham actual, gustaba de empresas; y como tenia muchas veces necesidad de dinero, habia aprobado el plan propuesto por un arquitecto no menos ávido, para convertir los jardines que cercaban su palacio en aquellas calles, que conservan aun hoy el recuerdo de su nombre y títulos. Y sin embargo los que habitan ahora en Villiers-Street, Duke-Street, Buckingham-Street, y of-Alley, porque tambien se habia dado á una de estas calles el nombre de la particula que unia el titulo de duque al nombre de Buckingham \*, no apreciando ya la memoria del espiritual, bizarro y licencioso VILLIERS, DUQUE DE BUCKINGHAM, nombres que tienen todavía las calles donde viven.

\* Of significa de: de suerte que hay la calle de Villiers, calle del Duc, el callejon de y calle de Buckingham. — Ep.

El duque habia adoptado este plan de construcción con toda la prisa que se daba en todo lo que era nuevo. Destruyéronse los jardines, los pabellones fueron arrasados y las bellas cuadras demolidas. Se desvaneció toda la pompa de esta bella posesion *sub urbe*; estaba llena de escombros y cortada por todas partes con los cimientos de nuevos edificios, y los trabajos necesarios para nivelar el terreno en las diferentes lineas que debian ocupar las calles proyectadas. Pero esta especulacion, que vino á ser con el tiempo muy lucrativa, experimentó en su origen grandes obstáculos, en parte por falta de fondos necesarios, y á causa del caracter impaciente é inconstante del duque, conducido bien pronto hácia nuevos proyectos. Por tanto, aunque se hubiesen hecho muchas demoliciones en la época de que hablamos, no se levantaba todavía casi nada para reemplazar lo que se habia derribado. Sin embargo el cuerpo de habitacion principal habia quedado intacto, pero la posesion en medio de la cual se levantaba, tenia una singular analogia con el genio extrava-



gante del propietario. Aquí se veía un hermoso grupo de árboles y arbustos exóticos divididos por una cortadura destinada para formar un albañal, y sofocados bajo un monton de escombros. Allí una torre antigua que amenazaba hundirse sobre quien la miraba, y mas lejos se corria el riesgo de caer en un precipicio, abierto para practicar una cueva. El plan de esta empresa denotaba ideas grandes, pero parecia avortado por falta de dinero, ó de estabilidad en el genio del que las habia concebido. En una palabra, se notaban por todas partes las pruebas de grandes talentos mal empleados, y que habian venido á ser mas nocivos que útiles á la sociedad, á consecuencia de la imprudencia y del caracter versatil del propietario.

Habia gentes que suponian en el duque proyectos muy diferentes, sufriendo que las dependencias de su palacio estuviesen llenas de antiguos edificios medio demolidos y de nuevos edificios medio levantados. Suponian que teniendo entre manos tantos asuntos amorosos, complicado en las revueltas de una miste-

riosa política, y con la reputacion del intriguante mas emprendedor y peligroso de su tiempo, hallaba del caso el duque rodearse de todas estas ruinas, porque ningun alguacil hubiera podido penetrar sin dificultad, y sin correr algunos riesgos; y que así podia ofrecer un retiro seguro á los agentes que empleaba para las expediciones en que no queria sonar, y les proporcionaba tambien al mismo tiempo los medios de llegar hasta su persona secretamente y sin que los pudieran observar, cuando tenia razones para no recibirlos públicamente.

Dejando á Julian Peveril en la Torre, trasportaremos otra vez á nuestros lectores al tiempo y lugar en que se levantaba el duque, quien habló así á su *primer ministro*, á su criado de confianza, en la mañana del dia en que se trasladó á nuestro héroe á esta fortaleza:

— Estoy tan satisfecho de tu conducta en este asunto, Jerningham, que si Satanás mismo se me presentase, y me ofreciera el mejor de sus diablos para ponerle en tu lugar, no estaria expuesto á una grande tentacion.

— Toda una legion de demonios, dijo Jer-



ningham, inclinándose profundamente, no hubiera podido tener mas ocupacion en servicio de Vuestra Señoría que su servidor. Pero si me permite Vuestra Señoría decírselo, ha faltado poco para que tuviera mal éxito todo su plan, por no haber vuelto Vuestra Señoría ayer por la tarde, ó por mejor decir, hasta esta mañana.

— ¿Y, podrias decirme, si gustas, sabio Jerningham, por qué habia yo de volver un instante mas pronto que lo pedian mi placer y mi conveniencia?

— Yo no lo sé, milor; pero cuando se nos mandó decir por Empson, á la puerta de Chiffinch, que nos apoderásemos de esta joven, á cualquier precio y riesgo, añadió Vuestra Señoría que estaria aqui luego que pudiera deshacerse del rey.

— ¡Deshacerme del rey, grandísimo pillo! ¿qué modo de hablar es ese?

— Empson es quien nos ha dicho que Vuestra Señoría se habia expresado así.

— Jerningham, lo que Mi Señoría puede decir, no es decente que bocas como la tuya y la

suya lo repitan, dijo el duque con altanería; pero al momento volvió á su tono familiar, porque era tan caprichoso en el humor como en los gustos, y añadió: — Ya veo donde vas á parar, tunante; tu querrias saber lo que me ha sucedido despues que te mandé mis órdenes desde el cuarto de Chiffinch; y luego tu valentía querria echar otra nueva fanfarronada para celebrar tu retirada muy diestra cuando dejaste á tu camarada en manos de los Filisteos.

— Suplico á Vuestra Señoría, considere que no me retiré sino para salvar el bagaje \*.

— Como, es eso, señor mio, ¿viene vm. á hacer en mi presencia el papel de agudo? Me alegro que sepa vm. fustigarian los mozos de cordel y los simones al tonto mas grande de una parroquia, si quisiera hacerles pasar una miserable pulla por agudeza.

— Y con todo, milor, me acuerdo muy bien que Vuestra Señoría se ha servido del juego de palabras.

— Debes deshacerte de la memoria, picaro,

\* La palabra inglesa que significa el bagaje, tambien quiere decir la moza en la acepcion menos honesta de la palabra. — E.



ó enseñarla á tener mas discrecion, y sino perjudicará mucho á tus adelantos en este mundo. Puedes haberme visto jugar á la pelota con los ciudadanos, dar un beso á una criada bonita por capricho, beber cerveza y comer por fantasía queso asado en una taberna; pero, ¿conviene que te acuerdes tú de estas locuras? No hablemos mas de esto; ¿dime como este gran imbecil, Jenkins, ha podido dejarse traspasar de parte á parte por un pastor rústico como ese Peveril?

— Suplico á Vuestra Señoría crea que este Corydon no es novicio. He visto dar los primeros botes, y no conozco mas que una mano que sepa manejar una espada con tanta gracia, soltura y viveza.

— ¡Si ahora salimos con eso! dijo el duque desvainando la espada; no lo hubiera creído. Esta hoja tiene algo de orin y necesita usarse. El nombre de Peveril no es oscuro. Lo mismo es ir á Barn Elms, ú detras de Montagu-House, con él que con otro. Por otra parte su padre está conocido por haberse metido en la conspiración; el público mirará este acto como di-

gno de un buen protestante. Necesito hacer alguna cosa para sostener mi buena fama en la ciudad, para que me perdonen el no ser mas puntual en asistir á las oraciones y sermones. Pero el famoso vencedor está muy estrechado en Newgate, segun me has dicho; y ¿debo presumir que su tonto adversario ha muerto ó está muriéndose.

— Nada de eso, milor; se restablecerá: la hoja no ha tocado por fortuna ninguna de sus partes vitales.

— ¡Al diablo con sus partes vitales! Dile que no me acomoda verle tan pronto fuera de peligro, ó que le mataré de veras.

— Mejor será decirselo á su cirujano, milor.

— No faltes, y dile que valdria mejor para él ponerse en agonía que curar á su enfermo antes que yo se lo permita; no quiero que suelten tan pronto á este tunante.

— No hay mucho que temer le suelten, milor. He oido decir que le han envuelto ya en sus redes ciertos testigos, en razon de algunos sucesos del norte, y deben trasladarle á la



Torre, tanto por esto como por algunas cartas de la condesa de Derby, según dicen.

— ¡Pues bien! que vaya á la Torre, y salga de ella como pudiere. Cuando sepas que está bien empadado, cúrese el majadero maestro de esgrima tan pronto como su cirujano y él puedan arreglarlo.

Entonces el duque dió dos ó tres vueltas por el cuarto, sumergido al parecer en sus reflexiones. Jerningham esperó su resultado; porque sabía que, cuando su patron parecía muy ocupado en alguna idea, este acceso nunca era de bastante duración para llegar á ser una prueba muy seria de su paciencia.

En efecto, el silencio no duró mas que siete á ocho minutos, después del cual el duque le rompió tomando de su tocador una gran bolsa de seda que parecía llena de oro. — Jerningham, dijo, eres un pillo fiel, y sería lástima no recompensarte. El rey me había desafiado á la pelota, y le he ganado. El honor me basta, tú serás el que tenga los provechos, amigo mío.

Jerningham guardó la bolsa dando las gracias correspondientes.

— Ya sé, continuó el duque, que me repruebas por mudar tantas veces mis proyectos, y, por vida mía, te he oído decir sobre esto tan bellas cosas, que principio á ponerme de tu parecer; dos ó tres horas ha que me repruebo por no haber tenido en vista siempre un solo fin; como lo haré sin duda (dijo pasándose la mano por la frente), cuando la edad haya hecho criar bastante orín á esta beleta para que no dé vueltas á todo viento. Pero, por ahora, en tanto que tengo toda mi fuerza y actividad, dé vueltas como la que está en el mastil de un barco para anunciar al piloto por donde debe dirigir su carrera; y cuando se tratará de la mía, creo que estoy fletado para seguir la fortuna, y no para criticar su marcha.

— Todo lo que puedo comprender en esto, respondió Jerningham, es que Vuestra Señoría ha cambiado alguna cosa en ciertas medidas que había adoptado, y que piensa haber tenido razón en hacerlo.

— Lo juzgarás tú mismo, Jerningham. He visto á la duquesa de Portsmouth.... ¿A qué viene este movimiento de sorpresa....? Sí, ¡por



el cielo! la he visto, y de enemigos mortales que eramos, nos hemos hecho amigos jurados. El tratado entre estas dos altas potencias encerraba algunos artículos importantes, y yo trataba con un negociante francés con guardapieses: tú confesarás pues que algunas horas de ausencia no eran mas que lo preciso para determinar nuestros arreglos diplomáticos.

— Vuestra Señoría me sorprende. ¿Con qué se ha abandonado del todo el plan de Christian para derribar la señorísima? Yo creía que no habia hecho venir aquí á la bella, destinada para reemplazarla, sino con el fin de encargarse por sí mismo de llevarle á cabo.

— No me acuerdo cuales eran entonces mis intenciones, sino que yo no queria me tomase por tonto como á este buen hombre de rey, y estoy determinado á ello todavía, pues que me haces pensar en la muchacha. Pero mientras jugábamos á la pelota, habia recibido de la duquesa un billete lleno de contrición. Fui á verla, era una Niobe perfecta. ¡Por vida mia! Jerningham hay mugeres que son, á pesar de sus ojos encarnados y de su pelo caído, como

dicen los poetas, mas bellas en la afliccion. Fué menester decirme la causa, y lo hizo con tanta humildad, tanto arrepentimiento, se puso de tal modo á merced mia, ella que es la princesa la mas orgullosa de toda la corte, que hubiera necesitado tener un corazon de bronce para resistir. En una palabra, Chiffinch, en uno de sus accesos de embriaguez, habia charlado, y puesto al joven Saville al corriente de nuestra intriga. Saville quiso jugarnos una pasada, é informó á la duquesa de todo por un expreso, que por fortuna llegó un poco tarde al mercado. Supo ella tambien, porque es un demonio para saberlo todo, que habiamos disputado el amo y yo, con respecto á esta nueva Filis, y que probablemente yo seria quien cojeria el pájaro, como es facil adivinarlo cuando nos miran á los dos; no puede menos de pensar que el caramillo de Empson fué quien tocó esta sonata á los oidos de Su Señoría. Y pensando que sus perros y los mios podian cazar juntos, me suplicó hiciese perder la huella á los de Christian, y quitar de la vista del rey á la muchacha, sobre todo si era, como



lo suponian, un raro modelo de perfeccion.

— ¡Y Vuestra Señoría ha prometido emplearse para sostener una influencia que tantas veces juró trastornar!

— Si, Jerningham, porque habia logrado tan bien mi intento viendo que reconocia en algun modo hallarse en poder mio oyéndola pedirme misericordia. Por otra parte, ¿qué me importa la escala que me servirá para subir al gabinete del rey? La de Portsmouth está ya colocada: ¿por qué no servirse de ella en lugar de derribarla para colocar otra? No gusto de trabajos sin fruto.

— ¿Y Christian?

— Puede irse con todos los diablos, como un asno lleno de locas pretensiones. Por vida mia, lo que mas me gusta en toda esta intriga, es el gusto de vengarme de este miserable, que se ha creído tan importante, que ha tenido la osadía de forzar mi puerta para venir á darme una lección como á un estudiante. ¡Vaya con los diablos ese colgajo de horca, ese reptil hipócrita! Si habla una palabra, haré

que le partan las narices como al de Coventry\* Vamos, ahora que me acuerdo, ¿ha llegado el coronel?

— Le espero de un momento á otro, milor.

— Enviale aquí en cuanto llegue. ¡Y bien; ¿Por qué me miras? ¿qué aguardas?

— Las órdenes de Vuestra Señoría con respecto á la joven.

— ¡Por Dios, que la tenia olvidada enteramente! ¿Está muy llorosa? ¿muy afligida?

— No tiene traza de tomar las cosas como algunas de las princesas que he visto, milor; pero cuanto á una indignacion profunda y concentrada, nunca he visto nada que se le pueda comparar.

— ¡Pues bien! la dejaremos el tiempo de calmarse: no quiero tratar por segunda vez con una hermosa afligida. Estoy fastidiado de ver ojos hinchados y rostros abatidos. Ademas debo reservar mis medios de consuelo. Retírate, y no te olvides de enviar aquí al coronel.

\* Véase sobre este asesinato atroz la *Vida de Dryden*, por sir Walter Scott. — Ed.



—¿Permitiráme Vuestra Señoría que le haga otra pregunta?

— Habla pronto, y márchate.

—Pues que Vuestra Señoría ha resuelto abandonar á Christian, ¿puedo yo preguntar en que viene á parar el reino de Man?

— Está olvidado, ¡ como soy cristiano! tan completamente olvidado como si nunca hubiese formado tal proyecto de ambicion real. ¡Qué demonio! es preciso tratar de empalmar los hilos rotos de esta intriga embrollada. Con todo, no es mas que una miserable roca, que no vale el tiempo que he perdido en pensar en ella; y cuanto á la palabra reino, suena bastante bien, á la verdad, pero, en el fondo, otro tanto valdria poner en mi sombrero una pluma de capon, y llamarla un penacho. Por otra parte, ahora que lo reflexiono, ¿seria muy honroso confiscar asi este reinecito? He ganado mil piezas de oro al joven conde de Derby, la última vez que vino aquí, y he permitido que se mostrase en la corte arrimado á mi. No sé si la renta total de su reino vale el doble de esta suma. Si él estuviese aquí, se le

apostaria con menos trabajo de lo que seria preciso para seguir las intrigas tortuosas de este Christian.

— Si me permitiese hacerle una observacion, milor, diré gustoso que, si le sucede algunas veces mudar de opinion, no hay nadie en Inglaterra mas capaz de dar sobre ello excelentes razones que Vuestra Señoría.

— Pienso lo mismo, Jerningham, y tal vez por esto la mudo, gusta el hombre de justificar su conducta y de hallar buenas razones para hacer lo que se quiere. Y ahora, márchate, vuelvo á decir... ¡ Espera un poco! ¡oye! Necesito algunas piezas de oro, vuélveme la bolsa que acabo de regalarte, y te daré un recibo de esta misma suma, añadiendo los intereses de dos años, en favor de este viejo Jacob Doublefee.

— Como Vuestra Señoría guste, respondió Jerningham, cuya provision de paciencia estaba apurada y bastó apenas para ocultar la mortificacion que experimentaba viéndose obligado á cambiar el metal brillante contenido en la bolsa que se le habia dado, contra



un recibo á largo plazo, y cuyo pago, como lo sabia por experiencia, podia sufrir dilaciones ó dificultades. Hizo voto en secreto, pero solemnemente, que dos años de intereses no serian la sola indemnizacion que tendria por el cambio sobrevenido á pesar suyo en la forma de su recompensa.

— El confidente, poco satisfecho, salió por fin del cuarto, y encontró en lo alto de la escalera al mismo Christian, quien, con toda la libertad de un antiguo amigo de la casa, tomaba el camino del cuarto del duque, sin mandar pasar recado. Jerningham, pensando que venia muy mal á propósito en este momento de crisis, procuró despedirle, diciendo que el duque estaba indispuesto y en su alcova, y lo dijo bastante alto para que su amo pudiese oírlo y valerse de la excusa hecha en su nombre, retirándose efectivamente á este santuario, encerrándose en él y echando el cerrojo.

Pero, muy lejos de recurrir á una estratagemata que habia empleado mas de una vez para dispensarse de recibir aun aquellos á

quienes habia citado para algun negocio importante, Buckingham alzó la voz desde el fondo de su aposento, y mandó á su camarero hiciera entrar al instante á su amigo M. Christian, regañándole porque le hizo esperar un poco.

— Si Christian conociese á Su Señoría tan bien como yo, dijo para sí Jerningham, primero haria frente al furor de un leon, como el valiente aprendiz de Londres, que aventurarse ahora presentándose á mi amo, cuyo humor no es mucho menos peligroso.

Abrió la puerta del cuarto del duque á Christian, y tuvo cuidado de apostarse de modo que pudiera oír todo lo que pasara.





## CAPITULO II.

- Las damas se estremecen
- Al contemplar tendido sobre el puente
- El delfin moribundo. « — Ciertamente.
- Les dice el capitán , tales melindres.
- Al ir á naufragar muy mal parecen.
- Si nos vamos á pique, esos señores.
- Sin escrúpulo vano.
- Se sabrán regalar á mil primores
- Con la carne sabrosa de un cristiano.
- Pues que á nuestro bordo uno ha venido
- Que reciba el convite de antemano.
- El sabio aplaude cuando ve comido
- A un comilon, y alégrase gustoso
- El diablo cuando engañan á un tramposo.

*El Viage por mar.*

Aunque fuera poca la experiencia que Christian tuviese del mundo, que no habia visto siempre por la mejor faz, el recibimiento que, cuando se presentó, le tuvo el duque, no era capaz de hacerle sospechar que hubiera recibido Su Señoría con mas gusto al diablo en

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS<sup>2</sup>



persona que á él, á no ser que la cortesía extraordinaria de Buckingham para con un conocido tan antiguo le hubiera hecho presumir algun tanto.

Habiendo ya escapado Christian no sin trabajo del preámbulo insignificante de los cumplimientos generales, que tenían tanta relación con sus negocios como el *limbo patrum* de Milton con la tierra sensible y material, preguntó al duque con aquella franqueza brusca que siempre servía de velo á su disimulo, si había ya mucho tiempo que no viera á Chiffinch ó á su muger.

— No hace mucho que vi á los dos, respondió Buckingham, pero creía hubiese vm. estado en su casa. Yo debía pensar desplecase vm. mas celo en el éxito del gran proyecto.

— Dos veces me he presentado allá, dijo Christian, pero no me ha sido posible acercarme á esta pareja de tanta importancia. Comienzo á recelar que no andan muy derechos.

— Y por todas las regiones visibles del aire y sus estrellas, no fardaría vm. en vengarse de ello, señor Christian. Yo conozco los principios

de los Puritanos en este punto y sé que son los de vm. Es preciso que la venganza sea tan dulce como se dice, pues que personajes tan graves y tan sabios están dispuestos á darle la preferencia sobre todas las dulzuras que ofrecen á los pobres pecadores los placeres de este mundo.

— Podeis chancearos, milor, pero...

— Con todo, vm. se vengaría de Chiffinch y de su mugercita tan acomodada, pero es una empresa no muy facil. Chiffinch tiene tantos medios para ganar la voluntad de su amo; su digna mitad es una especie de aderezo tan util, y tiene modales tan atractivos, que como soy, en el lugar de vm. no me atreveria á pensar en ello. Pero, ¿qué importa que le hayan cerrado á vm. la puerta? Eso es lo que algunas veces hacemos con nuestros mejores amigos, como á nuestros acreedores y á los importunos.

— Si estais en ánimo de chancearos así tan fuera del caso, milor, ya conocéis mi paciencia; ella siempre es la misma; esperaré á que tengais á bien hablar con mas seriedad.



—¿Con mas seriedad? ¿Y por qué no? Solo deseo saber cual es el asunto serio de que quiere hablarme.

— Pues bien, milor, dijo Christian con mucho misterio, os diré pues, en una palabra, que habiéndoseme cerrado la puerta de Chiffinch, y habiéndome presentado sin fruto á la vuestra, concluyo una de dos cosas; ó que nuestro plan se ha trastornado, ó que quieren separarse de mi para llevarle á cabo.

— ¡Separarse de vm., Christian! Esto seria una injusticia y una perfidia como querer privar de la parte en el botin al ingeniero que dirigió el ataque. Oigame vm.: siento mucho deber darle malas noticias sin tener tiempo de prepararle para recibirlas; pero supuesto desea vm. saberlo todo, y que no se avergüenza de sospechar contra sus mejores amigos, me obligará vm. á decir lo que hay. Diré á vm. por tanto, que su sobrina se ha ido de la casa de Chiffinch antes de ayer por la mañana.

Christian dió un paso atras como si le hubieran dado un golpe violento, y se le subió la sangre á la cabeza con tal vehemencia, que

creyó el duque por el pronto le daba un accidente de apoplejia pero, tomando luego todo el imperio que sobre si mismo podia tener en tales circunstancias, dijo en un tono de voz, cuya calma presentaba un contraste casi espantoso con el cambio extraordinario de su fisionomia:—¿debo yo concluir de aquí, milor, que esta joven, renunciando la proteccion del techo bajo el cual yo la pusiera, ha encontrado una retirada en casa de Vuestra Señoría?

— Señor mio, esa suposicion hace á mi galantería mas honor de lo que se merece.

— ¡Oh! milor, á mí no podeis engañarme con ese guirigai de la corte. Y sé muy bien de lo que Vuestra Señoría es capaz. Me consta que, para satisfacer un capricho momentáneo no dudariais en destruir los planes de proyectos para cuyo éxito feliz hubierais trabajado vos mismo. Pero supongamos que habeis logrado vuestro designio, y os hayais reido de las precauciones por mí tomadas para la mayor seguridad de vuestros intereses y los de otros muchos; pero sepamos á lo menos hasta qué punto ha llegado la locura, y busquemos



los medios de prevenir sus consecuencias.

— Por mi vida, Christian, dijo el duque riéndose, que es vm. el modelo de los tios y tutores: bien poco le importa que su sobrina de vm. corra tantas aventuras como *la novia del rey de Garba de Bocacio*, pura ó manchada es preciso hacer de ella un escalon para llegar vm. á lo alto de la fortuna.

Dice un proverbio italiano que la flecha del desprecio traspasa la concha de la tortuga, esto mismo sucede cuando advierte á cualquiera su conciencia que tiene bien merecido un sarcasmo. Picado Christian por la reconvencion del duque tomó un tono altanero y amenazador, nada conveniente á su posicion, que semejante á la de Shylok \* le imponia el deber de armarse de paciencia. — Sois un miserable indigno de vuestro rango, milor, y os daré á conocer como tal, si no me dais una satisfaccion por este insulto.

— Y ¿quien debo yo figurarme que es vm., replicó Buckingham, para darle á vm. el menor

\* El Judío del Mercader de Venecia. — ED.

derecho de esperar esa satisfaccion de un hombre como yo? ¿Qué nombre debe darse á esa intriga que causa esta desavenencia no esperada entre nosotros?

Calló Christian, entrecortado por la rabia, ó confundido con el peso de una conviccion interior.

— Vamos, vamos, Christian, continuó el duque, nosotros nos conocemos demasiado bien, y no podrá ser que riñamos sin peligro. Podemos aborrecernos, tratar de hacernos mal, esto se usa en las cortes; pero darnos á conocer! fuera! eso no.

— No he hablado así, dijo Christian, sino porque Vuestra Señoria me apuró la paciencia. Sabéis milor que yo he manejado las armas, tanto en Inglaterra como en el extranjero, y no debeis ser tan temerario que creais sufriré yo algun insulto que se pueda reparar con sangre.

— Por el contrario, Christian, respondió el duque con una cortesía irónica, yo estoy bien convencido de que la vida de una docena de amigos seria para vm. una bagatela, si su existencia pudiera perjudicar no diré á su honor,



sino á sus intereses. ¡Nada! Christian nos conocemos tiempo ha; yo sé que no es vm. cobarde; pero veo con gusto que puedo hacer saltar algunas chispas de su alma tan helada. Ahora le daré á vm., pues que le agrada, noticias de la joven, por quien, suplico á vm. me crea, tengo un verdadero interés.

— Os escucho, milor. No creais que vuestra sonrisa irónica ni el movimiento del entrecejo se me han escapado. Sabeis muy bien aquel proverbio. Bien se reirá quien el último se ría. Pero estoy atento.

— Doy gracias á Dios por ello, Christian, porque el asunto es urgente, y yo aseguro que no hallará vm. en él una sola palabra capaz de excitar la risa. Sepa vm. pues un hecho por cuya verdad puedo presentar mi vida, fortuna y honor, si es que un hombre de mi clase debe dar otra garantía que su mero dicho. Habiendo ido ayer mañana en casa de Chiffinch con el ánimo de pasar un rato, por no saber en que ocuparme, y enterarme del estado de su proyecto de vm., hallé allí al rey sin pensarlo y presencié una escena muy singular. Su sobrina

de vm. asombró á Chiffinch, hablo de la hembra de uno de estos dos animales, se las apostó al rey facha á facha, y partió en triunfo custodiada por un joven abispado que no tiene nada de notable, no siendo un exterior agradable, y la ventaja de una impudencia inalterable. Por mi vida, no puedo menos de reirme cada vez que me acuerdo del modo con que nos vimos escarnecidos el rey y yo; porque no negaré que me habia divertido en decir algunos chicleos á la doncellita. Pero ¡por Dios mi padre! el mozo tunante cargó á nuestras barbas con ella como mi propio Drawcansir \* hace que desaparezcan las copas de la mesa de los dos reyes de Brentford. Mostraba al retirarse una especie de dignidad que quiero enseñar á Mohun \*\* el modo de imitarla. ¡Convendria grandemente á su papel!

\* Héroe terrible, que segun la definicion de Bayes: «Espanta á su dama, gruñe á sus enemigos, desbarata los ejércitos, y hace cuanto le pasa por la cabeza sin mirar el número de sus enemigos, la política ni la justicia.» Conviene ver en *la Repe-tition* la escena en que birló con sutileza el banquete de los reyes de Brentford. — En.

\*\* Actor de aquel tiempo.



— Todo eso es incomprendible, milor, dijo Christian, que habia ya recobrado toda su serenidad ordinaria; no puede vm. persuadirse que yo doy crédito á semejante historia. ¿Quién hubiera tenido tal atrevimiento de robar á mi sobrina delante del rey? ¿Y cómo, siendo ella tan sabia y circunspecta como me consta que lo es, se hubiera decidido á marcharse con un joven á quien ella no debia conocer? No, milor, no creo nada de eso.

— Uno de sus clérigos de vm., devotísimo Christian, se contentaria con responderle diciendo: — Muere en tu incredulidad ¡infel!

— Pero yo soy un mundano, un pobre pecador, y le daré las pocas noticias que puedo añadir á lo que ya llevo dicho. El nombre de este joven, segun se me ha dado á entender es Julian, hijo de sir Geoffrey, á quien la gente da el nombre de Peveril del Pico.

— ¡Peveril del demonio que salió de su caverna! exclamó Christian con calor, le conozco y le creo capaz de dar un golpe atrevido y desesperado. Pero, ¿cómo ha podido llegar á la presencia del rey? Es preciso que todo el

infierno haya venido á su socorro, ó que se mezcle el cielo en los negocios de este mundo mas de lo que yo pensaba. Si esto es así, Dios nos perdone, pues no pensábamos cuidaba de nosotros.

— Amen, cristianísimo Christian: me alegro que te quede algun resto de compuncion consintiendo que la gracia te toque de ese modo. Pero Empson, la Chiffinch, y ademas media docena de personas han visto llegar y retirarse al galan pastor. Vaya vm. y examine estos testigos con su acostumbrada sabiduria, si no se persuade emplearia mejor el tiempo en perseguir á los fugitivos. Yo creo que ha entrado en compañía de unos máscaras ó bailarines. Ya sabe vm. que el viejo Rowley es muy accesible á cualquiera que pueda divertirle. Así se ha introducido el terrible conquistador, como Samson en los Filisteos, para trastornar nuestro excelente proyecto y sepultarnos bajo sus escombros.

— Os creo, milor, me veo forzado á ello. Y os perdono porque es natural en Vuestra Señoría reirse de todo lo que lleva consigo ruina y destruccion. Pero, ¿dónde fueron ellos?



— Sin duda al condado de Derby, porque hablaba sobre ir á buscar la proteccion de su padre, no pensaba de modo alguno en vm., digno Christian. Pasaron ciertas cosas en casa de Chiffinch, ciertas cosas que la hicieron pensar no mereceria la aprobacion de su padre el modo con que vm. dispuso de ella en Londres.

— ¡ Alabado sea Dios! Ella no sabe que su padre se halla en Londres. Habrán ido al castillo de Martindale ó á Moultrassie-Hall, y en ambos casos están en mi poder. Me precisa seguirles la huella, voy para el condado de Derby. Todo irá mal si ella viese á su padre antes de que se reparasen todas estas faltas. Dios guarde á Vuestra Señoría, milor, os perdono el haber contribuido como debo recelarlo á que se frustrara nuestra empresa. Ahora no es tiempo de hacernos reconvenciones.

— Es verdad, Christian, si yo puedo servir con hombres, caballos ó dinero, lo haré con gusto.

— Muchas gracias, milor, respondió Christian, y se salió del cuarto con precipitacion.

Estuvo el duque oyendo el ruido que hacia Christian cuando bajaba la escalera y al momento que ya no le oyó, dijo á Jerningham que habia entrado al tiempo de salir el otro: ¡ Victoria! ¡ victoria! *magna est veritas et praevalerit*\*. Si yo hubiera dicho una sola mentira delante de este miserable, le son tan conocidas las regiones de la falsedad, su vida toda fué un tejido tal de imposturas, que me lo hubiera conocido al momento. Pero le he dicho la verdad y este ha sido el único modo de engañarle. ¡ Victoria! mi querido Jerningham. Mas orgulloso estoy por haber engañado á Christian, que si hubiera hecho ver las estrellas al mediodia á un ministro de estado.

— Eso es hacer un gran elogio de su prudencia, milor, dijo Jerningham.

— O á lo menos de su astucia, respondió el duque, y en la carrera ella vence á la prudencia, lo mismo que en la rada de Yarmouth una barca de pescadores podrá batir á una fragata. Pero yo puedo impedirle que venga á Londres

\* La verdad es grande y triunfará.



hasta despues del desenlace de todas sus intrigas.

Aun estaba él hablando, cuando un gentil hombre de cámara entró diciendo:— aquí está el coronel por quien ha preguntado Vuestra Señoría tantas veces.

—¿Habrá él encontrado á Christian? preguntó el duque con viveza.

— No, milor, el coronel ha venido por la escalera del jardin viejo.

— Me lo pensaba. Es un mochuelo que no se dejará ver entrado el dia, como halle una zarza donde ocultarse. Allá viene por un callejon tortuoso y lleno de escombros con una cara casi tan siniestra como el pájaro de mal agüero á quien se parece. A este tiempo entró en el cuarto el coronel, porque al parecer no se le daba otro nombre que el de su grado militar. Era un hombre alto, robusto, que segun indicaba estaba mas que á la edad media, y cuya fisonomía pudiera pasar por bella, si no tuviese la frente casi cubierta de una nube sombría. Al tiempo de hablarle el duque bajaba al suelo los ojos que eran grandes y serios, pero los le-

vantaba para hablarle y fijaba en él la mirada de un observador atento. Su vestido era muy sencillo, mas parecido al de los Puritanos que al de los caballeros de aquel tiempo; un sombrero negro de alas grandes como el de los Españoles, grande capa negra y espada larga, le daban el aire de un castellano, y su planta derecha, unida con su gravedad, le daban todavía mas semejanza.

— Muy bien, coronel, dijo el duque, tiempo hace ya que no nos hemos visto. ¿Cómo ha pasado vm. el tiempo?

— Como le pasan los hombres activos cuando las circunstancias los condenan á la inaccion, respondió el coronel, como el bergantin chasqueado en el cieno de un ancon y cuya seguridad raja todas las tablas.

—Y bien, coronel, ya he dado á su valor ocupacion, y aun puedo darle otra, luego que yo vea el bergantin reparado y dispuesto al aparejo.

— Infiero de eso que Vuestra Señoría tiene que ordenar algun viage.



— Al contrario hay uno que quiero se impida.

— Es otra cancion por el mismo compás. Pues bien, milor, ya oigo.

— ¡O! En suma no es mas que una bagatela. ¿Vm. conoce á Ned Christian?

— Sin duda, milor; nos conocemos mucho tiempo ha.

— El parte para el condado de Derby en busca de cierta sobrina que con trabajo podrá encontrar allí. En este caso cuento con vuestra amistad bien experimentada para impedirle la vuelta. Parta vm. con él ó sálgale al encuentro, acarícielo ó atáquele: en una palabra, haga vm. de él lo que mejor le parezca, pero disponga vm. el negocio de modo que no vuelva á Londres hasta despues de quince dias, nada me importa que le suceda cualquier cosa.

— Porque entonces consentirá Vuestra Señoría que se halle á la sobrina, si alguno juzga que merece la pena de buscarla.

— Puede vm. creerme, vale la pena de que la busque vm. mismo; lleva en su delantal milla-

res de libras. Una mujer como esta le excusaría el trabajo de vivir á expensas del público.

— Milor, yo vengo, respondió el coronel con un aire sombrío, mi sangre y mi espada, pero no mi honor. Si me llevo á casar, mi lecho nupcial será pobre, mas honrado.

— En tal caso, su mujer de vm. será la única cosa honrada que vm. tenga, por lo menos desde que yo le conozco.

— Vuestra Señoría podrá decir lo que guste sobre este negocio; vuestros asuntos son los que me han ocupado algun tiempo ha, y si han sido menos honoríficos que los he deseado, el que manda es tan culpable como el que ejecuta. Pero, yo casarme con una manceba jubilada; ¡Oh! No hay nadie, como no sea Vuestra Señoría, que se hubiera tomado la libertad, y se hubiese atrevido á proponerme semejante cosa.

El duque dió una gran carcajada. — Ciertamente esto es lo mismo que dice mi viejo Pistol:

¡Qué! ¿quiero venir á ser



El sie Pandarus de Troya  
 Quando aun se puede ver  
 Al lado hierro que corta?  
 Antes mil veces lo lleve  
 Lucifer : si tal sucede .

— Yo he tenido una educacion muy sencilla para comprender fragmentos de comedias en verso, milor, dijo el coronel con un tono avinagrado. ¿Tiene Vuestra Señoria otras órdenes que darme?

— Ninguna mas. Ahora que me acuerdo, me han dicho que habia vm. publicado una narracion de ciertos hechos relativos á la conspiracion.

— ¿Y quién me lo hubiera impedido, milor, me lisongé de ser un testigo tan irrecusable como cualquiera de los oidos hasta el dia.

— A la verdad que estoy plenamente convencido de ello; y me hubiera parecido muy duro, cuando habia tanto que ganar en hacer mal, que un tan buen protestante como vm. no tuviese su pedazo de torta.

— He venido á tomar órdenes de Vuestra Se-

Shakspeare, *Enrique V.*

ñoria, milor, no para ser el blanco de las saetas de su talento.

— Bien dicho, noble é inmaculado coronel. Como va vm. á entrar en mi servicio, á paga entera por un mes, suplico á vm. acepte este bolsillo para su equipaje y gastos imprevistos. Vaya vm. con Dios, que de tiempo en tiempo recibirá vm. mis instrucciones

— Y recibirán su fiel y entero cumplimiento, milor, dijo el coronel; yo conozco los deberes de un oficial subalterno. Buenos dias dé Dios á Vuestra Señoria, milor. Al decir esto se guardó el bolsillo, sin dudar aceptarle ni aun en apariencia, sin manifestar alguna gratitud, ó mas bien como si fuese parte esencial de un tratado, y se salió del cuarto con toda su gravedad sombría.

— Ahí va un picaro como yo los quiero, dijo el duque al verle salir : ladrón desde la cuna, asesino desde que pudo tomar el puñal, hipócrita profundo en religion, mas aun cuanto al honor, salteador que venderia su alma al diablo para cometer un crimen, y que degollaría á su hermano, si no temiera que le lla-



maran fraticida. ¿Y qué significa eso? á qué viene ese exterior de admiracion, señor Jer-ningham? ¿Por qué me mira vm. como si fuera yo un monstruo de las Indias que se paga un shelling por verle? ¿Para qué abre vm. hasta mas no poder esos ojazos redondos como si recelara perder un farthing del dinero que ha dado. Creame vm., pestañee para conservar la vista, y encargue á su lengua que me explique este misterio.

— Doy á Vuestra Señoría mi palabra, milor, pues que me obligais á hablar, y os aseguro ser esto lo único que puedo decir: cuanto mas vivo con Vuestra Señoría, mas dificultad tengo en penetrar los motivos de vuestras acciones. Otros hacen planes para lograr placer y utilidad en ejecutarlos, pero vos, milor, como que hallais un gusto particular en frustrar vuestros mismos proyectos en el instante mismo en que deben tener efecto, como un chiquillo, perdóneseme la comparacion, como un niño que rompe el juguete con que se ha entretenido, ó como un hombre que incendia su casa medio edificada.

— Y, ¿por qué no, si quiere calentarse las manos al calor del fuego?

— Está muy bien, milor, ¿pero no se expone á quemarse los dedos? Una de las mas excelentes calidades de Vuestra Señoría es oír la verdad sin darse por ofendido; pero aun cuando así no fuese, no podria yo menos de deciroslo en esta ocasion.

— ¡Pues bien! prosigue, que me halló dispuesto para oírla, dijo el duque dejándose caer en un sillón y tomando un mondadientes con indiferencia, gracia y magnanimidad; me siento picado de curiosidad por saber qué juicio forman los pucheros de barro vil y bajo como tú, de nosotros, vasos tersos de la china mas pura \*.

— Permitidme, pues, milor, preguntaros, á nombre de Dios, ¿qué mérito os atribuis, qué ventaja esperais sacar por haber introducido en todo lo que os interesa un caos semejante al de aquel poema del ciego viejo Cabeza Moronda tan estimado de Vuestra Señoría \*\*? Comen-

\* Alusion á un verso de Dryden. — Ep.

\*\* El *Paraiso perdido* de Milton. — Ep.



zando por el rey, se incomodará, sin embargo, de su buen humor al ver que os haceis su rival otra vez.

— Su Magestad me ha desafiado á ello.

— Habeis sacrificado vuestros intentos acerca de la isla de Man con haberos puesto mal con Christian.

— No daria ahora por ella un farthing.

— Con perder á Christian, á quien habeis insultado, y cuya familia quereis deshorrar, habeis perdido un partidario muy sagaz, celoso, é imperturbable.

— ¡Pobre Jerningham! Estoy seguro que Christian diria otro tanto de ti, si yo te despidiera mañana. Vuestro error comun entre todos vosotros que sois instrumentos subalternos, consiste en creeros indispensables. En cuanto á su familia, como nunca fué honrada, nada de lo que yo haga podrá deshorrarla.

— No hablaré de Chiffinch á Vuestra Señoría, y con todo no dejará de enfadarse bastante, cuando sepa como ha salido de su casa la muchacha y quien ha tenido la culpa. Pero no hablo de él ni de su esposa.

— Y tienes razon; aun quando fuesen dignos de que se hablara de ellos en mi presencia, su desgracia es una de las condiciones que ha puesto la duquesa de Portsmouth para nuestra reconciliacion.

— Aun, con respecto á ese podenco de coronel, como él se llama, no puede Vuestra Señoría soltarle contra la caza que debe perseguir, sin hacerle una indignidad, de que no se olvidará sino para arrojarse sobre Vuestra Señoría, si alguna vez tiene ocasion.

— Y yo cuidaré muy bien de que no la tenga. Todos tus temores huelen á crápula, Jerningham, sacude bien á tu perro, si quieres que te obedezca, y no permitas que tus agentes ignoren que sabes conocerlos y apreciarlos. Si trata como hombre de honor á un malvado, acabaria por olvidarse de lo que es. Pero basta de censura y de avisos, Jerningham; estamos de diverso dictamen acerca de todos los puntos. Si los dos fuésemos ingenieros, tú pasarias toda la vida en seguir el movimiento del huso de una vieja que hila una onza de cáñamo por dia; y yo estaria sin cesar junto á las máquinas



mas complicadas de pesos, contrapesos y ruedas, dando vida y movimiento á la obra maestra mas ingeniosa, y arreglando el movimiento de cien resortes.

— ¿Y vuestra fortuna durante este tiempo, millor? permitaseme esta última observacion.

— Mi fortuna es demasiado grande para que me infunda temor una heridilla. Por otra parte ya sabes tengo guardadas mil recetas para curar los arañazos y contusiones que se le hacen algunas veces al untar las ruedas.

— Vuestra Señoría habla de la pólvora de proyeccion del doctor Wilderhead?

— ¡Quita allá! es un empírico, y un charlatan.

— ¿O del plan de Drowndland para secar las lagunas?

— Menos aun, es un estafador, es decir un procurador.

— ¿O de la venta de leña del Laird de Lackpelf, en las montañas de Escocia?

— Es un escocés, es decir embustero y por-diosero.

— ¿Se trata, pues, de calles principiadas en el terreno inmediato á vuestro palacio?

— El arquitecto es un bestia, y este plan no es mas que una pamplina. Estoy fastidiado de ver todos esos escombros, y cuento reemplazar pronto nuestros paseos de árboles, nuestros bosquetes y nuestras praderitas, por un jardin á la italiana y un palacio nuevo.

— Esto seria destruir vuestra fortuna, millor, en lugar de repararla.

— ¡Espiritu mezquino y obstruido! ¿te has olvidado de la mas hermosa de todas las especulaciones, las pescas del mar del Sur? Las acciones ganan ya cincuenta por ciento. Ve corriendo á la bolsa, y dí al viejo Manassés que compre de ellas veinte y cinco mil libras. Perdóname, Pluton, si me atrevo á esperar tus favores, olvidándome de ofrecer un sacrificio en tu altar. Corre, anda, Jerningham, despáchate como si te fuera en ello la vida.

Levantadas las manos y ojos al Cielo, salió Jerningham del cuarto, y el duque, sin cuidar un instante mas en sus intrigas antiguas ni nuevas, en los tratados de amistad que acaba-



ba de concluir, en las enemistades por él provocadas, en la hermosura que habia robado á su protector natural, ni en su amante real, en el monarca de quien acababa de manifestarse rival, se sentó á calcular los cambios, con todo el celo de un Demoivre; cansóse de esta fastidiosa ocupacion pasada media hora, y no quiso ver al agente celoso que habia empleado en la bolsa, únicamente porque se puso á componer una sátira nueva.

## CAPITULO III.

*; Qué versatil corazon.  
Qué genio inconstante!  
Los progresos del descontento.*

No hay cosa mas comun en las obras de este género, que el robo de la bella, en la que se supone concentrado el espíritu romancesco; pero el de Adelaida Bridgenorth tuvo de particular que el duque de Buckingham dió la orden para el robo, mas por espíritu de contra-



ba de concluir, en las enemistades por él provocadas, en la hermosura que habia robado á su protector natural, ni en su amante real, en el monarca de quien acababa de manifestarse rival, se sentó á calcular los cambios, con todo el celo de un Demoivre; cansóse de esta fastidiosa ocupacion pasada media hora, y no quiso ver al agente celoso que habia empleado en la bolsa, únicamente porque se puso á componer una sátira nueva.

## CAPITULO III.

*; Qué versatil corazon.  
 Qué genio inconstante!  
 Los progresos del descontento.*

No hay cosa mas comun en las obras de este género, que el robo de la bella, en la que se supone concentrado el espíritu romancesco; pero el de Adelaida Bridgenorth tuvo de particular que el duque de Buckingham dió la orden para el robo, mas por espíritu de contra-



dicción que por una pasión verdadera. Como la había visitado la primera vez en casa de Chiffinch por el gusto de ir siguiendo las pisadas á su soberano, y no á causa de la impresión que pudiese haberle hecho una hermosura, que aun no conocía sino de oídas, había tambien formado el proyecto de hacer que la robaran sus agentes mas por intrigar contra el rey, Christian, Chiffinch y cuantos en ello se interesaban, que por un deseo decidido de gozar de su compañía teniéndola en su propia casa. Tan verdad era esto, que mas bien experimentó sorpresa que alegría cuando supo el feliz resultado del acto de violencia que la condujo á su casa, aunque sería probable se hubiese entregado á algun exceso de furor si sus órdenes no hubieran podido cumplirse.

Había ya veinticuatro horas que ella estaba en su casa, y, aunque Jerningham no había dejado de recordarle muchas veces su bella prisionera, no había podido decidirse á desechar su natural indolencia hasta el punto de hacerla una visita, y cuando al fin se determinó,

fué con la repugnancia secreta de aquel á quien nada, sino lo nuevo, puede agradar.

—No comprendo, decia para consigo, lo que ha podido moverme á incomodarme por esta bella, y condenarme á oír las rapsodias histéricas de una Filis campesina, cuya cabeza está llena de las lecciones de su abuela sobre la virtud y la Biblia, cuando, sin tener incomodidad alguna, me era facil tratar con las mugeres mas hermosas y mejor criadas de la capital. Es lástima que no se pueda subir al carro triunfal del vencedor sin tener que alabarse por una victoria, y no obstante esto mismo es lo que hacen nuestros galanes á la moda; pero esto no podia convenir á Buckingham. Vamos, es preciso que yo la vea, aunque no sea mas que por desocupar mi casa. Con todo eso la Portsmouth no querrá que se la ponga en libertad tan cerca de Carlos, tanto como esto teme ella que una nueva bella ate á su carro al viejo pecador. ¿Qué haré pues de ella? Es demasiado rica para que la envíe yo á Cliefden en calidad de ama de llaves. Este es un asunto que debe meditarse.



Tomó el vestido que mas podia realzar las ventajas personales que la naturaleza le habia concedido, atencion que creyó debida á sí propio; en quanto á lo demas, se preparó para ir á ver á su hermosa cautiva con la misma negligencia que se pone para batirse en duelo, si no se tiene un interés mas vivo que el de mantener la reputacion de hombre de honor.

La habitacion destinada para morada de las favoritas que, de tiempo en tiempo, hacian una residencia momentanea en casa del duque, y que gozaban en ella de la misma libertad que permitian las reglas de un convento, estaba separada enteramente del resto de su casa. Vivía él en un siglo donde lo que se llama la galanteria justificaba los actos de perfidia y violencia mas atroces. Puédese dar por ejemplo la catástrofe de cierta actriz desgraciada, cuya hermosura habia encendido los deseos de De Vere, conde de Oxford. No habiendo podido triunfar de su virtud, la engañó con un matrimonio falso; y, aunque ocasionó tal estratagema la muerte de su víctima, se vió recompensado por el buen éxito que habia te-

nido con los aplausos unánimes de los galanes bellos ingenios que llenaban las antecámaras de Carlos.

Buckingham habia reunido á lo interior de su palacio ducal todo quanto podia serle util para hazañas de igual clase; y el cuerpo de habitaciones donde iba entonces, ofrecia quanto podia ser agradable á las sultanas que le habitaban voluntariamente, y todo lo necesario para la seguridad que requiere el cautiverio de las víctimas á quienes detenia la fuerza.

Como servia entonces á este último destino, presentó la llave al duque una vieja de capucha y gafas, que estaba sentada leyendo un libro devoto en una especie de recibimiento que servia cual punto de comunicacion entre el cuerpo principal de habitaciones, y el que, por lo comun, se llamaba el convento. Esta dueña tan experta hacia el papel de maestra de ceremonias en estos casos, y era la depositaria fiel de mas intrigas que conocen doce mugeres respetables ocupadas en el mismo negocio.



— Es la pardilla mas linda que se oyó cantar en jaula, dijo ella al abrir la primera puerta.

— Temo que haya pasado el tiempo en llorar mas bien que en cantar, Dowlas, dijo el duque.

— Aun ayer no pudimos oír mas que sollozos, milor, y esto ha durado, para decir la verdad, hasta esta mañana. Pero el viento de la noble casa de Vuestra Señoría es favorable á las aves cantoras, y las cosas van hoy mucho mejor.

— Es un cambio muy repentino, y se me hace muy extraño que la miedosilla haya tomado su partido antes de haber estado yo á verla.

— ¡ Ah! milor, Vuestra Señoría tiene una virtud mágica que se siente por entre las paredes, como dice el Exodo, capítulos 1º y 7º: « Hiende las puertas y las paredes. »

— Vm. es parcial, señora Dowlas.

— No digo mas que la verdad, milor, y que me vea yo excluida del redil de los corderos sin mancilla, si yo no creo está ella enteramente mudada desde que vive en vuestra casa, ¡ aun en su exterior! Me parece que su talle es

mas cenceño, el andar mas ligero, el porte mas suelto. Finalmente, de cierto, hay un cambio, aunque no puedo decir con exactitud en qué; porque ya sabe Vuestra Señoría que soy tan vieja como fiel, y mis ojos comienzan á debilitarse.

— Sobrè todo desde que se los lava vm. con vino de Canarias, señora Dowlas, dijo el duque, quien sabía que la templanza no era una de las virtudes cardinales practicada por la beata.

— ¡ Con vino de Canarias! exclamó la matrona ofendida; ¡ y piensa Vuestra Señoría que yo me lavo con vino de Canarias! Siento mucho que Vuestra Señoría me conozca tan poco.

— Perdóneme vm., señora Dowlas, dijo el duque dándose capiratazos con desden en la manga de la casaca, de que la dueña echara mano en el fervor de su justificacion; perdone vm., me ha desengañado vm. acercándose á mí mas: debí haber dicho con aguardiente, y no con vino de Canarias.

Y al decir esto, entró en el cuarto, amueblado con una magnificencia voluptuosa.

— La vieja, sin embargo, tiene razon, dijo el



orgullosa propietaria de esta espléndida morada; puede acomodarse fácilmente una campesina con una prision como esta. Es una pajarera en que un pájaro semejante puede entrar sin la precision del cebo de un pajarero diestro para atraerle á ella. — Pero ¿donde puede estar esta Filis campestre? Es posible que, al modo que desespera un comandante en defender una ciudad, se haya retirado á la ciudadela, á la alcova, sin tratar de resistir á las avanzadas.

Hablando así, atravesó una antecámara y un comedorecito amueblados con exquisita elegancia, donde se veian algunas pinturas de la escuela veneciana, y entró en un salon cuyo amueblado ofrecia á la vista una magnificencia mucho mayor. Las ventanas estaban guardadas con vidrios de colores, por donde los rayos del sol, al medio dia, imitaban las vistosas tinturas que tomaban al ponerse este astro, y, segun la célebre expresion del poeta, enseñaban á la luz á fingir la oscuridad.

Buckingham estaba habituado con demasia á ver que todo cedia á sus fantasias y gustos, y,

por eso, no podia ser sensible ni aun á los placeres, mirados por él como un negocio que debia continuar toda su vida. El voluptuoso extragado es como el epicureo que llegó á tal estado de saciedad que nada puede excitar ya su apetito, castigo bastante por haber hecho del comer bien el principal objeto de sus pensamientos y goces. Sin embargo siempre tiene la novedad ciertos atractivos, y la incertitud añade otros nuevos.

La duda en que estaba el duque acerca del recibimiento que se le haria, el cambio de humor que se decia obrado en su cautiva, la curiosidad de saber como una joven, tal como le habian representado Adelaida, le recibiria, atendidas las circunstancias en que se hallaba constituida, excitaba en Buckingham un interés poco ordinario. Hallábase distante de experimentar aquella inquietud que infunde ánimo á cualquier hombre, aun el mas grosero, cuando llega cerca de la dama á quien se propone agradar, y por lo tanto mucho menos el amor mas exaltado, respeto, deseo y admiracion con que el amante verdaderamente ena-



morado se aproxima al objeto amado. Había estado, para servirme del término expresivo, mas que completamente *estragado*, aun desde el principio de su juventud, no siéndole por tanto posible sentir el apresuramiento físico del uno, y aun menos todavía el placer mas sentimental del otro. Lo que aun hace mas deplorable el estado de saciedad y de disgusto, es que el voluptuoso no puede renunciar los placeres. Le es indispensable continuar ya en razon del hábito, ya por sostener su reputacion exponiéndose á los trabajos y peligros que hay en cazar, al paso mismo que no se toma ningun interés por la caza.

Buckingham, pues, en atencion á su fama, que le reconocia como el heroe de tantas intrigas, creyó debia presentarse á Adelaida Bridgenorth con una especie de anhelo. Detúvose á pensar antes de abrir la puerta si representaria el papel de galan ó de apasionado. Bastóle este corto intervalo para dejarle percibir el sonido armonioso de un laud acompañado de la voz aun mas armoniosa de una muger, que sin ejecutar alguna sonata, parecia

divertirse en rivalizar con el sonido argentino de su instrumento.

—Entonces, dijo parasí, una criatura que ha recibido tal educacion, y que tiene el buen talento que se le supone, á pesar de ser campesina, no haria mas que reirse de las baladronadas de un Oroondate apasionado. — Es preciso adoptar en este caso los modales de Dorimant\*. — Estos eran los que usabas tú en otro tiempo, Buckingham. — Ademas de que este papel es mas facil.

Tomada esta resolucion entró en la sala con aquella gracia y garbo de los cortesanos elegantes entre quienes florecia, y se adelantó hácia la bella cautiva, sentada junto á una mesa llena de libros de música, cerca de una ventana medio abierta, cuyas vidrieras de color no permitian entrara mas que una media luz en este soberbio aposento adornado con los mas hermosos tapices de Gobelins\*\*, con magníficos vasos de china y espejos de la mayor

\* Dorimant es el hombre de buen tono (segun el siglo) personaje de la pieza de Etheredge, intitulada: *el Hombre á la moda*. — Ed.

\*\* Fábrica de tapices en Paris.



hermosura. Se le hubiera podido llamar un retrete adornado por un príncipe que esperaba á su novia.

El vestido espléndido de la cautiva era correspondiente al estilo del adorno del cuarto que ocupaba, y tenia cierto gusto oriental que la célebre Rojelana hizo entonces de moda. Un pie pequeñito y una pierna muy bien formada que salia por un pantalon de raso liso azul bordado eran las únicas partes de su persona que se pudieran ver distintamente. — Estaba la joven casi cubierta con un velo largo de gasa de plata que producía el mismo efecto que una niebla ligera en buen paisage, dejaba adivinar los hechizos que ocultaba, é inducia la imaginación á subirlos de precio. Se dejaba conocer que todo lo demas de su vestido era del mismo gusto oriental que el velo y el pantalon; un rico turbante, con magnífico tafetan se advertían por los pliegues que formaba el velo en lugar de percibirse por entre su tejido. Todo manifestaba, en este adorno esmerado, por lo menos cierta especie de afectación en una bella dama que se hallaba en situación de re-

cibir una visita hecha con ciertas pretensiones. No se le escapó á Buckingham esta idea, y se sonrió interiormente acordándose de lo que Christian le habia dicho acerca de la inocencia y extremada sencillez de su sobrina.

Adelantóse hácia ella con un aire caballeresco, y como quien parecía persuadido de que la condescendencia en reconocer su falta, es bastante para que se la perdone.

— Bella Adelaida, dijo, reconozco que debo pedir os mil perdones por el celo indiscreto de mis gentes, que viéndoos abandonada y sin protección al tiempo de una desgraciada pendencia, han tomado á su cargo traer os á casa de un hombre, que sabria exponer su propia vida por librar os de la menor inquietud. ¿Era culpa mia si han pensado debian intervenir para poner os en seguridad; ó si, conociendo todo el interés con que os miro, os han detenido aqui hasta que pudiese venir en persona para tomar vuestras órdenes?

— No os habeis apresurado mucho, mióror, dos días enteros he estado presa, en un descuido total, y abandonada entre mercenarios.



— ¿Qué decís, bella Adelaida, abandonada? ¡por Dios santo! si teneis la menor queja que darne contra cualquiera de mi casa; sea quien fuere le haré salir de ella inmediatamente.

— No tengo queja de vuestras gentes, milor, pero me parece que hubierais podido vos mismo explicar mas antes por qué os atreveis á tenerme aquí arrestada cual reo de estado.

— ¿Y puede dudar la divina Adelaida que si el tiempo, ese cruel enemigo de las mas tier-nas pasiones, me lo hubiera permitido, el instante en que habeis pasado el quicial de la puerta de vuestro vasallo, no hubiese sido el mismo, en que se hubiera postrado á vuestros pies el dueño de la casa, que os profesa el mas tierno afecto, y quien desde el momento fatal en que os presentasteis á su vista en casa de Chiffinch, no ha pensado mas que en vuestras gracias peregrinas?

— Con que, ¿debo concluir, milor, que habeis estado ausente, y que no habeis tenido parte alguna en la violencia cometida contra mi?

— Ausente de orden del rey, Adelaida bella, respondió Buckingham sin detenerse, y ocupado en cumplir el encargo que se me habia hecho. ¿Qué podia yo hacer? Al instante en que salisteis, Su Magestad me mandó montar á caballo, y fué preciso obedecer con tanta precipitacion, que no tuve tiempo de quitarme los botines de raso y ponerme las botas. Si os ha ocasionado mi ausencia algo de inquietud, culpád el celo inconsiderado de los que, al verme salir de Londres, casi desesperado por separarme de vos, creyeron, intempestivamente sin duda, pero con buena intencion, que debieron hacer cuanto pudiesen para librar á su amo de la desesperacion, conservando la encantadora Adelaida. ¿Y en qué manos habrian podido ellos confiaros? Aquel á quien habeis escogido por protector está preso ó va huyendo, vuestro padre no está en Londres, vuestro tio ha ido al norte de Inglaterra, vos no hubierais querido volver en casa de Chiffinch: ¿qué asi-lo mas conveniente podriais escoger que la casa de un hombre que es vuestro esclavo, y donde siempre reinareis como soberana?



— ¡Como soberana presa! No me agrada semejante soberanía.

— Como fingis no comprenderme, dijo el duque inclinando la rodilla delante de ella, ¿con qué derecho podeis quejaros por algunas horas de cautiverio que no ha tenido nada de riguroso? ¡vos, destinada á reducir tantos corazones á un estado de perpetua esclavitud! Sed alguna vez compasiva; y quitaos ese velo envidioso, porque solo las deidades mas crueles dan sus oráculos en retiros sombríos. Permitid á lo menos que mi mano temeraria.

— Excusaréos, milor, un trabajo indigno de Vuestra Señoría, respondió la joven con un tono altivo; y, levantándose echó atrás el velo que la cubria. — Miradme, milor, dijo al mismo tiempo, y mirad si realmente son estos encantos los que tanta impresion han hecho en vuestra imaginacion.

Miróla Buckingham y produjo en él la sorpresa tal efecto, que se levantó al momento y se quedó como petrificado. La muger que tenía delante no era de la talla de la bella Adelaida, y, aunque muy bien formada, lo pequeño de

todos sus miembros la presentaban como una niña. Su trage se componia de tres ó cuatro jubones de raso bordado, dispuestos de modo que se veian todos uno tras otro y de diversos colores, estaban escotados por delante de modo que descubrian parte del seno, oculto por un collarin del encage mas vistoso. Traia por encima la cautiva una especie de capoton de las mas ricas pieles. Traia puesto como al desnudo un turbante de grande hermosura, y dejaba salir bellas trenzas de cabellos negros que hubiera envidiado Cleopatra. El gusto y esplendor de este trage oriental se acordaban perfectamente con la tez de quien le llevaba, porque el color casi era tan oscuro que se la pudiera pensar indiana.

Tenia su fisonomía viva y expresiva un buen precio, á falta de una belleza regular, y los ojos que brillaban como diamantes, y los dientes tan blancos como perlas, no se escaparon á la atencion del duque de Buckingham, périto y experto en gracias femeniles. En una palabra, la muger bizarra y singular, que se presentaba tan sin pensar á su vista, tenia uno



de aquellos rostros, que no es posible mirar sin que hagan una impresion que se ofrece á la memoria mucho despues de haberse borrado; impresion á la que nuestra imaginacion atribuye cien motivos, y que supone causados por la influencia de diferentes géneros de conmociones. Todos deben acordarse de ciertas fisonomias de este género, que, por una originalidad seductora de expresion, viven mas largo tiempo en la memoria, y cautivan mas imagi- naciones que las bellezas mas perfectas.

— Milor, dijo, parece que mi velo levantado ha producido en Vuestra Señoría un efecto mágico. ¿Así mirais á la princesa cautiva, cuyo signo el mas leve debia ser una orden para un vasallo tan ilustre? ¡Ah! creo que se halla en peligro de que la pongan de patitas en la calle como á Cendrillon, y que vaya á probar fortuna entre los lacayos y mozos de cordel.

— ¡Estoy confundido! exclamó el duque. Es preciso que ese picaro de Jerningham.... ¡Yo le romperé los huesos á ese miserable!

— No busqueis disputas con Jerningham, mi-

lor, culpád mejor á vuestra desdichada ausencia. En tanto que corriais la posta, de orden del rey, con botines de raso, la dama verdadera de vuestros pensamientos pasaba el tiempo aquí en dolor y lágrimas, en la soledad á que vuestra ausencia la condenara. Ha estado aquí dos dias inconsolable, pero al tercero vino una encantadora africana á obrar un cambio de escena para ella, y una metamórfosis personal para Vuestra Señoría. Me parece, milor, que no sonará esta aventura muy bien, cuando algun trovador fiel cante las proezas galantes del duque de Buckingham.

— ¡Apaleado y escarnecido al mismo tiempo! exclamó el duque, ¡pero por quanto hay de picante! La chiquita tiene talento para la sátira. Decidme, bella princesa, ¿cómo habeis tenido atrevimiento á tomar parte en la complicidad de una pasada como esta?

— ¡Atrevimiento! milor, preguntad á otros de ese modo, pero no á una muger que nada teme.

— Por vida mia, lo creo así, porque la naturaleza te ha bronceado la frente. Pero respón-



dame vm. mistress; ¿cómo se llama vm.? ¿Qué condicion es la de vm.?

— ¿Mi condicion? ya os lo he dicho yo soy encantadora de profesion, pero en Mauritania. ¿Mi nombre? Zarah.

— Pero me parece que esa cara, esa talla, esos ojos... decidme, ¿no habeis hecho que os tengan por una hada bailarina? ¿no era vm. una cosa tal, hace dos ó tres dias no mas?

— Podeis haber visto á mi hermana, mi hermana gemela, pero no á mí, milor.

— ¡De veras! ¡Pues bien! su doblada de vm., si acaso no es vm. la misma, estaba poseida de un demonio mudo, como vm. lo esta del espíritu de la charla; pero aun conservo en la idea que vm. y ella no son mas que una, y que Satanás, siempre tan poderoso sobre su sexo, ha dado á su primera entrevista la facultad de retener su lengua.

— Creed en esto lo que gustéis, milor: vuestra persuasion nada podrá mudar de la verdad. Y ahora me quiero despedir de Vuestra Señoría. ¿Teneis algo que mandar para la Mauritania?

— Esperad un poco, princesa mia, un po-

co. Piense vm. que ha tomado el puesto de otra, y que por ello está sometida á la pena que mejor me acomode imponer. Nadie se burlará de Buckingham impunemente.

— No tengo yo tanta prisa, milor, y si vuestra señoría tiene algo que mandar aun puedo esperarme.

— ¡Qué! no teme vm. ni mi resentimiento ni mi amor, bella Zarah.

— ¡Ni uno ni otro, por este guante! Vuestro resentimiento debe ser una pasion muy mezquina, si es capaz de descender hasta caer sobre un ser tan debil como yo; y en cuanto á vuestro amor... ¡Ah! ¡Ah!

— ¡Y por qué ese ah! ¿por qué ese tono de desprecio? ¿Piensa vm. que Buckingham no es capaz de amar, y que nunca se ha visto correspondido?

— Ha podido él creerse amado pero, ¿por qué criaturas? por mugeres atestadas de trozos insipidos de comedia que bastaban para trastornar el juicio al que tenia lleno el cerebro de zapatos y tacones encarnados y botines de raso blanco, para quien el argumento de una estrella bordada en el vestido es irresistible.



— Y, ¿no hay tambien en su pais de vm hermosas tan frágiles, desdeñosa princesa?

— Las hay, ciertamente, pero se las mira como papagayos y monas, criaturas destituidas de sentimiento, corazon y juicio. La proximidad del sol ha purificado nuestras pasiones infundiéndoles mas vigor. Antes podrán serviros vuestros témpanos de yelo como martillos para sacudir en barras de hierro hecho ascua y forjar rejas de arado, que lo necio y fatuo de vuestra galanteria pueda causar la impresion mas leve en un corazon como el mio.

— Habla vm. como muger que conoce lo que es una pasion. Siéntese vm., bella dama, y no tenga vm. á mal que la detenga un poco mas. ¿Quien podria consentir separarse de una persona cuyos acentos son tan melodiosos, su mirar tan elocuente y expresivo? ¿Con que, vm. sabe lo que es amor?

— Sé lo que es, prescindiendo de que lo sepa por experiencia ó por haber oido hablar de él. Pero yo sé muy bien que amar del modo que yo amaria, seria no ceder una pulgada á

la codicia, una linea en favor de la vanidad, sin sacrificar jamas el mas leve sentimiento al interés ni ambicion, sino abandonándolo todo, todo sin reserva ni restriccion á la fidelidad del corazon y al cariño mutuo.

— Y, ¿cuantas mugeres cree vm. capaces de formarse una pasion tan desinteresada?

— Millares mas que hombres hay capaces de merecerla. ¡Ah! ¿cuantas veces verá vm. una muger pálida, miserable y abatida que va con paciencia siguiendo al déspota que la tiraniza, soportando sus injusticias con la sumision del fiel y sincero falderillo, que, aun maltratado por su dueño avinagrado y el mas inhumano, espera de él una mira que reputa como un favor, y que hace mas aprecio de ella que de cuantos placeres pueda el mundo proporcionarle? Pensad bien lo que seria una muger para quien mereciese su afecto y le lo-grara.

— Tal vez todo lo contrario; y, á mi parecer la comparacion no es exacta. Yo no puedo acusar á mi faldero de perfidia, y con respecto á mis queridas, debo convenir en que deberia



darme una prisa de todos los diablos, si habia de tener el honor de cambiar antes que ellas.

— Os tratan como mereceis. ¿Qué sois vos, milor? No frunzais el entrecejo, alguna vez habeis de oir la verdad. Hizo la naturaleza cuanto hacer podia en daros las gracias exteriores; y la educacion añadió á ellas sus calidades. Sois noble por el acaso del nacimiento; bien formado por un capricho de la naturaleza; generoso, porque es mas facil dar que negar; andáis bien puesto, pero vuestro sastre tiene todo el mérito, sois bastante alegre en razon de vuestra juventud y salud perfecta, bravo, por no degradaros, agudo, porque no podeis dejar de serlo.

Dió el duque una mirada á uno de los espejos de cuerpo entero que habia en el salon. — Noble, bien hecho, generoso, bien puesto, alegre, valiente! exclamó él; á la verdad, señora, me concede vm. mucho mas de lo que apetezco, y seguramente es bastante, bajo ciertos respectos á lo menos, para merecer las atenciones de una muger.

— No os he concedido ni juicio ni corazon,

milor, dijo Zarah con cachaza. No debeis poneros encarnado, como si fuerais á tragarme: no digo que la naturaleza os los haya negado, pero la locura turbó el primero, y el egoismo pervirtió el segundo. El hombre que merece llamarse tal es aquel, cuyos pensamientos todos y acciones se refieren antes á los demas que á si mismos, cuyos proyectos todos se fundan en principios de justicia y que nunca los renuncia, en tanto que le proporcionan el cielo y la tierra los medios de lograrlos. Es aquel, para quien la esperanza de adquirir una ventaja indirecta, no es un motivo para seguir el buen camino, y que no sigue el malo, aun por llegar á un fin realmente laudable. Tal es el hombre, para quien el corazon de una muger seria fiel, en tanto que latiera, y á quien quisiera ella seguir á la tumba.

Hablaba ella con tanta enerjia, que la brillaban los ojos con un resplandor casi sobrenatural, y los sentimientos que expresaba hacian aparecer vivos colores en sus megillas.

— Habla vm., dijo el duque, como si tuviera vm. misma un corazon capaz de pagar el tri-



buto mismo de que habla con tanta eficacia.

— Si, respondió ella poniéndose la mano al pecho. El corazón que late aquí comprobaria cuanto he dicho, en vida y en muerte.

— Si estuviera en mi poder, dijo el duque, á quien este ser extraordinario iba ya inspirando mas interés de lo que al principio habia creído posible, si estuviera en mi poder alcanzar un afecto tan fiel, creo sabria recompensarle de un modo digno.

— Vuestra fortuna, vuestros títulos, vuestra reputacion de galanteria, todo cuanto teneis, seria todavia muy poco para merecer un cariño tan sincero.

— Vamos, bella dama, dijo el duque como picado, no seais tan desdeñosa. Creed que, si vuestro amor es oro neto, puede á lo menos ofreceros un pobre diablo plata en cambio. La cantidad recompensa entonces la calidad.

— Pero yo no pongo en precio mi afecto, milor, y por consecuencia no tengo necesidad ninguna de la moneda falsa que me ofreceis en retorno.

— ¡Cómo puedo yo saberlo, querida mía?

Este es el reino de Pafos, vos le habeis invadido, mejor que yo sabeis con qué intento; pero creo que no se acuerde, con ese aire de crueldad que afectais. Vamos, vamos, unos ojos tan brillantes pueden brillar con el placer como con el desprecio y el enojo. Vos sois aquí una paloma bravia en los dominios de Cupido; y yo soy quien os echa mano á nombre de ese Diosecito.

— No me toqueis, milor, no os acerqueis á mí, si quereis saber por que me hallo aquí. Puede muy bien suponerse Vuestra Señoría un Salomon, si le agrada; pero yo no soy una reina que viene de un pais distante para adular vuestra soberbia, ó admirar vuestra gloria.

— ¡Un desafío, por Jupiter! exclamó el duque.

— Os engañais, milor, no he venido sin tomar las precauciones necesarias para retirarme en buen orden.

— Eso es hablar grandemente; pero jamas ningun comandante de fortaleza encarece mas sus recursos que cuando la guarnicion trata de



capitular. Ved aquí como paso yo la primera cortadura.

Una mesa larga y estrecha que estaba entre ambos habia sido hasta entonces la linea divisoria entre ellos, y que puesta junto á la ventana ya mencionada formaba como una barreira entre la dama contra quien se dirigia el ataque, y el caballero emprendedor. Retiró el duque la mesa para quitarla de enmedio; pero al mismo instante, la desconocida, que observaba todos sus movimientos, tomó el portante por la ventana. Buckingham gritó sorprendido y horrorizado, no dudando, á lo primero, que se hubiese precipitado de una elevacion lo menos de catorce pies, porque la ventana dista tanto como esto de la tierra. Pero habiéndose puesto apresurado á la ventana, vió con la mayor admiracion que habia descendido con agilidad y sin hacerse el menor daño.

El exterior de esta gran casa estaba decorado con una porcion de esculturas que presentaban aquella mezcla de arquitectura griega y gótica, caracter del siglo de Isabel y sus sucesores, y aunque debió parecer el efecto sor-

prendente, podian ofrecer estos adornos á una criatura tan agil y de tan poco peso puntos de apoyo suficientes para efectuar su descenso, aun con precipitacion.

Picado vivamente el duque de curiosidad, y rabioso por lo mortificado que se habia sentido, pensó al principio ir tras ella por el mismo camino, aunque demasiado expuesto. Aun se subió al antepecho de la ventana, y examinó donde podria poner el pie con seguridad, cuando desde el centro de un bosque, donde la desconocida se habia internado, oyó cantar las coplas siguientes, sacadas de una cancion entonces muy en voga, que se hizo con alusion á un amante desesperado que queria precipitarse de lo alto de una roca.

Mas ya la cabeza fuera,  
Se asustó al verse tan alto,  
Y pensó que mejor era  
Bajarse por la escalera  
Que dar un tamaño salto.

El amante mas amante  
Por su querida burlado  
Puede curarse al instante  
(Sale c. apostol garante)  
Mas ¿Quién sana á un desecismado?



No pudo menos el duque de reirse, aunque bien á pesar suyo, de la aplicacion de estos versos alusivos á su ridicula situacion, y volviendo á bajar al cuarto, renunció una empresa que le hubiera podido ser tan peligrosa como desatinada. Llamó en alta voz á sus gentes, y, en tanto que acudian, se contentó con observar el bosque donde viera entrar á la que se llamó Zarah, no pudiendo decidirse á creer que una muger, que habia venido en cierto modo á presentársele, realmente tuviese el designio de mortificarle con una retirada como esta.

Decidióse esta cuestion en un instante. Una muger, ó mas bien una forma aerea, cubierta con un capoton y con sombrero de ala grande con una pluma negra, salió del bosque y desapareció en un momento en medio de las ruinas y escombros, que, como ya se dijo, se extendian por el dominio entonces llamado York-House.

Los criados del duque obedientes á las órdenes que les habia dado con una especie de impaciencia, recorrieron de prisa todo este ter-

reno, en busca de la sirena, cuya voz acababa de oirse. El amo, siempre fogoso y vivo en sus deseos, y mas cuando su vanidad estaba picada, les prodigaba promesas y amenazas; pero todo sin fruto: no se halló nada de la princesa de la Mauritania sino el turbante, el velo y las chinelas de raso, que sin duda se propuso dejar para tomar otros adornos menos chocantes.

Viendo el duque que todas sus diligencias eran vanas, á imitacion de los niños mimados de todos los tiempos y clases, se abandonó á la violencia de su ira, juró vengarse de la que le habia chasqueado, aplicándole todos los nombres y adjetivos de desprecio que pudo suministrarle su memoria, entre los cuales se oyó varias veces la expresion elegante de *criatura*.

El mismo Jerningham, que conocia muy bien todas las pasiones de su amo, y que sabia manejarlas sin irritarlas, casi á cada instante, no juzgó del caso en esta ocasion presentarse delante de él. Encerróse con la vieja beata, y protestó, bebiendo con ella una botella de ratafia, que, si Su Señoría no cuidaba de repre-



mir el furor de su genio , la soledad , las cadenas , una cama de bálago y Bedlam serian el término de la carrera del célebre y perfecto Villiers , duque de Buckingham.



## CAPITULO IV.

¿ Cual de esas disensiones fué el origen ?  
Vais á juzgar : que no es asunto leve.

*Albion.*

Las disputas entre marido y muger pasaron á ser proverbio , pero no piensen los buenos y honrados esposos que las uniones de naturaleza menos estable no tengan que deplorar altercados iguales. El arrebato amoroso del duque de Buckingham , y la desaparicion de Adelaida



mir el furor de su genio , la soledad , las cadenas , una cama de bálago y Bedlam serian el término de la carrera del célebre y perfecto Villiers , duque de Buckingham.



## CAPITULO IV.

¿ Cual de esas disensiones fué el origen ?  
Vais á juzgar : que no es asunto leve.

*Albion.*

Las disputas entre marido y muger pasaron á ser proverbio , pero no piensen los buenos y honrados esposos que las uniones de naturaleza menos estable no tengan que deplorar altercados iguales. El arrebato amoroso del duque de Buckingham , y la desaparicion de Adelaida



Bridgenorth que fuera su resultado, habían encendido el fuego de la discordia en casa de Chiffinch cuando al entrar en casa supo sucesos tan sorprendentes.

— Ya se lo digo á vm., dijo á su condescendiente compañera que no parecía sino muy poco afectada por todo lo que le decía él sobre este asunto. Ya se lo digo á vm. que su maldita negligencia destruyó una obra de muchos años.

— Creo que ya me lo ha dicho vm. veinte veces, respondió la dama; y si no me lo hubiese asegurado con tanta frecuencia, hubiera creído que la menor bagatela podía bastar para trastornar un plan formado en esa su mollera, por mucho tiempo que haya empleado en madurarle.

— Pero, ¿ cómo demonios ha sido vm. tan desatinada que haya permitido entrar aquí á Buckingham cuando esperaba vm. al rey?

— Válgame Dios, Chiffinch, esa pregunta debía vm. hacérsela al portero antes que á mí.....

— Yo estaba poniéndome un gorro para recibir á Su Magestad.

— ¡ Con toda la gracia de un mochuelo, y, en este tiempo, dejaba vm. al gato el encargo de guardar la crema!

— A la verdad, Chiffinch, sus viajes de vm. por esos pueblos han hecho sus modales groseros con exceso: hasta las botas tienen algo brutal; y los vuelos de muselina sucios y arrugados, dan á las muñecas un aire de rusticidad, puedo muy bien asegurarlo.

— Creo que haré muy bien, dijo entre dientes, si empleo mis botas y muñecas en curarte de tu afectacion... Hablando despues alto, como quien trata de apoyar su argumento en una concesion arrancada á su adversario, y probar así que tiene la razon á favor suyo: — Estoy seguro, Kate, dijo, que debe vm. conocer estriban todas nuestras esperanzas en el rey.

— Fiése vm. en mí, Chiffinch; yo sé mejor que vm. lo que se debe hacer para poner de buen humor á Su Magestad. ¿ Cree vm. que sea el rey tan tonto que lllore como un estudiante porque se le ha volado el gorrión? Su Magestad tiene demasiado buen gusto para tomar



ese partido. Me sorprende de que vm., Chiffinch, vm., que siempre ha pasado por périto en materia de bellezas, añadió ella enderezándose, haya metido tanta bulla con esa campesina. ¡A fe mía! Ni aun tiene el mérito de estar gorda como la volateria nacida en la granja; es una verdadera alondra que de un bocado se puede comer con huevos y todo. ¿Qué importa donde va, ó de donde viene, ó donde va ella? Hay sin ella otras mas dignas de las atenciones de Su Magestad, aun cuando la duquesa de Portsmouth está en su mayor auje.

— Habla vm., Kate, de su vecina, mistress Nelly; pero se olvida de que su fecha es de tiempo ha. Tiene talento, pero es un talento para otra especie de compañía. La gerigonza que aprendió en una tropa de cómicos de la legua no es language conveniente para la cámara de un príncipe.

— Poco importa quien quiero decir y lo que quiero decir, Tom Chiffinch; pero yo digo que hallará vm. á su amo consolado por la pérdida de esta pieza curiosa de orgullo y puritanismo

con que quiere adornarle; como si no hubiera bastantes puritanos en el Parlamento para endiablal al buen hombre, sin que vm. se los traiga tambien á la alcova.

— Muy bien, Kate; aun cuando tuviera un hombre el juicio de los siete sabios de Grecia, tendria todavia una muger en sí bastante sin razon para aturdirle. Ya no hablo mas; pero quisiera Dios que tenga el rey el humor que pensais, porque tengo orden de ir á buscarle para bajar por el rio, é ir con él á la Torre, donde debe hacer no sé qué inspeccion de armas y municiones. Bien diestros son esos picaros que impiden al viejo Rowley ocuparse en los negocios; porque, sobre mi palabra, no le falta el deseo.

— Aseguro, respondió mistress Chiffinch haciendo dengues, pero poniendo en accion las gracias que queria presentar menos á su marido politico que á su misma cara que miraba en un espejo; aseguro que hallaremos medio de darle ocupacion de modo que no le quede un instante libre.

— A fe de honrado, Kate, que hallo á vm.



mudada en extremo; y, para decir verdad, me parece que se ha vuelto vm. muy aferrada en sus opiniones. Me alegraré de que tal confianza esté bien fundada.

Sonrióse la dama con desden, y solo le dió una respuesta indirecta. — Voy á mandar apronten una barca para ir con Su Magestad por el Támesis.

— Cuidado con lo que vm. hace, Kate; nadie se atreveria á obrar así, no siendo damas del primer rango, la duquesa de Bolton, la duquesa de Buckingham, la duquesa de Ba....

— ¿A qué viene esa lista tan larga? ¿Piensa vm. no puedo yo presentarme tan bien como la mas altanera de todas las de esa letanía de B...?

— Sé muy bien que puedes tú disputarla á la mas grande B.... de toda la corte; haz pues lo que te se antoje; pero no te se olvide decir á Chaubert que disponga una merienda, ó una *cena de poca ceremonia* en el caso que se pida para la noche.

— ¡Y ahí es donde comienza y acaba toda vuestra ciencia politica! ¡Chiffinch, Chaubert

y compañía! — Acábase esta sociedad, y no se tratará mas de Chiffinch entre los cortesanos.

— ¡Amen! Kate; y permitame vm. que la enseñe vale tanto contar con los dedos de otro como con su propio talento. Pero debo ir á dar las órdenes para la partida. Si toma vm. una barca, hay en la capilla algunos cogines de tisu de oro que puede llevar para cubrir los bancos, porque de nada sirven donde están.

Se vió pues la barca de mistress Chiffinch mezclarse entre las que formaban el séquito del rey en el Támesis. La reina estaba tambien allí, acompañada de las principales de la corte. La pequeña y gruesa Cleopatra, vestida tan grandemente como habia podido sugerirla su buen gusto, y sentada en los cogines bordados como Venus en su concha, no se descuidó en nada de lo que podia practicar el descaro y la zalameria para traer á sí las miradas del rey, pero no logró sino una señal de atencion de la que le hubiera ella dispensado muy gustosa. Como habia hecho avanzar su barca cerca de la de la reina mas de lo que permitia la etiqueta, y Carlos lo echó de ver, mandó á los bar-



queros en tono duro, que remaran en direccion contraria y que se retiraran del séquito. Mistress Chiffinch lloró de rabia, y contravino al consejo de Salomon maldiciendo al rey en el fondo de su corazon; pero no le quedaba otro partido sino retirarse á su casa, y dirigir las prevenciones de Chaubert para la cena.

Sin embargo la barca real se detuvo en la Torre, y el alegre monarca, acompañado de una festiva comitiva de damas y cortesanos, oyó los ecos de las prisiones de Estado, que repetian aclamaciones á que no estaban acostumbradas. En tanto que subian por la orilla del rio que corre por el centro de los edificios donde se levanta el castillo fuerte de Guillermo el Conquistador, llamado Torre-Blanca, que domina todas las fortificaciones exteriores, Dios sabe cuantas chanzonetas buenas y malas se oyeron, comparando la prision de Estado de Su Magestad con la de Cupido, ¡Cuántos paralelos se hicieron de los cañones con los ojos terribles de las damas! Semejantes palabras, proferidas con el buen tono de los agradables del tiempo, y oidas por las da-

mas con una sonrisa indulgente, formaban lo que se llamaba entonces la bella conversacion. Este enjambre divertido de cabezas sin meollo no se mantuvo constantemente unido á la persona del principe, aunque habia formado el acompañamiento en el Tamesis. Carlos, distraido con mas frecuencia por la indolencia y los placeres, tomaba muchas veces resoluciones sabias y dignas de un monarca. Habia concebido el designio de inspeccionar por si mismo el estado de las armas y municiones almacenadas por aquel tiempo en la Torre, como lo están hoy; acompañáronle tres ó cuatro cortesanos en esta visita, en tanto que los demas se divertian lo mejor posible en otros sitios de la plaza. Entró pues con los duques de Buckingham, Ormond y con otros dos señores en la gran sala, donde se ve hoy el mejor arsenal del mundo, y que le presentaba ya digno de la grande nacion á que pertenecía.

El duque de Ormond, bien conocido por los eminentes servicios que habia hecho á la causa real durante la gran guerra civil, era generalmente recibido por el monarca con bastante



frialdad, aunque algunas veces le pedía su dictamen, como lo hizo en esta ocasión, en que se podía recelar que el Parlamento, llevado de su celo por la religión protestante, se quisiese apoderar exclusivamente, y tomar bajo sus órdenes estos almacenes de armas y municiones. Mientras que conversaba el rey tristemente sobre la desconfianza que había entonces, y que discutían los medios de disiparla y de resistirla, el duque de Buckingham, quedándose un poco atrás, se divirtió en ridiculizar el exterior aturdido y los modales antiguos del viejo guarda que iba detrás, según el uso. Era precisamente el que había escoltado á Peveril hasta su nueva prisión. El duque se dedicó con tanto más gusto á su inclinación favorita de burlarse de todo, cuanto que advirtió estaba el viejo avinagrado, á pesar del respeto que infundía la presencia del rey, dando nuevo pábulo á su perseguidor. Las armaduras antiguas que cubrían las paredes dieron más que todo al duque motivo para ejercitar su ingenio, é insistió en que le contara el viejo guarda, desde el tiempo á lo menos del rey Arturo hasta el

dia, la historia de las batallas en que se habían usado, diciendo que ninguno podía acordarse mejor que él.

Sufría el viejo mucho, viéndose obligado, á fuerza de preguntas, á repetir leyendas absurdas, conservadas por la tradición acerca de cada una de estas armaduras. Lejos de verle blandir su partesana y tomar un tono enfático, como acostumbran los *ciceroni* guerreros, apenas era posible arrancar de este una palabra sobre un asunto de elocuencia ordinariamente inagotable.

— ¿Sabe vm., amigo mio, le dijo el duque, que yo comienzo á mudar el modo de pensar relativamente á vm.? Suponia yo que debía vm. haber servido como yeoman de guardias en tiempo de Enrique VIII, y esperaba adquirir de vm. algun detalle sobre el campo de tisú de oro. Pensaba tambien preguntar de qué color era el lazo de las cintas de Ana Bolena, que costó al Papa tres reinos; pero recelo que vm. no sea más que un novicio en estos recuerdos de amor y caballería. Veamos, ¿es muy cierto que no te hayas introducido en este puesto



militar al salir de alguna tienda oscura de las cercanías de la Torre, y que no hayas cambiado una vara de medir por esta gloriosa alabarda? Estoy seguro de que aun no podrás decirme de quien ha sido esta armadura vieja.

El duque le indicó por acaso una coraza vieja colgada entre otras muchas, pero que parecía haberse limpiado con particular esmero.

— Debo saberlo, respondió el guarda con desenfado, pero con la voz algo alterada, porque conocí un hombre que la llevaba, y que no hubiera sufrido la mitad de las impertinencias que llevo oídas en este día.

El tono del viejo y las palabras que acababa de pronunciar, llamaron la atención del rey y del duque de Ormond, que distaban solo dos pasos. Paráronse ambos, se volvieron, y Carlos le dijo al mismo tiempo: — ¿Qué quiere decir eso, pícaro? ¿Así es como se responde? ¿quién es ese hombre de quien hablas?

— Hablo, dijo el guarda, de un hombre que ya no es nada, sea cual fuere el título que haya podido reclamar en otro tiempo.

— Este viejo habla seguramente de sí mismo,

dijo el duque de Ormond, examinando mas de cerca la fisonomía del guarda, que procuraba en vano evadirse de esta inspección. No me son ciertamente desconocidas sus facciones. ¿No era vm. mi amigo antiguo el mayor Coleby?

— Me hubiera alegrado que la memoria de Vuestra Señoría hubiera sido menos fiel, respondió el viejo poniéndose encarnado y bajando los ojos.

— ¡Dios mio! dijo el rey sobresaltado. ¡El bravo mayor Coleby, que vino á encontrarnos á Warrington, con sus cuatro hijos y ciento y cincuenta hombres! ¿Es esto cuanto podemos hacer por nuestro antiguo amigo de Worcester?

Corriáanse las lágrimas al viejo, en tanto que respondió al rey: — No penseis en eso, señor; estoy bien aquí: soldado viejo amohecido, en medio de armas viejas. Para un antiguo Caballero mejor acomodado, se cuentan veinte que merecen mas lástima que yo. Siento mucho que Vuestra Magestad lo haya sabido pues que por ello se apesadumbra.

Carlos, con aquella bondad, que excusa bas-



tantes otros defectos, en tanto que así hablaba el viejo, le quitó de las manos la partesana, y se la dió al duque de Buckingham, diciéndole:

— Lo que tocó la mano de Coleby, no puede deshonrar ni la vuestra ni la mia, milor; y le debéis esta satisfaccion. Hubo un tiempo en que, con menos provocacion, os la hubiera roto en los cascos.

Inclinóse profundamente el duque, avergonzado é irritado, y tomó la primera ocasion de dejarla, poniéndola contra un pabellon de armas. El rey no advirtió este movimiento de desprecio que probablemente le habria disgustado, visto que se hallaba por el momento ocupado enteramente con el veterano. Obligóte á que le tomará el brazo, y le llevó él mismo á una silla sin permitir que nadie le ayudase.

— Descanse vm. ahí, valiente y antiguo amigo mio, le dijo, muy pobre debería ser Carlos si consintiera que llevaseis una hora mas esa casaca.— Estais descolorido, mi querido Coleby, y poco tiempo ha estabais tan encarnado. No penseis en lo que os ha dicho Buckingham, nadie hace caso de sus locuras;... pero, ¿qué

es esto! ¡habeis perdido mas el color! Vamos, vamos os habeis agitado mucho con este encuentro. No os arrodilleis ni levanteis, estaos quieto en esa silla, os mando que descanséis hasta que yo dé una vuelta por la sala.

El anciano caballero bajó la cabeza para indicar sumision á las órdenes del soberano, pero no volvió á levantarla. La commocion que padeció produjo en él un choque demasiado violento para un espíritu tan abatido por largos padecimientos, y una salud tan quebrantada. Cuando el rey volvió despues de media hora acompañado de su comitiva, en busca del veterano, al sitio donde le habia dejado, estaba ya muerto y casi frio, en posicion de un hombre profundamente dormido. El rey se conmovió claramente á vista de tal espectáculo; solo tartamudeando, y con voz amortiguada mandó se depositarán honorificamente sus restos en la capilla de la Torre. Calló despues hasta que llegó á las gradas del arsenal, donde los que componian su cortejo comenzaron á reunirse luego que le vieron llegar, habiéndose presentado al mismo tiempo algunas personas de un



exterior respetable, atraídas por la curiosidad.

— Esto es horrible, dijo el rey. Se hace indispensable que pongamos todos los medios para consolar á los miserables, y premiar la fidelidad de nuestros antiguos servidores, sópena de que maldiga la posteridad nuestra memoria.

— Muchos planes como estos se han propuesto en los consejos de Vuestra Magestad, dijo Buckingham.

— Eso es verdad, Jorge, respondió el rey, y yo puedo decir con seguridad de conciencia, que nada tengo de que acusarme, pues que pienso en esto hace ya bastantes años.

— Por mucho que se piense en esto, nunca se piensa demasiado, replicó Buckingham; además que cada año viene siendo mas fácil de cumplir este encargo.

— Sin duda, dijo Ormond, porque viene á menos el número de los que sufren. Ahí está el pobre Coleby que ya dejó de ser grayoso á la corona.

— Es vm. demasiado severo, milor, dijo el

rey; debía vm. tener mas miramiento por una sensibilidad que ofende. No puede vm. suponer que hubiéramos permitido quedara este bravo sugeto en situacion semejante, si hubiésemos sabido el estado en que se hallaba.

— En ese caso, señor, por el amor de Dios, respondió el duque de Ormond, volved los ojos que se fijaron compasivos en el cadaver de un amigo antiguo, á las desgracias de otros. En esta Torre está encerrado el valeroso sir Geofrey Peveril del Pico, que se mostró, mientras que duró la guerra, por dó quiera que había golpes que recibir, y que fué, segun creo, el último en Inglaterra que dejó las armas. Aquí está con su hijo, de quien oigo hablar como de un joven esforzado, y de talento. ¿Y que diré de la desgraciada casa de Derby? Por compasion, señor, salvad estas víctimas complicadas en los senos de esta hidra de la conspiracion que trata de oprimirlos. Ahuyentad á esos tigres que intentan devorarlos, y burlad las esperanzas de las harpias que desean distribuirse los despojos. Hoy hace ocho dias que se destinó á esta desgraciada familia padre é hijo á sufrir



un juicio por crímenes de que están inocentes, me atrevo á decirlo, tanto como puede estarlo cualquiera de los que se hallan ahora en vuestra augusta presencia. Por amor de Dios, Señor, prometednos la esperanza de que si las prevenções del pueblo los condenan, como sucedió á tantos otros, interpondreis vuestra autoridad, como el último medio entre los asesinos y sus presas.

Hallóse el rey al parecer confuso y en efecto lo estaba.

Habia entre el duque de Buckingham y el de Ormond una perpetua enemistad que era casi mortal. El primero trató de hacer una diversion en favor de Carlos.

— No le faltarán á Vuestra Magestad objetos en que emplear su beneficencia real, dijo él, mientras que el duque de Ormond esté cerca de su real persona. Lleva la manga del corte á la moda antigua, para llenarla de una buena provision de caballeros antiguos arruinados, y sacarlos de ella en caso de necesidad, tropa verdaderamente curiosa de antiguos esqueletos con la nariz envinada, cabeza calva, talle

desgarvado, repertorio vivo é implacable de historias antiguas de Edgehill y de Naseby.

— Convengo en que el corte de mi manga es de antigua moda, dijo Ormond encarado en Buckingham; pero no llevo pegados á ella ni espadachines ni asesinos, milor, como los veo junto á las casacas de última moda.

— Esa viveza es demasiada, en nuestra presencia, dijo el rey.

— Y si pruebo lo que adelanto, señor, respondió Ormond. — Milor, añadió volviéndose á Buckingham, ¿me hará Vuestra Señoría el favor de nombrar el individuo con quien habló al desembarcar?

— No hablé con nadie, respondió el duque apresurado. — Perdonad. — Me engañé. Ahora me acuerdo de que vino uno á decirme una palabra al oido, advirtiéndome se hallaba todavía en Londres un sugeto con quien tengo un negocio, y que pensaba fuera de la ciudad.

— ¿Y no es aquel el hombre que habló á vm.? le preguntó el duque, señalando con el dedo á un individuo de entre la multitud, hombre alto, moreno, embozado con una capa, de sombrero



gacho y alas grandes con una espada larga á la cintura segun la moda española, en una palabra el mismo coronel á quien Buckingham habia encargado siguiese los pasos de Christian para impedirle volver á Londres.

Siguieron los ojos de Buckingham la direccion del indice de Ormond, y se puso tan encarnado, á pesar de sus esfuerzos, que lo notó el rey.

— Jorge, le dijo él, ¿qué nueva locura es esa? Caballeros, haced que avance ese hombre. Por vida mia, que tiene traza de un legitimo espadachín. — ¿Quién eres, amigo? Si eres hombre de bien, se olvidó la naturaleza de marcártelo en la frente. ¿Hay aquí alguno que le conozca?

Indicaban sus facciones  
Un hombre sin honor.  
Y si algun poco tuviere  
Será gran impostor!

— Le conoce mucha gente, señor, respondió el duque de Ormond, y este hombre que tenemos presente con la cabeza en los hombros, y

libre de prisiones, se cuenta como una prueba entre mil de que vivimos bajo el imperio del príncipe mas clemente de toda Europa.

— ¡Qué diablo es eso, milor! exclamó el rey, sepámoslo de una vez, ¿quién es este hombre? Vuestra Señoría habla como un esfinje. Buckingham se corre, y este bribon no habla palabra.

— Este hombre de bien, señor, respondió Ormond, á quien ha vuelto mudo su modestia, bien que no es capaz de avergonzarle, es el famoso coronel Blood, ó por lo menos se da este nombre, es el mismo que aun no hace mucho tiempo, y en esta misma torre intentó robar la corona de Vuestra Magestad.

— Es una hazaña que no se olvida con facilidad, dijo el rey, pero si vive aun el tunante, es una prueba de la clemencia de Vuestra Señoría tanto como de la mia.

— No puedo negar haberme visto entre sus manos, señor; y ciertamente me hubiera quitado de en medio si hubiese querido, dejándome en el sitio, en lugar de reservarme para



que me aborcarán en Tiburn, honor que le agradezco. Bien pronto hubiera sido despachado, si me hubiera juzgado digno de una puñalada ó de un pistoletazo, ó de cualquier otra cosa que un cabo de cordel. — Miradle, ¡señor! si se atreviera el miserable, diría en este momento, como Caliban \* en la comedia: — ¡Oh! ¡ojalá que lo hubiera hecho\*\*!

— Por vida mía, milor, tiene una sonrisa tan pérfida que parece decirlo así. Pero él logró nuestro perdón así como el de Vuestra Señoría.

— Hábiame parecido poco puesto en razón, señor, mostrar rigor persiguiendo un atentado contra mi pobre vida, cuando fué del agrado de Vuestra Magestad perdonar la osada é insolente empresa de robar su corona real. Pero debo mirar como un rasgo de impudencia sin igual en este desvergonzado maton, sea quien

\* *La Tempestad*, de Shakspeare.— Ed.

\*\* Se salvó el duque de Ormond, porque le libraron sus amigos cuando le llevaban á Tiburn, donde debían ahorcarle. Hubo sospechas vehementes de que el duque de Buckingham pagó á Blood para que cometiera este asesinato. — Ed.

fuere por ahora su protector, el arrojó de presentarse en la Torre, que fué teatro de una de sus iniquidades, y delante de mi que tan cerca estuve de ser víctima de otra.

— Eso es lo que no sucederá otra vez, dijo el rey: — Oyes, Blood, ten cuidado con lo que te digo, malvado: si te atreves otra vez á ponerte en nuestra presencia como lo acabas de hacer ahora, el cuchillo del verdugo te andará cerca de las orejas.

Inclinóse Blood con una serenidad propia de sudescaro, que hacia honor á su insensibilidad, y respondió que por acaso había venido á la Torre para dar parte á un amigo de un negocio importante. — Su Señoría el duque de Buckingham, anadió, sabe que yo no tenia otra intencion.

— Retírate, infame, malvado, exclamó Buckingham, tan descontento de que pretendiese Blood tener conocimiento con él, como avergonzado estaria un joven de calidad, pero desarreglado, que pasó la noche con otros de clase inferior, al ver que uno de ellos se juntaba con



él estando en una sociedad honrada: si vuelves á tomar en boca mi nombre, haré que te arrojen al Tamesis.

Blood, aunque tan bruscamente lanzado, hizo con serenidad una cabriola la mas insolente, y efectuó muy á su placer y con sosiego su retirada; mirábase todo el mundo como un monstruo de maldad, tan conocido era por todos como capaz de todos los crímenes! Algunos le siguieron para verle de mas cerca, como se juntan los pájaros al rededor del buho que se atreve á mostrarse por el día. Pero asi como la gente de pluma tiene buen cuidado de quedarse fuera del alcance de las garras y pico del ave de Minerva, así tambien los que iban tras de Blood, mirándole como pajaraco de mal agüero, cuidaban de no encontrarse con una sola mirada suya, y de evitar la que les dirigía alguna vez, como si fuera un dardo envenenado contra los que se le acercaban. Caminó de este modo cual lobo alarmado que no se atreve á huir, y temiendo pararse hasta llegar á la puerta de los Traidores. Allí poniéndose á bordo de una barca que

le aguardaba, desapareció luego de la vista de los curiosos.

Carlos deseaba borrar todo recuerdo de la presencia inopinada del tal malvado: dijo seria lo mas vergonzoso que un inicuo reprobado fuese motivo de discordia entre los dos principales señores de su corte, y acabó por mandar á los duques de Buckingham y de Ormond que se diesen las manos, y olvidaran un altercado, cuyo motivo era tan poco digno de pensar en él.

Buckingham respondió con frialdad que los cabellos blancos respetables del duque de Ormond le permitian anticiparse hácia la reconciliacion, y le alargó la mano. Ormond se contentó con saludar, y dijo no tenia el rey que temer se turbase la corte por su resentimiento, pues que no le era posible lograr ni veinte años menos del tiempo, ni del sepulcro que le volviera su valiente hijo Ossory. En cuanto al salteador que se atreviera á presentarse en este sitio, reconocia deberle obligaciones, pues que viendo podia extenderse la clemencia de Su Magestad hasta el mas infame de



los criminales, tenia por tanto mas esperanza de conseguir el favor del rey para sus amigos inocentes, que gemian en la prision, expuestos á los mayores peligros, en razon de la odiosa acusacion dirigida contra ellos.

El rey no respondió á esta observacion, sino dando orden de embarcarse para dar la vuelta hácia White-Hall, y se despidió de los oficiales de la Torre, dándoles las gracias por la exactitud en llenar sus deberes, de un modo que nadie pudiera expresar en términos mas propios. Dióles al mismo tiempo órdenes rigurosas y precisas para la defensa de la importante fortaleza confiada á sus cuidados y de cuanto habia en ella.

Al llegar á White-Hall, antes de separarse del duque de Ormond, se volvió de repente á él, y le dijo como quien acaba de tomar una resolucion definitiva. — Esté seguro, vuestra señoría, milor, que no me olvidaré del asunto de nuestros amigos.

En la misma noche recibieron el procurador general, y North, presidente del tribunal de Plaid-Communs, órdenes secretas de pre-

sentarse á Su Magestad, para un asunto importante, en el cuarto de Chiffinch, centro general de todos los negocios de estado, como de las intrigas amorosas.





## CAPITULO V.

No cubrirá el olvido tu memoria ;  
Coras, levántate; sube mas alto  
Que nuestro juramento, bronce eterno,  
De tu mismo metal , y que á tu sombra  
Vivan en paz amigas las naciones.  
*DRYDEN. Absalon y Architopel.*

Habiase empleado la mañana que Carlos estuvo en la Torre de un modo muy distinto por los desgraciados á quienes su adverso destino y el caracter singular del tiempo habia conducido á esta prision de estado , pues aun siendo tan inocentes, se les habia notificado que se



veria su causa siete dias despues en el tribunal real de Westminster. El anciano y valiente caballero dirigió un sarcasmo al oficial que le llevó la noticia, porque le perturbaba á la hora del desayuno. Pero dejó escapar una señal de sensibilidad muy natural cuando supo se hallaba comprendido su hijo en la misma acta de acusacion.

No tratamos de dar cuenta mas que en términos generales de este proceso, cuyas formas fueron casi las mismas que las observadas hasta entonces en todas las causas criminales, suscitadas con motivo de la supuesta conspiracion de los papistas. Uno ó dos testigos infames y perjuros, cuya profesion se habia hecho lucrativa de un modo espantoso afirmaban con juramento que el acusado se habia declarado miembro de la gran confederacion católica. Otros adelantaban hechos ó sospechas que propendian á comprometer su reputacion de buen protestante ó de leal vasallo, y fuese en las pruebas directas, fuese en las presunciones, siempre habia con que autorizar jueces corrompidos y jurados perjuros pa-

ra pronunciar la condenacion del inocente.

Sin embargo, comenzaba por entonces á calmarse el furor del pueblo apurado ya por la violencia. La nacion inglesa se distingue de todas las demas, aun de las que habitan los otros dos reinos sometidos á la misma corona, en que se harta fácilmente de castigar, aun cuando supone el castigo muy merecido. Otras naciones son como el tigre domesticado á quien habiéndole permitido una vez saciar su sed natural de sangre no respira mas que carnage. Pero el pueblo inglés siempre se ha parecido mas á cierta especie de perros fogosos en perseguir la presa, y que de repente se paran si ven alguna señal de sangre en el camino\*.

Examinábase mas de cerca cual era el caracter de los testigos si estaban acordes sus respectivas deposiciones. Comenzábanse á concebir sospechas saludables de gentes que no que-

\* Y esta parte de la historia de Inglaterra cuyo historiador digno podria ser el verdugo y no otro, como dice Voltaire. Pero el pájar no debe salir de su nido, para servirnos del dicho que empieza el posadero de Cumnor. — Ed.



rían decir habían declarado completamente todo lo que sabían, y que reservaban siempre alguna declaración para otra oportunidad.

El rey mismo que á la primera manifestacion de la rabia popular habia quedado pasivo, parecia despertar de un letargo profundo, lo que producía un efecto notable en la conducta de los consejeros de la corona y aun en la de los jueces. Habia sido inocente sir Jorge Wakeman, á pesar de la declaración del famoso Oates, y se habia excitado mucho la atención del público en cuanto á resultado que podría tener la causa que debía verse despues, y era justamente la de los Pe-eril padre é hijo, con quienes, no se sabe por que clase de connexion se habia tambien presentado á la barra del tribunal real el enano nuestro amigo sir Geoffrey Hudson.

Era un espectáculo lastimoso ver á un padre y un hijo, separados mucho tiempo habia, y que se vuelven á ver juntos en tan deplorables circunstancias; y mas de uno en el asistente no pudo contener las lágrimas cuando este anciano, conservando todavia su exterior

magestuoso, aunque agobiado con el peso de los años, estrechó en sus brazos con cierta alegría, mezclada con la ternura y el dolor, causada por la idea del resultado funesto que consideraba como término probable del proceso. No fué bastante para muchos espectadores mostrarse llorosos, sino que se oyó un murmullo de sollozos y rumores.

Aquellos que se mantenían con bastante serenidad para examinar la conducta del pobre Geoffrey Hudson, de quien casi no se hacia caso en medio del vivo interés que causaban sus dos compañeros de infortunio, pudieron advertir en sus facciones señales de desagrado bien marcado. Habíase consolado en sus desdichas con la idea de representar un papel, que debía desempeñar de modo que hubiese memoria de él por mucho tiempo, y al entrar habia saludado al tribunal y concurrentes con un aire caballeresco que, segun él, debia manifestar gracia, saber vivir, serenidad perfecta y una especie de indiferencia, resultado del desprecio con que miraba cualquiera que pudiera ser el del juicio. Pero se quedó su perso-



mita tan á la sombra por la sensacion general que produjo la entrevista del padre y del hijo, traídos por separado de la Torre, y puestos en la barra al mismo instante, que su desventura y dignidad relegadas á lo lejos del cuadro no pudieron excitar ni lástima ni admiracion.

El medio único que pudiera haber tomado el enano para llamarse la atencion, hubiera sido estarse quieto en su lugar, porque un exterior tan notable como el suyo no hubiera podido menos de fijar en él las miradas del público, segun lo deseaba con tanto anhelo. Pero, ¿cuándo se aconsejó la vanidad con la prudencia? Nuestro enano impaciente se subió de patitas en el banco que le destinaron, y, empinándose cuanto podia, trató de llamar la atencion del auditorio, procurando darse á conocer del caballero su tocayo, sir Geoffrey el grande, al que no podia llegar ni junto á los hombros, á pesar de su posicion elevada.

Peveril del Pico, cuya imaginacion estaba ocupada en asunto enteramente diverso, no advirtió las prevenciones reiteradas que le hacia el enano saludándole, porque se sentó

con la firme resolucion de perecer antes que dar la señal mas leve de debilidad á la faz de los Cabezas Morondas y Presbiterianos, reputando como tales en este instante á cuantos miraba como enemigos suyos, en suposicion de que todas sus ideas se referian á tiempos demasiado lejanos, y no podia pensar en darles epítetos mas modernos.

Por haberse sentado sir Geoffrey el grande quedó su cabeza al nivel de la de sir Geoffrey el chico, que se valió de la ocasion para tirarle de la casaca. Peveril del Pico por impulso maquinal, mas bien que voluntario, se volvió hácia el rostro arrugado del que, procurando hacerse notar y darse importancia, hacia gestos á dos pasos de distancia. Pero ni la singularidad de tal fisonomía, ni las indicaciones de cabeza, ni las señales de gratitud que le hacia el enano, ni lo diminutivo del individuo, pudieron por entonces suscitar algun recuerdo en el anciano caballero, quien, despues que le miró un poco, se volvió sin hacer mas caso de tal hombre.

Julian, cuyo conocimiento con el pigmeo



era mas reciente, en medio de las penosas sensaciones que le agitaban, no pudo mostrarse insensible á la compasion que le inspiraba su compañero de infortunio. Luego que le conoció, sin poder comprender porque combinacion de circunstancias se hallaba implicado en el mismo asunto que su padre y él, y puesto al mismo tiempo ante este tribunal terrible, le dió la mano, y el viejecito la tomó con una dignidad afectada, y una gratitud verdadera.

— Digno joven, le dijo, vuestra presencia es para mí un bálsamo semejante al nepentes de Homero, aun en esta crisis común á nuestros destinos. Siento mucho ver que el alma de vuestro padre no tenga el mismo resorte que las nuestras, alojadas en morada mas angosta; pero se ha olvidado del compañero antiguo de armas que tal vez hace ahora con él su última campaña.

Julian le respondió con brevedad que su padre tenia mucho en que pensar. Pero el hombrecillo, haciéndole justicia, como lo dijo entonces él mismo, no le importaba mas el peli-

gro y la muerte que la picadura del rejo de una pulga; no renunció tan fácilmente al objeto secreto de su ambicion; que era llamar la atencion del gran sir Geoffrey Peveril, quien á lo menos con tres pulgadas mas que su hijo, tenia aquella eminente superioridad de talla, que secretamente estimaba el pobre enano mas que ninguna otra distincion, aunque la tenia en su conversacion por objeto de sus habituales sarcasmos.

— Mi camarada antiguo, dijo alargando otra vez el brazo para tirar del vestido á sir Geoffrey Peveril, le perdono á vm. la falta de memoria, porque hace ya mucho tiempo desde que nos vimos en Naseby, combatiendo como si tuvieseis tantos brazos como el Briareo de la fábula.

El caballero que habia vuelto segunda vez la cabeza hácia el hombrecito, y que le oía como si buscara en lo que se le decia alguna cosa que mereciera la pena de prestar oídos, le interrumpió entonces diciendo impaciente: ¡Ta, ta, ta!

— ¡Ta, ta, ta! repitió sir Geoffrey el chico.



¡Ta, ta, ta! es una expresion que manifiesta poca estimacion, y aun desprecio en todas las lenguas; y si estuviera en lugar oportuno.....

Pero los jueces acababan de abrir la sesion; los alguaciles dijeron en alta voz: ¡Silencio! y el presidente, el famoso Scroggs, de odiosa memoria, preguntó con su voz espantosa á los oficiales, en qué pensaban permitiendo que se comunicaran los acusados á presencia del tribunal.

Débase observar que este ilustre personage no sabia muy bien como portarse en esta ocasion. No formaba su exterior de modo alguno aquel aire de dignidad y tranquilidad correspondiente á las funciones de su oficio. Era preciso que sin ton ni son diese berridos en pro ó en contra de los que se presentaban en su tribunal, y nunca se percibia en él nada parecido á la imparcialidad. En los primeros procesos relativos á la conspiracion cuando la opinion popular se habia declarado contra los acusados, nadie habia levantado tanto la voz como Scroggs. Como intentase alguno atacar la reputacion de Oates, de Bedlowe ó de los otros tes-

tigos principales, era segun él un crimen mas odioso que blasfemar del Evangelio sobre que juraban; esto era querer sofocar la conspiracion, procurar debilitar la confianza debida á testigos respetables, en una palabra, cometer un atentado tal vez igual al de alta traicion.

Pero habia ya poco tiempo que una nueva luz se presentaba á los ojos de este digno intérprete de las leyes. Sagaz en descubrir los tiempos por las señales, iba reconociendo que mudaba el torrente de direccion, y preveia tambien que el favor de la corte, y probablemente la opinion pública, se mudarian dentro de poco por los acusados y contra los delatores.

Scroggs habia pensado hasta entonces que Shaftesbury, uno de los criadores de la supuesta conspiracion, gozaba de gran crédito con Carlos; pero esta opinion quedó destruida por una confianza que tuvo con él su colega North aquella misma mañana. — Lor Shaftesbury, le habia dicho por lo bajo, tiene tanto valimiento en la corte como su lacayo de vm.

Este aviso, recibido por buen conducto, habia puesto en confusion al digno juez; pues,



aunque no se esmeraba mucho en obrar con arreglo á sus principios, deseaba con ansia salvar las apariencias. No le era facil olvidar las violencias que habia cometido poco antes contra los acusados, y sabiendo al mismo tiempo que el crédito de los delatores, aunque muy vacilante en concepto de todo hombre de juicio, era todavia muy considerable en el de la masa popular ignorante, se veia en una posicion muy delicada. Su conducta en este proceso se manifestó semejante á la de un piloto, cuyas maniobras se dirigian á llevar el navio por otro camino, antes que las velas desplegadas pudiesen recibir el viento que debe darle una direccion opuesta. En una palabra, estaba tan indeciso sobre quien debia ser su favorecido, que se podia decir, por la primera vez, habia llegado al estado de una imparcialidad relativa. Pudo comprobarse, por el tono áspero con que habló tanto á los acusados como á los testigos que deponian contra ellos, cual perro demasiado enfadado para no ladrar, pero sin saber á quien debe morder el primero.

Leyóse el acta de acusacion. Sir Geoffrey Peveril oyó con sosiego la primera parte, en que se le acusaba por haber puesto á su hijo en casa de la condesa de Derby, papista declarada, para con él prestar auxilio á la horrible y sanguinaria conspiracion, de haber tenido armas y municiones en su casa, de haber recibido una comision en blanco de lor Strafford, condenado á muerte y ejecutado como cómplice de la conspiracion. Pero cuando ademas oyó que habia tenido comunicaciones para el mismo intento con Geoffrey Hudson, alias sir Geoffrey Hudson, ahora ú en otro tiempo al servicio de la reina viuda, miró á su compañerillo, como si se acordara al instante, y exclamó impacientado: — Tales mentiras son ya demasiado groseras para que deba responder á ellas. Puedo haber tenido relaciones inocentes y leales, bien entendido, con el difunto lor Strafford, mi noble pariente, porque aun le llamaré así á pesar de sus infortunios, y con la parienta de mi muger, la respetable condesa de Derby. Pero, ¿qué rastro de verdad puede haber en que haya tenido comunicaciones con un bufon



decrépito de quien solo hago memoria hace ya largo tiempo que en una fiesta de Pascuas silbé una sonata para que bailara en un plato grande ó fuente, y divirtiese á la gente?

Lloraba casi de rabia el enano; pero afectó reducir el asunto á chacota, y dijo con una sonrisa forzada que sir Geoffrey, en lugar de acordarse de sus facciones en su alegre juventud, hubiera podido hacer memoria de haberle visto cargar con él en Wigan-Lane.

— Por vida mia, dijo sir Geoffrey habiendo reflexionado un poco, debo haceros justicia, señor Hudson; creo que vm. estaba allí, y que oí decir se habia portado bien; pero convendrá vm. conmigo en que pudo estar bien cerca de mí, sin que yo le hubiese percibido á vm.

Lo candoroso de esta observacion excitó en la sala un ruido como de careajadas reprimidas. El enano, siempre de pie en lo alto del banco, y poniéndose de puntillas, se esforzó en reprimir la audacia mirando al rededor de si con altivez, como para advertir á los que reian se exponian á riesgos y peligros si no se contenian. Pero conociendo que sus adverten-

cias no producian otro efecto que renovar la risa general, tomó un exterior de indiferencia y menosprecio, y dijo con una sonrisa desdeñosa que nadie tenia miedo del leon encadenado, noble comparacion que aumentó de nuevo la gana de reir.

No dejaron de presentar contra Julian Peveril, que habia servido de tercero para una correspondencia secreta entre la condesa de Derby y otros papistas y clérigos católicos, quienes todos tomaron parte en la detestable conspiracion. Se cuidó de referir por extenso el sitio de Moultrassie-Hall, los golpes dados á Chiffinch en el camino real, el modo que tuvo el acusado de atacar, porque se sirvieron de esta expresion, á Juan Jenkins, criado del duque de Buckingham, añadiendo otros hechos que propendian á declararle criminal contra el Estado y la religion. Julian respondió por junto á todas estas acusaciones que era inocente.

Su compañerito no se limitó á una defensa tan sencilla; luego que oyó se le acusaba de haber recibido de un agente de la conspira-



cion una comision del coronel de un regimiento de granaderos, respondió colérico y con desprecio que si Goliath de Gath hubiera venido haciéndole tal propuesta, y ofrecerle el mando de un cuerpo compuesto de todos los hijos de Anak, no le hubiera dejado con gana ni posibilidad de volver á intentarlo.—Hubiera perecido entre mis manos al instante, dijo el valiente y leal hombrecillo.

Habiendo ya pronunciado su discurso el consejo de la corona en apoyo de la acusacion, se dejó ver el famoso doctor Oates, en un traje rigoroso y con el ropage de seda propio de su grado eclesiástico; porque afectaba mucha dignidad en el exterior y modales.

Este hombre singular, fundándose en las intrigas oscuras de algunos católicos, y, gracias á la circunstancia casual del asesinato de sir Edmundbury Godfrey, habia encontrado medio de hacer impresion en el pueblo crédulo por deposiciones las mas absurdas; era un sugeto que no tenia para la impostura talento alguno, pero suplía esta falta con un descoco imperturbable, y á toda prueba. Un hombre

de juicio y reflexion que tratara de dar mas probabilidad á la conspiracion, obra de su cerebro, hubiera salido mal de la empresa, como acontece con frecuencia con los hombres sabios, cuando se dirigen á la multitud, porque no se atreven á contar mucho con su credulidad, sobre todo cuando las ficciones que se presentan reunen lo espantoso y terrible.

Oates era de un genio colérico, y el crédito que habia logrado le llenaba de insolencia y vanidad. Su exterior mismo era siniestro: llevaba una gran peluca blanca como un vellon, cubriendo con ella el rostro despreciable, largo en demasia por lo notable que era lo sobresaliente de la barbilla. Su pronunciacion era muy afectada y daba un acento muy particular á las vocales.

Presentóse este gran personage, tal como le habemos trazado, para servir de testigo en este proceso, é hizo una pomposa deposicion acerca de la existencia de una sublevacion tramada por los católicos, para trastornar el gobierno y matar al rey, con todos los detalles



que pueden leerse en las historias todas de Inglaterra. Pero como este doctor tenia siempre de reserva alguna declaracion especial, aplicable á los acusados puestos en juicio, tuvo á bien culpar especialmente á la condesa de Derby. — Él habia visto, dijo, á esta respetable dama, cuando estaba él en el colegio de jesuitas de Saint-Omer. Habiale enviado ella á decir que viniese á la posada del *becerro de oro*, para desayunarse con ella. Dijole despues que, sabiendo la mucha confianza que hacian de él los padres de la Compañía de Jesus, se habia resuelto á fiarle sus secretos. Entonces habia ella sacado un cuchillo muy ancho, puntiagudo y bien afilado, como aquellos con que matan los carneros, y le habia preguntado para qué le parecia estaba destinado. Oates habia respondido, con alusion al uso mas natural de instrumentos de esta especie; pero la condesa, dándole un abanicazo en los dedos, le habia tratado de necio, y habia añadido que era para matar al rey.

No pudo sir Geoffrey contener mas tiempo

su sorpresa é indignacion. — ¡Poder de Dios! exclamó; ¿oyóse nunca decir que damas de calidad llevan en el pecho un cuchillo de matar carneros, y que confien al primero que llega proyectos contra la vida del rey? Señores jurados, ¿piensan vms. pueda ser creible cosa semejante? Presente este infame un testigo, hombre de probidad, que declare haber profendido delante de él tales disparates, y me avengo á creer cuanto guste decir despues.

— Sir Geoffrey, dijo el juez, tranquilicese vm. No se debe hablar así. La irritacion no puede favorecer su causa. Prosiga vm., doctor.

Oates añadió que la condesa hablaba con disgusto de las injusticias del rey para con la casa de Derby, de la opresion de su religion, de los proyectos formados por los jesuitas y los clérigos del dicho seminario, entre cuyos superiores debia ser uno de los principales, su noble pariente de la casa de Stanley. Aseguró que la condesa y los padres contaban mucho con los talentos de sir Geoffrey Peveril y de su hijo, por hacer parte este último de la casa



de esta señora. En cuanto á Hudson, todo lo que tenia presente, era haber oido decir á uno de los padres, que, si era enano por la talla, se mostraria gigante por la causa de la Iglesia.

Acabada su deposicion, hubo una pausa; despues de lo que, el juez, como si se le ocurriera el pensamiento de repente, preguntó al doctor Oates, si habia hecho alguna vez mencion de la condesa de Derby en alguna de las declaraciones anteriores, tocante á la conspiracion, ante el tribunal, ó el consejo privado.

Pareció sorprendido Oates al oir esta pregunta, se le encendió el rostro de rabia, y respondió, apoyando sobre cada una de las vocales, segun acostumbraba pronunciar: — Pero... no... milor.

— Dígame vm. si gusta, doctor, replicó el juez, ¿qué razon hay para que un hombre, despues de haber revelado tantos misterios, no haya dicho ni una palabra sobre una circunstancia de tanta monta como la adhesion de esta familia poderosa á la conspiracion?

— Milor, repuso Oates con un descaro in-

creible, yo no vengo aqui para que se pongan en cuestion mis declaraciones sobre la sublevacion.

— No las pongo yo de modo alguno en cuestion, doctor, dijo Scroggs, porque todavia no era tiempo de tratarle con el desprecio que merecia, y no dudo de la existencia de la conspiracion, pues que vm. declaró ser cierta bajo juramento. No deseo mas que, por lo que vm. se debe á sí mismo, y á la satisfaccion de todos los buenos protestantes, nos explique vm. porque ha guardado silencio en un punto de informe sobre que el rey y el pais tenian un grande interés.

— Milor, dijo Oates, contaré con este motivo una fabulita.

— Creo muy bien que será esta la primera que nos ha contado vm. aqui, asi como que será la última que nos cuente, respondió el juez.

— Milor, dijo Oates, en cierta ocasion, habia una zorra que necesitaba llevar un ganso por encima de un rio helado, y recelando de la consistencia del hielo, por si acaso no podia resistir su peso y el de la presa, resolvió hacer



la experiencia llevando primero una piedra para probar así la fuerza del hielo.

—Segun eso, dijo sir Williams Scroggs, las primeras declaraciones que vm. hizo no eran mas que la piedra, y ahora nos trae vm. el ganso. Hablándonos vm. así, doctor, trata vm. al tribunal y á los jurados como gansos.

—Suplico á Vuestra Señoría se sirva interpretar mis palabras como es debido, dijo Oates, quien, á vista de que la corriente se declaraba contra él, resolvió hacer frente con su desvergüenza; todo el mundo sabe cuanto me ha costado testificar la verdad, y ser el instrumento en la mano de Dios, para poner alerta esta nacion en cuanto al estado peligroso en que se halla. Bastantes gentes hay aquí que saben me ha sido preciso fortificar mi habitacion de White-Hall para defenderme de los atentados de los papistas sanguinarios. Nadie debia esperar que contara yo la historia de un golpe. Creo muy bien, milor, que su prudencia no me lo aconsejaria.

—No me toca á mí aconsejar á vm. en este asunto, doctor, dijo el juez; y al jurado es á

quien toca examinar si vm. debe ó no ser creído. Yo me siento aquí para administrar justicia con imparcialidad al acusado y al acusador. El jurado acaba de oír mi pregunta y la respuesta que vm. ha dado.

Retiróse el doctor Oates del banco de los testigos ardiendo de despecho, como poco acostumbrado á oír la mas leve réplica contra las deposiciones que hasta entonces habia querido hacer ante los tribunales de justicia, y acaso por la primera vez se oía entre los abogados, procuradores, escribientes y estudiantes le-gistas que asistian á esta audiencia, un murmullo desagradable contra el padre ilustre de la conspiracion de los papistas. Everett y Dangerfield, ya conocidos de nuestros lectores, fueron llamados á su turno para declarar en apoyo de la acusacion. Eran delatores subalternos, gentes que machacaban el hierro mientras estaba caliente, que seguian la senda trazada por Oates, con toda la deferencia debida á su talento superior é inventor, y que procuraban acordar las ficciones de este con las suyas, tanto como se lo permitian



sus talentos; pero habiéndose ya recibido sus declaraciones con una confianza tan ciega como la que habia logrado del público la impudencia de Oates, habia principiado á desacreditarse mas pronto que su prototipo, como los torreones que sostienen un edificio mal construido, son los primeros que vienen abajo.

En vano Everett, con la precision de un hipócrita, y Dangerfield, con el atrevimiento de un malvado, contaron, con adornos sacados de su imaginacion, el encuentro que tuvieron con Julian Peveril, primero en Liverpool, y despues en el castillo de Martindale. En vano describieron las armas y armaduras que suponian haber descubierto en el castillo de sir Geoffrey, é hicieron un relato espantoso del modo con que Julian Peveril habia sido sacado del arresto de Moultrassie-Hall á mano armada. Oyeron con frialdad sus declaraciones los jurados, y era muy facil ver que la acusacion no les habia causado gran sensacion; tanto mas, cuanto que el juez, renovando á cada instante la protesta de su creencia en la realidad de la conjuracion, y de su celo por la religion pro-

testante, les recordaba tambien que presunciones no eran pruebas; que oír decir no era una cosa cierta, y que quienes tenian por oficio descubrir los traidores, podian auxiliarse para sus averiguaciones del espíritu de invencion, y que sin tener duda alguna del crimen de los infelices acusados que estaban en la barra, quisiera oír contra ellos algunas pruebas de una especie diferente.

— Se nos dice, añadió, que el joven Peveril ha sido sustraído á mano armada de la casa de un grave y digno magistrado, conocido, pienso, de la mayor parte de nosotros. Pues bien, señor fiscal, ¿Porque no hace vm. comparecer al señor Bridgenorth, con todos los de su casa en caso de necesidad, para probar este hecho. La extraccion de un preso por mano armada es un caso demasiado serio, para juzgarle por aquello de oír decir, en boca de estos dos testigos, aunque, ¡no lo permita Dios, que crea yo han dicho una sola palabra sin tenerla por verdadera! Ellos son testigos de oficio, y, lo que estimamos mucho tambien con respecto á la religion protestante, testigos con-



tra una conspiracion pagana y abominable. Pero por nuestra parte, ved ahí un caballero anciano respetable, porque, yo debo suponerle tal, pues que mas de una vez ha derramado su sangre por el rey; ved ahí su hijo, joven de buenas esperanzas: debo cuidar de que se les haga justicia, señor fiscal.

— Sin disputa, milor, respondió el fiscal; ¡No quiera Dios que sea de otro modo! pero vamos á estrechar á estos caballeros un poco mas si gustais permitirnos que continuen los testigos.

— Eso es muy justo, dijo el juez recalándose en su poltrona; libreme el cielo de querer impedir la prueba de la acusacion! Diré únicamente, y vm. lo sabe tan bien como yo, que, *de non aparentibus, et non existentibus eadem est ratio.*\*

— Llamaremos pues al señor Bridgenorth como lo quiere Vuestra Señoría, dijo el fiscal; debe estar aquí, pronto á comparecer.

— ¡No! respondió en medio de la multi-

\* Lo que no se prueba es como si no existiese. — Ed

tud una voz que parecia de muger; es demasiado prudente y hombre de bien para presentarse ahí.

Esta voz era tan clara como lo habia sido la de lady Fairfax, cuando se expresó en el juicio de Carlos I. Pero, en esta ocasion, las diligencias que se hicieron para descubrir la persona que acababa de hablar fueron infructuosas. Despues del momento de confusion ocasionada por este accidente, el fiscal que habia hablado un instante con los consejeros de la corona, dijo al juez: — Sea quien fuere la persona que acaba de darnos esta noticia, no nos engaña; porque acabo de saber que el señor Bridgenorth se ha hecho repentinamente invisible esta mañana.

— Ya ve vm., señor fiscal; dijo Scroggs, lo que resulta de no ocuparse mas en tener á la mano los testigos de la corona, y reunirlos todos; no puedo responder de las consecuencias.

— No puedo yo serlo mas que Vuestra Señoría, milor, respondió el fiscal como resentido. Hubiera probado por la deposicion del señor



Bridgenorth, juez de paz, la amistad antigua que hay entre sir Geoffrey Peveril y la condesa de Derby, sobre las malas intenciones de la que acaba de hacer el doctor Oates una declaración tan concluyente. Hubiera probado que su castillo sirvió á esta dama de asilo, cuando habia una orden de prenderla, y que recurrió á las armas y á la fuerza abierta, para impedir al dicho Bridgenorth que la ejecutase. Hubiera probado además contra el joven Peveril el modo con que se hizo extraer á mano armada de la casa de este mismo juez de paz. Hubiera yo...

Al oír esto Scroggs metió los pulgares en el ceñidor, posición que le era favorita en tal ocasión, y exclamó: — Todo eso es pasmoso, señor fiscal; pero no se nos debe hablar ni de lo que hubiera vm. probado, ni de lo que hubiera vm. podido probar. Pruébenos vm. todo lo que le agrade, pero por boca de testigos competentes. La vida de los hombres no debe estar á merced de las dentelladas de un juriconsulto.

— Y una conspiración detestable, exclamó

el fiscal, no debe sofocarse por la precipitación con que Vuestra Señoría trata este asunto. Yo no puedo tampoco presentar al señor Chiffinch; porque la orden expresa del rey le llama por ahora para otra parte, como acaban de hacérmelo saber.

— Preséntense las cartas de que se dice haber sido portador este joven.

— Están en el consejo privado, milor.

— ¡Y por qué las hace vm. bases de la acusación? Esto es burlarse en algún modo del tribunal.

— Pues que Vuestra Señoría lo toma de ese modo, dijo el fiscal, sentándose enfadado, puede Vuestra Señoría resolver el negocio como mejor le pareciere.

— Si no tiene vm. mas testigos que presentar, invito á vm. que presente al jurado el resumen de las pruebas.

— No me tomaré ese trabajo, milor, veo claramente como van las cosas.

— Piénselo vm. bien. Sepa vm. que su acusación contra los dos Peveril no está mas que medio probada, y que no lo está de modo alguno



contra ese hombrecito. No siendo el doctor Oates que dice haber oído decir vendría á ser un gigante: es un milagro que costaría mucho trabajo á los papistas, si pensaran hacerle.

Esta ocurrencia dió que reír al auditorio, y se redobló al parecer el resentimiento del fiscal.

— Señor fiscal, dijo Oates, que siempre intervenía en el giro de procesos como este, eso es abandonar completamente, y con gozo una buena causa; debo decir que esto es sofocar la conspiración.

— Pues bien, exclamó el fiscal. ¡Cargue con ella el demonio que la engendró y que le vuelva la vida, si quiere! y arrojando al suelo el acta de acusación, llevado del enojo, se retiró del tribunal, como despedido contra cuantos en él se hallaban.

Habiendo el juez restablecido el silencio, porque se levantó un murmullo cuando arrojó el fiscal la acusación, comenzó á resumir los debates al jurado, pesando, como lo había hecho durante la discusión, las opiniones diferentes que al parecer le arrastraban alterna-

tivamente. Protestó, por la esperanza en su salvación, que le era tan evidente la existencia de la horrible é infernal *conspiración* llamada de los *papistas*, como la traición de Judas Iscariote, y que consideraba la persona de Oates como el instrumento escogido por la providencia para salvar la nación de un abismo de males, en que la hubiera sumergido el asesinato de Su Magestad, y preservarla del azote de un San Bartolomé en Londres. — Pero añadió que el voto bien entendido de las leyes inglesas era que, cuanto mayor es el crimen, tanto mas fuertes deben ser las pruebas. Aquí se dejaban ver los cómplices de un crimen, puestos en juicio, en tanto que el principal culpable, porque así llamaba él á la condesa de Derby, se hallaba en libertad, y no estaba ni aun acusada. En cuanto al doctor Oates, no había hablado sino de cosas que eran privativas á la persona de esta noble dama, cuyas expresiones, si hubiera usado algunas tales, en un momento de extravío, relativamente á la asistencia que esperaba recibir para los proyectos criminales de los dos Peveril, de sus parientes ó de los



parientes de su hijo, de la casa de Stanley, podían no tener otra procedencia que la vana demostración del resentimiento de una muger, *dulces Amarryllidis ira*. ¿Quién sabe además si el doctor Oates, persona de buen parecer, de modales graciosos, no se había engañado tomando por un castigo del poco celo que mostraba por la causa de los católicos, aquel abanicazo que llevó en los dedos? las señoras papistas, se decía, sometían á pruebas severas los jóvenes neófitos que se disponían para recibir los sagrados órdenes. — Hablo de esta circunstancia en un tono jocoso, continuó el juez, porque no pretendo agraviar la buena fama de la respetable condesa ni del reverendo doctor, y pienso que lo ocurrido entre ellos por entonces, podía tener otro cualquier objeto que un crimen de alta traición. Quanto á lo que ha dicho el fiscal de la resistencia á la autoridad de extracción á mano armada, y de yo no sé qué, me parece que cuando se verifican tales acontecimientos en un país civilizado, es fácil presentar la prueba de ellos, y que ni vms. ni yo, señores, debemos creerlo con ligereza

sobre oídas. Con respecto á este otro acusado, ese *Galfridus minimus*, debo decir que ni aun veo que se suscite la menor sombra de sospecha contra él. ¿Quién podría creer de criatura semejante, de un aborto, que se zambulliría en lo profundo de la política, y tomaría parte en las estratagemas de guerra? No hay mas que mirarle para convencerse de lo contrario. Su edad le aproxima mucho mas á la tumba que á una conspiración; y su talla como todo su exterior, le presentan mas propio para hacerle ver como una pieza curiosa, que para iniciarle en los misterios de una conspiración.

El enano entonces hizo que se oyera su voz áspera y chillona para asegurar al juez que, tal como le veían, había tomado parte en siete conspiraciones en tiempo de Cromwell, y esto, añadió con altivez, con algunos hombres los mas grandes de Inglaterra. El modo y el tono con que Geoffrey Hudson echó esta baladronada, y de la que no sería posible dar una idea, suscitó en todo el auditorio una risa general, y aumentaron el caracter ridiculo que iba



tomando este negocio; de modo que solo apretándose los hijares y llorando de risa, pudieron los espectadores oír la decision unánime del Jurado que declaraba inocentes á los tres acusados.

Pero agitó un movimiento de sensibilidad mas viva los corazones de los que vieron al padre y al hijo echarse en los brazos el uno del otro, y, despues de haberse abrazado cordialmente, alargó la mano á su compañerito de peligro, quien como un perro que se halla en escena semejante, habia logrado escurrirse donde ellos estaban, y asegurar una parte de sus felicitaciones ofreciéndoles las suyas.

Tal fué el fin singular de este proceso. Carlos deseaba atribuirse el honor para con el duque de Ormond por la destreza con que se habia eludido la ley, gracias á las astucias que habia imaginado y hecho ejecutar; se sorprendió y mortificó por la frialdad con que Su Señoría le respondió, que se alegraba mucho ver á sus pobres amigos fuera de peligro, pero que hubiera querido los hubiese sacado del apuro como rey, usando del derecho que tenia de hacer

gracia, en lugar de ver á un juez ocultarlos de la accion de las leyes, casi como un jugador de manos escamotea una nuez moscada debajo de un cubilete.





CAPITULO VI.

Yo solo, haré cuarenta.

SHAKSPEARE. *Coriolan.*

Entre los que asistieron al juicio cuyo extracto acabamos de dar, había sin duda muchas gentes que pensaban se había dirigido el asunto de un modo muy singular y que la disputa entre el juez y el fiscal no era mas que el resultado de un convenio preparado de ante

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



mano para destruir la acusacion. Mas aunque habia sospechas de que se habian entendido ambos para el caso, la mayor parte del auditorio, que se componia de sugetos juiciosos y bien educados, miraba ya la conspiracion denunciada como un cuento mandado hacer, y veia con gusto que las acusaciones banales, causa de tanta sangre derramada, podian eludirse por un medio cualquiera. Pero la turba que esperaba en la sala de Peticiones, en la antesala y en la plaza, miraba con otros ojos lo que llamaba prevaricacion del juez y del fiscal para salvar á los presos.

Gates que necesitaba menos provocaciones de las que le habian hecho aquel dia para obrar como un verdadero frenético, se lanzó impetuoso en las olas de la multitud gritando hasta faltarle la voz: — ¡Ahogan la conspiracion! ¡dan garrote á la conspiracion! ¡Milor el juez y el fiscal están ligados para salvar á los conspiradores y los papistas!

— Esto es una invencion de la papista de Portsmouth, dijo uno de los oyentes.

— O mas bien del mismo viejo Rowley, dijo otro.

— ¡Si pudiere asesinarsé á sí mismo, dijo un tercero, al diablo quien lo impidiera!

— Se le deberia juzgar por haber conspirado contra sí mismo, dijo otro, y ahorcarle *in terrorem*.

A pesar de todo, sir Geoffrey, su hijo y su compañerito salieron de la sala de justicia con la intencion de ir á reunirse con lady Peveril, que habia tomado un cuarto en Fleet-Street. Se habia visto libre de muchas inquietudes, segun se lo dió á entender sir Geoffrey á Julian en pocas palabras, por un angel en forma de una amiga joven, y ellas los esperaba sin duda ya impaciente. La humanidad y una idea confusa, de que podia estar resentido el pobre pigmeo, movieron al anciano caballero y le convidó para que los acompañara. — Yo sé muy bien, dijo á su hijo, que no es muy ancho ni cómodo el alojamiento de lady Peveril, pero sería muy extraño que no hubiera un bufete que pudiera servir de cama donde duerma esta pobre criatura.



El enano oyó esta observacion, cuyo fin era laudable, y la grabó en la memoria uniéndola con lo de la danza en la fuente de loza, pensando hacer de ello un asunto sobre que se le dieran las explicaciones correspondientes, cuando se presentasen las circunstancias.

Al salir de la sala de justicia se llamaron la atencion general, tanto en razon de la situacion de que salian, como por lo que se parecian, segun dijo un chuzon estudiante del Temple, á los tres grados de comparacion, grande, menor, mínimo. Pero no habian andado mucho, cuando Julian advirtió que la multitud de retaguardia se agitaba con pasiones algo mas temibles que la de pura curiosidad, y que al parecer espiciaba sus movimientos todos.

— Miralos, miralos, esos malvados papistas, dijo uno del pueblo, ya van á Roma.

— Vm. quiere decir á Whitehall, dijo otro.

— Los monstruos sanguinarios, dijo en voz alta una muger, es una vergüenza dejar uno solo con vida, despues del asesinato del pobre sir Edmondbury.

— Mal rayo en los infames jurados, dijo otro, que han soltado esos perros rabiosos contra una infeliz ciudad.

Iba el tumulto en aumento de un instante á otro, y los mas furiosos exclamaban *lambonémolos* amigos míos, *lambonémolos*, expresion muy en voga por entonces, alusiva al destino del doctor Lamb, charlatan y astrólogo muerto por el pueblo en tiempo de Carlos I<sup>o</sup>.

Comenzó Julian á inquietarse con estos sintomas de violencia y sintió no haber tomado un barco y volver á la ciudad por agua. Era ya muy tarde para efectuar así su retirada, é invitó por lo bajo á su padre para que alargara el paso y llegar pronto á Charing-Cross, sin hacer alto á los insultos que oyese; porque un exterior firme y una marcha sostenida era lo que impediria llegasen al extremo las amenazas de la canalla. Este consejo era prudente, pero despues que habian pasado delante del palacio de Whitehall, el genio impetuoso de sir Geoffrey Peveril, y el no menos irascible de *Galfridus minimus* cuyo ánimo no miraba ni el número ni la talla, no les permitió seguirle.



— ¡Qué diablos! ¡qué pícaros, como gritan y ahullan! dijo sir Geoffrey el grande. Por Dios, que si tuviera un palo yo inculcariá la razon y lealtad en algunos de sus lomos!

— Yo haria lo mismo, dijo el enano, que sudaba sangre y agua por ir tras de sus compañeros, y que apenas podia respirar; y yo tambien daria de palos, hasta no poder mas, á estos plebeyos, ¡hem! ¡hem!

Habia entre la multitud que los seguia gritando é insultándolos de todos modos, no siendo á golpes, un mancebo de zapatero, que, al oír esta infeliz baladronada del enano belicoso, le recompensó sacudiéndole en la cabeza con una de las botas que llevaba á su parroquiano. La fuerza del golpe caló el sombrero al enano hasta los ojos, y no sabiendo quien le golpeó, se arrojó por instinto sobre el mas alto de los pícaros que tenia mas cerca de sí. Pero este paró el golpe, dándole un pechugon que dejó caer al pobre campeoncillo junto á sus compañeros. Viéronse entonces asaltados por todas partes; pero la fortuna, favorable á los deseos de sir Geoffrey el grande, quiso principiara esta

riña cerca de la tienda de un armero, y, entre las armas expuestas á la vista del público, tomó sir Geoffrey Peveril una espada que blandió con la destreza de un hombre acostumbrado por mucho tiempo á manejarla. Julian, llamando al mismo tiempo á un oficial de justicia, y recordando á los que acometian gentes sin haber sido provocados de su parte, no le pareció podia hacer cosa mejor que imitar á su padre, y, como él, se apoderó de una de las armas presentadas por el acaso. En tanto que daban de este modo señas nada equivocas de su resolucion de defenderse, se arrojó sobre ellos la multitud con tal impetu, que cayó por tierra el desgraciado enano, y ya estaba expuesto á verse atropellado, si el anciano caballero, apartando el populacho haciendo el remolino con la espada, no le hubiera tomado con mano vigorosa y puesto al abrigo de los golpes colocándole en el poyo de la ventana baja donde estaban las armas. El enano tomó al instante entre las mohosas que tenia debajo de los pies un escudo viejo, luego una espada, y cubriéndose con aquel, en tanto que tiraba



tajos y rebeses con esta á vista del pueblo amotinado, se halló tan satisfecho en este puesto ventajoso, que gritaba voceando á sus dos amigos, que escaramuzaban con armas mas iguales contra sus adversarios, no perdiesen tiempo en venir á ponerse bajo su defensa. Pero muy lejos de necesitar su socorro, el padre y el hijo se hubieran abierto paso con facilidad por entre la canalla, si hubieran podido resolverse á dejar su compañerillo en la situación que se veia, y donde, á la vista de cualquier otro que él, parecia un verdadero figurin armado con espada y broquel, sirviendo de muestra á la puerta de un maestro de esgrima.

Comenzaron bien pronto á volar los palos y las piedras, y el populacho, á pesar de los esfuerzos de los dos Peverils para dispersarle haciendo el menor mal posible, parecia resuelto á sacrificarlos á su furor, cuando algunas personas que asistieran al juicio, sabiendo que los acusados puestos en libertad estaban en peligro de morir á manos de la canalla, sacaron la espada para librarlos. El populacho, sin embargo, no comenzó á dis-

persarse, sino cuando vió, que, casi al mismo instante se acercaba un destacamento de guardias de corps, que habian hecho salir de su habitual residencia, á la primer noticia que recibieron de lo que pasaba. Cuando llegó este refuerzo inesperado, oyó con gozo el anciano caballero salir del centro de este pequeño grupo de valientes algunos gritos que animaran su juventud mas activa.

— ¿Dónde están esos picaros Cabezas Morondas? exclamaban los unos. — ¡Mátalos de un golpe á esos perros hipócritas! decian los otros. — ¡Viva el rey y sus amigos, y con mil demonios todos los demas! decian en alta voz algunos otros, con mas juramentos de los que se deben confiar al papel, en un siglo en que los oidos son mas delicados.

El anciano caballero, enderezando las orejas como el perro de caza que oye las voces de los ballesteros, al verse tan bien sostenido hubiera barrido el Strand de muy buena gana, con la caritativa intencion de forzar á la canalla que le habia insultado á esconderse en cuebanos, como decia; pero le contuvo la pru-



dencia de Julian, quien, aunque muy enfadado por el modo con que los habian tratado sin causa, consideraba que su posicion los precisaba cuidar de ponerse ensalvo, en lugar de entregarse á la venganza. Pidió é instó á su padre sobre que buscaran una retirada por el pronto, ya que podian, para ocultarse al furor de la canalla. Los oficiales que mandaban el destacamento de guardias de corps, exhortaron al anciano caballero á tomar este partido prudente, y se lo intimaron á nombre del rey para resolverle, en tanto que se lo pedia Julian en el de su madre.

Sir Geoffrey Peveril miró la hoja de la espada teñida en la sangre de algunos adversarios mas atrevidos á quienes habia herido levemente y por lo que estaba solo medio satisfecho.— ¡Si por lo menos hubiera yo tendido en tierra uno de estos tunantes! exclamó, pero yo no sé lo que me pasó, al ver sus caras inglesas redondas y largas, no podia resolverme á tirar estocadas y me contentaba con dar algunos tajos.

— La voluntad del rey es que no vaya mas adelante este asunto, dijo el oficial.

— Mi madre morirá de pesadumbre, dijo Ju-

lian, si oye hablar de este tumulto antes que lleguemos á casa.

— Si, si, dijo el caballero, Su Magestad por una parte, y mi muger por otra.... ¡Bien, bien! cúmplase su gusto, y es cuanto tengo que decir. Es preciso obedecer á los reyes y á las damas. Pero, ¿por dónde haremos nuestra retirada, porque tenemos que hacerla?

Se hubiera visto Julian muy confuso para responder á esta pregunta, porque se habian cerrado las puertas de las casas y las tiendas desde que la confusion comenzó á tomar un caracter temible. Pero el armero, de cuyas mercancías se habian apoderado sin cumplimiento, les ofreció un asilo de parte del propietario de la casa cuya tienda alquilaba, añadiendo únicamente con mucho modo, que pensaba tomarian estos señores en consideracion el uso que habian hecho de sus armas.

Julian meditaba aunque de prisa si seria conveniente aceptar la propuesta de este hombre, teniendo ya experimentado, cuantos lazos solian tenderse dos facciones, de un odio tan inveterado, que no formaban escrupulo en usar



de doblez contra sus enemigos; pero el enano, dejando percibir su voz áspera y chillona, y levantándola con toda su fuerza desde lo alto del puesto que ocupaba todavía en la ventana de la tienda, los exhortó á que admitieran la oferta del respetable amo de la casa.

—El mismo, dijo, reposando despues de la gloriosa victoria en que se lisongeaba haber tenido parte, habia recibido el favor de una vision beatifica, demasiado resplandeciente para describirse á los mortales. Una voz que habia resonado en su corazon como el sonido de una trompeta, le habia invitado á refugiarse en casa de este respetable propietario, y á pedir á sus amigos que hicieran lo mismo.

— ¡Una vision! ¡el sonido de una trompeta! dijo el caballero del Pico, el hombrecillo está loco de atar.

Pero el armero se apresuró á explicarle habia recibido aviso de una señora, conocida suya, que le habia hablado desde una ventana, cuando estaba bajo el toldo de la tienda, diciéndole que sus amigos y él hallarian un retiro seguro en la casa de este propietario. Hizole

notar al mismo tiempo que los gritos se reproducian á lo lejos. La canalla se disponia en efecto para volver á la carga con mucha mas gente y violencia.

Entonces el padre y el hijo dieron de prisa las gracias al oficial y su destacamento, como á los otros que voluntariamente habian tomado parte en su defensa, y bajaron al chiquitín sir Geoffrey Hudson del puesto elevado que tan honradamente habia ocupado durante la escaramuza; fueron entonces detrás del armero, quien llevándolos por un pasadizo inmediato, y haciéndolos atravesar uno ó dos patios para engañar, decia, al que tratara de espiar donde iban á esconderse, los hizo entrar en la casa por una puerta falsa. Subieron despues una escalera cubierta de estera de espadaña para impedir la humedad, y en lo alto de ella entraron en un salon, cuyas paredes estaban cubiertas de sarga gruesa verde, guarnecida de badana dorada, colgadura que adoptaban entonces los ciudadanos poco ricos ó económicos en lugar de tapicería ó de ensambladura. Allí recompensó tan generosamente al



armero por el préstamo forzado que les habia hecho de sus armas, que abandonó la propiedad á los que acababan de servirse de ellas, tanto mas voluntariamente, añadió, que se alegraba infinito de verlas en manos de gentes que conocian el manejo, y de hombres de gran talla.

El enano se sonrió cortesmente saludándole, y echó al mismo tiempo mano á la faltriquera; pero la sacó con indiferencia, probablemente porque no halló con que hacer la corta recompensa que pensaba.

Saludólos el armero; y cuando ya se retiraba, dijo que preveia la vuelta del buen tiempo para Inglaterra, y que las hojas de Bilbao se venderian mejor que nunca.— Me acuerdo ahora, señores, aunque yo no era entonces mas que aprendiz, como en 1641 y 1642, era considerable el pedido de armas; se compraban mas sables que mondadientes, y el viejo Ironsides, mi maestro, vendia malas espadas de Provant el doble de lo que me atreveria yo á pedir hoy por una hoja toledana. Pero, por cierto, la vida de un hombre dependia de la hoja que

llevaba; los Caballeros y los Cabezas-Morondas se batian todos los dias á la puerta de White-Hall. Como es probable, segun el buen ejemplo que vms., señores, acaban de dar, que aun pueda suceder esto, lo que me pondria en disposicion de dejar esta tienda para abrir otra nueva, espero me recomienden vms. á sus amigos; yo tengo siempre mercancías con las que un gentilhombre puede arriesgar su vida sin peligro.

— Muchas gracias, amigo mio, respondió Julian; pero suplico á vm. que se retire. Pienso que no necesitaremos sus mercancías, á lo menos desde ahora en algun tiempo.

Retiróse el armero; pero mientras que bajaba el enano le dijo que volveria á verle dentro de poco para comprar una hoja mas larga y mas cómoda para batirse, por no ser buena la espada que tenia sino para la parada ó la escaramuza con la canalla, tal como la pasada poco ha.

Estas palabras hicieron volver al armero, quien dijo á sir Geoffrey el pequeño que hallaria en su tienda una hoja digna de su valor, y



como si tal idea no se le hubiese ocurrido antes al pensamiento : — Pero, señores, dijo vms. no pueden atravesar el Strand con las espadas desnudas en la mano, ó se expondrían á que se amotinara otra vez la plebe. Si vms. gustan, yo les pondré vaina en tanto que reposan un poco.

Pareció tan razonable esta observacion, que Julian y su padre volvieron al momento las armas al buen armero. El enano siguió su ejemplo, pero despues de haber vacilado un poco, no tratando, decía, de separarse tan pronto de un amigo fiel que acababa de proporcionarle la fortuna poco tiempo antes. Salió el artesano llevándose las armas de los tres amigos, y al salir del cuarto, advirtieron que cerraba la puerta dando dos vueltas á la llave.

— ¿Has oído eso? dijo sir Geoffrey á su hijo; pues ya estamos desarmados.

Julian registró la puerta antes de responder y vió que estaba bien cerrada, y las ventanas con reja en el cuarto principal. No puedo creer, dijo despues de un instante de reflexion, que ese tunante haya tratado de jugarnos una

pasada. En todo caso, no seria dificil forzar la puerta y marcharnos. Mas, antes de tomar esta medida violenta, me parece será mejor dar tiempo á que se disperse la canalla, y á este hombre para que nos vuelva las armas. Si entonces no vuelve pienso que no hallaremos muchos obstáculos para salir del paso. Al acabar de decir esto, se levantó parte de la tapicería, se dejó ver una puerta que ocultaba, y el mayor Bridgenorth se presentó en el aposento.





## CAPITULO VII.

Como espectro salido de la tumba,  
Vino y les anunció fallos terribles,  
Cerrado el cielo, penas mil horribles..

*El Reformador.*

La sorpresa de Julian con la aparición imprevista del mayor Bridgenorth se reemplazó por el temor que al mismo instante le inspiró el genio violento de su padre; porque tenía las mas fuertes razones para recelar se dejase llevar de algun impetu contra un hombre, á quien



respetaba tanto por él mismo como por ser padre de Adelaida. Sin embargo el modo que tuvo de presentarse no era capaz de suscitar resentimiento alguno. La serenidad se dejaba ver en su rostro, su paso era mesurado y tranquilo; sus ojos indicaban ciertamente cuidado é inquietud, pero no animosidad ni alegría por el triunfo.

— Sea vm. muy bien venido, sir Geoffrey Peveril, dijo, tan bien venido como lo habria sido cuando aun nos llamábamos vecinos y amigos.

— Por vida mia, respondió el anciano caballero, si hubiera yo sabido que era tuya esta casa, hubiera consentido me arrancaran el alma del cuerpo, antes que atravesar sus umbrales, es decir para buscar en ella mi seguridad.

— Perdono su animosidad á causa de sus prevenciones de vm., dijo el mayor.

— Guárdese vm. mi perdon hasta que haya logrado el suyo, replicó sir Geoffrey. ¡Por san Jorge! tengo jurado que si lograba poner los pies fuera de aquella infernal carcel donde se me puso, gracias á vm. en gran parte, señor

Bridgenorth, que le haria pagar á vm. el alquiler de tan mal alojamiento. No tocaré á nadie en su casa, pero si tiene vm. á bien mandar á ese pícaro que me vuelva mi arma, y venir á dar dos pasos conmigo por este patio sombrío poco distante, le haré ver á vm. la suerte que puede tener un traidor en concurrencia de un súbdito leal, un puritano con un Peveril del Pico.

— Cuando yo era más mozo tenia la sangre más viva, sir Geoffrey, respondió Bridgenorth sonriéndose con mucha calma, no quise admitir el cartel que vm. me envió. ¿Es probable que le acepte ahora que tan cerca estamos ambos del sepulcro? Jamas me he negado y jamas me negaré á derramar mi sangre por mi patria.

— Es decir cuando se trata de tomar las armas contra el rey, dijo el caballero.

— ¡Padre mio! exclamó Julian, oigamos al señor Bridgenorth. Nosotros habemos hallado asilo en su casa; y aunque le vemos en Londres, debemos tener presente que no se ha presentado en el tribunal á declarar contra nosotros esta mañana, cuando su declaracion hubiera podido dar mal aspecto á nuestra causa.



— Joven, tiene vm. razon, dijo Bridgenorth, y mi ausencia de Westminster debe mirarse como una prenda de mi sinceridad. Diez minutos de camino me faltaban para llegar á la sala de justicia y asegurar la condenacion de los acusados. Pero, ¿cómo me hubiera sido posible resolverme á ello, sabiendo como sé, que te debo á tí Julian la salvacion de mi hija, de mi querida Adelaida, de todo lo que me resta de su santa madre, que tú eres quien la libró de las asechanzas con que la tuvo asediada el infierno y la perfidia.

— ¡Creo que está en seguridad, exclamó Julian con viveza, poco menos que olvidado de la presencia de su padre, muy segura, y bajo la proteccion de vm.!

— No bajo la mia sino bajo la de una persona, á quien despues de la de Dios puedo confiarla con mas certeza.

— ¿Está vm. seguro? ¿muy seguro de ello? porque yo la encontré en poder de una muger á quien habia estado confiada, y que sin embargo....

— Era la criatura mas vil. Pero quien hizo

eleccion de ella se habia engañado con respecto á su conducta.

— Diga vm. antes que fué vm. quien se engañó en cuanto á la de este hombre. Acuértese vm. que, cuando nos separamos en Moultrassie-Hall, le adverti que debia desconfiar de aquel Ganless que....

— Ya sé lo que va vm. á decir, y no se habia vm. equivocado en hablarme de él como de un mundano. Pero ha reparado su error librando á Adelaida de los peligros á que estuvo expuesta cuando se vió separada de vm. Por otra parte no he tenido por conveniente confiársela otra vez, siendo lo que mas estimo.

— Doy gracias á Dios porque tiene vm. abiertos los ojos, á lo menos en parte.

— Este dia me los hará abrir del todo ó cerrar para siempre, respondió Bridgenorth.

Durante este corto diálogo y sin advertir los interlocutores que habia otros oyentes, escuchaba sir Geoffrey con sorpresa y curiosidad, esperando oír algo que le hiciese inteligible la conversacion; pero, no pudiendo comprender nada, exclamó de repente. —



¡Rayos y centellas! Julian, ¿qué significa esa charla? ¿qué relacion puedes tú tener con este hombre sino para darle de trancazos, si no juzgas indigno de tí matar á palos un picaro tan viejo?

— Vm. no conoce al señor Bridgenorth, padre mio, respondió Julian; estoy cierto de que vm. no le hace justicia; le debo grandes obligaciones, y estoy seguro de que cuando vm. las sepa....

— Creo que moriré antes, dijo sir Geoffrey cada vez mas enfadado; creo que Dios, por su misericordia, me reunirá con mis antecesores antes de saber que mi hijo, mi único hijo, la última esperanza de mi antigua casa, todo lo que me resta del nombre de Peveril, ha consentido contraer alguna obligacion con el hombre que yo debo aborrecer mas en todo el mundo, cuando no despreciarle todavia mas. ¡Hijo degenerado! ¡Te avergüenzas! ¡callas! ¡habla! niega semejante bajeza, ó por el Dios de mis padres....

Avanzóse hácia él de repente el enano.— ¡Silencio! exclamó con una voz tan desapacible y á la par tan imponente, que parecia casi so-

brenatural; ¡silencio! hombre de pecado y de soberbia, y no invoque el nombre de Dios que es la santidad misma, en testimonio de su resentimiento profano.

Estas palabras, pronunciadas con un tono firme y decidido, y el entusiasmo con que se expresaba, dieron entonces á este tiempo al enano despreciado un ascendiente manifesto sobre el hombre, á cuyo codo no alcanzaba. Miróle sir Geoffrey por un instante sorprendido y casi temeroso como si fuese una aparicion que tenia delante.

— ¿Sabe vm. la causa de mi resentimiento? le preguntó despues.

— No, respondió el enano; bástame saber que nada puede justificar el juramento que iba vm. á hacer. ¡Hombre ingrato! se ha salvado vm. del furor exterminador de los malvados por un concurso maravilloso de circunstancias, y, ¿debe vm. entregarse en este dia con tal ardor á sus resentimientos?

— Merezco esta reprension, pero se me hace por un conducto bien singular. La langosta, como se lee en el libro de preces, se ha con-



vertido en carga pesada para mis hombros. Julian ya te hablaré yo mas tarde sobre este asunto. En cuanto á vm., señor Bridgenorth, no quiero tratar mas con vm., ni como amigo ni como enemigo: el tiempo se pasa, y yo no pido mas que volver al seno de mi familia. Haga vm. que nos den nuestras armas; abranos las puertas, y sepárenos sin mas altercaciones, porque no podrian servir sino para inquietarnos las almas y á indisponernos mas.

— Sir Geoffrey Peveril, dijo Bridgenorth, no quiero inquietar su alma ni la mía; pero el separarnos tan pronto seria difícil, porque no puede acordarse esto con la obra que traigo entre manos.

— ¡Como es eso, caballero! exclamó el enano, ¿quiere vm. decir que nos detendrá vm. de grado ó por fuerza? si no estuviera yo forzado á quedarme por orden de un ser que tiene poder de mandarlo todo á este pobre microcosmo, le haria ver que las llaves y cerrojos no pueden detener á un hombre como yo.

— Tiene razon, dijo sir Geoffrey Peveril, porque creo que podria en caso necesario

soplarse el hombrecillo por el agujero de la cerradura.

Abriéronse hasta sonreirse los labios del mayor, al oír la bravata del pequeño héroe, y el comentario de desprecio que hizo sir Peveril; pero no se dejaba ver esta expresion festiva dos segundos consecutivos; — recobró al momento su gravedad toda: — Caballeros, dijo, conviene se sirvan vms. tomar su partido. Créanme vms., no se trata de hacerles mal ninguno; al contrario deteniéndose aqui, consultarán vms. á su seguridad, que sin esto podria correr muchos peligros. Vms. tendrán la culpa si perdiesen un solo cabello. Pero yo tengo la fuerza, y en caso de sucederles alguna cosa, si se valen de la violencia para salir de aquí, no tendrán que culpar sino á sí mismos. Si no me quieren vms. creer me avengo á que Julian Peveril me acompañe, y le haré ver que tengo medios para reprimir todo acto violento.

— ¡Traicion! ¡traicion! exclamó el anciano caballero. ¡Traicion contra la religion y contra el rey! ¡Oh que no tenga yo por media hora la espada, de que me desprendí por ser un loco!



—Sosíguese vm., padre, se lo suplico á vm., dijo Julian. Voy con el señor Bridgenorth, pues que lo consiente. Me aseguraré si hay algun peligro y de su especie. Si se trata de alguna medida violenta, tal vez pueda yo lograr impedirlo. Pero en todo caso, no tema vm. que su hijo haga nada que no sea digno de él.

— Haz lo que te parezca, Julian, le respondió su padre, pongo mi confianza en tí; pero si me haces traicion, te seguirá la maldicion de un padre.

Entonces hizo seña Bridgenorth para que le siguiera, y salieron por la puertecilla por donde el mayor habia entrado.

Conducia esta puerta á un recibimiento, ó especie de antesala, en la que parecia reunirse diferentes corredores cerrados por otras tantas puertas, habiendo Bridgenorth abierto una, hizo seña para que Julian le siguiera en silencio y con cuidado. Julian obedeció; y, despues de haber dado algunos pasos, oyó voces de gente, y bien pronto una declamacion magestuosa y enfática. Siguieron andando despacio y con tiento, Bridgenorth le hizo entrar por una

puerta donde acababa este corredor, y le introdujo en una pequeña galeria cerrada por una cortina. Allí oyó distintamente una voz que le pareció de predicador.

Julian no dudo entonces hallarse en uno de aquellos conventiculos en contravencion con las leyes actuales, però que se celebraban regularmente en diferentes partes de Londres y sus arrabales. La prudencia y el temor del gobierno cerraban los ojos acerca de los frecuentados por gentes de opiniones políticas moderadas, y que solo eran no-conformistas por principios de conciencia. Pero buscaban, dispersaban y perseguian por todas partes donde podian descubrirse, aquellos que se componian de gentes mas rígidas y mas exaltadas de las sectas conocidas con los nombres de Independientes, Anabaptistas, y otras muchas, cuyo terrible entusiasmo habia contribuido á trastornar el trono de Carlos I.

Convencióse luego Julian de que la asamblea en la que se le habia introducido con tanto secreto era de esta última especie, y que la componian gentes que profesaban los principios



mas exagerados, juzgando por la violencia del predicador. Cercioróse todavía mas cuando, por una seña que le hizo Bridgenorth entreabrió con precaucion una parte de la cortina, que cubria la delantera de la galeria, y que pudo ver sin que le vieran, al auditorio y al predicador.

Habia reunidos en esta asamblea celebrada en una sala poblada de bancos, cerca de doscientos hombres que parecian ocuparse en el ejercicio de su culto. Pero todos estaban armados con picas, mosquetes, sables y pistolas. Tenian traza casi todos de soldados veteranos que comenzaban á entrar en el otoño de la vida, pero conservando bastante fuerza para suplir la soltura de la juventud. Estaban sentados en diversas actitudes, pero manifestaban la mas grande atencion. Sostenidos en las picas ó los mosquetes, tenian la vista fija en el predicador, quien acabó con una declamacion furiosa, desplegando desde lo alto del púlpito una bandera en la que se representaba un leon con la inscripcion. *Vicit leo ex tribu Judæ* \*.

\* Venció el leon de Judá. — Tb.

La elocuencia mística, pero animada del predicador, viejo canoso, á quien el celo parecia volver la voz cascada por la edad, era perfectamente acomodada al gusto de sus oyentes, y no podriamos reproducirla en estas páginas, sin que se tuviese por irregular ó por un escándalo. Amenazó al gobierno de Inglaterra con el juicio pronunciado por Dios contra Moab, y la Asiria, conjuró á los santos que le oian, se revistiesen de fuerzas, se levantaran y obrasen: les prometió los milagros que en las campañas de Josué y de sus sucesores los valientes jueces de Israel, habian suplido por el número contra los Amonitas, Madianitas, y Filisteos.

Julian, con extremo inquieto, bien pronto hubo entendido bastante para persuadirse de que esta asamblea acabaria probablemente por una insurreccion abierta, como la de los hombres de la Quinta Monarquía, bajo de Venner, al principio del reinado de Carlos I, y pensó con espanto que era verosimil se hallase Bridgenorth comprometido en una empresa tan criminal y tan desesperada. Si le hubiera que-



dado alguna duda sobre el resultado de tal asamblea, se le hubiera disipado cuando llegó á oír al predicador que exhortaba á sus oyentes á que renunciasen la esperanza de salvar la nación por medio de las leyes ordinarias de Inglaterra. —Esto no sería, dijo, mas que un deseo carnal de una asistencia terrestre; sería buscar socorro en Egipto, lo que á la vista perspicaz de su divino maestro no sería sino una huida á otra roca, á otra bandera diferente de la que estaba desplegada en su presencia. Al decir esto movió por encima de ellos la bandera del leon, como el único estandarte, bajo el que debían buscar la vida y la salud.

Sostuvo despues que era inutil todo recurso á la justicia ordinaria, que aun era pecado. —Lo que hoy ha pasado en el tribunal de justicia de Westminster, dijo, puede daros á conocer que el hombre morador de Whitehall es parecido á su padre. Y concluyó con una larga repasata contra los vicios de la corte, asegurándoles que se había mandado traer largo tiempo había el Tophet \* y le calentaba el rey. Cuando

\* Tophet. Es una palabra de que se sirve el profeta Isaias.

el predicador comenzó la descripción del gobierno teocrático que se aproximaba, Bridgenorth, que al parecer se había olvidado por algun tiempo que Julian estaba presente, porque oía con toda la atención posible el discurso de aquel energúmeno, volvió en sí de repente, y, tomando á Peveril de la mano, le hizo salir de la galería cuya puerta cerró con cautela, y le llevó á un cuarto inmediato.

Luego que llegaron allí, previno las preguntas que Julian pensaba hacerle, preguntándole en tono severo, pero que indicaba un triunfo secreto, ¿si era probable que los hombres que acababa de ver, harian su trabajo á medias, y si no sería peligroso querer salir á la fuerza de una casa, cuyas salidas estaban custodiadas por hombres tales, guerreros veteranos acostumbrados á las armas desde su niñez?

— ¡ Por amor de Dios! dijo Julian sin respon-

sobre cuyo sentido hay poca uniformidad. Según unos, era un matadero situado al sud de Jerusalem, donde ardía un fuego continuo, destinado á consumir las entrañas de las bestias y otras inmundicias. Otros quieren que se diese este nombre al brasero en que se quemaban los niños sacrificados á Moloch.

— Ed.



der á la pregunta, ¿con qué proyecto, inspirado por la desesperación, ha reunido vm. tantas gentes exaltadas? Yo sé que tiene vm. opiniones religiosas enteramente particulares; pero cuidado con engañarse á sí propio. Jamas puede sancionar la religion, bajo cualquier punto de vista que se la considere, la rebelion y el asesinato. Estas, no obstante, son las consecuencias naturales y necesarias de la doctrina que acabamos de oír predicar ante esos fanáticos y viejos entusiastas.

— Hijo mio, respondió con sosiego Bridgenorth, yo pensaba como vm. en los dias de mi juventud. Creia haber hecho bastante con pagar el diezmo de anís y cominos, cuando habia cumplido los preceptos menores de la ley antigua; me persuadia haber reunido tesoros preciosos, pero ¡ah! no tenian otro valor que el de las cáscaras dejadas en el dornajo de los guarros. ¡Bendito sea Dios! Cayeron las escamas de mis ojos, y despues de haber errado cuarenta años por el desierto de Sinai, he llegado por fin á la tierra de Promision. Me he purificado de la corrupcion de mi naturaleza humana; despo-

jéme del hombre viejo, y mi conciencia me permite ahora echar mano al arado, cierto de que, dó quiera que yo vuelva atras la vista, no advertiré en mi alguna debilidad.— Los surcos, añadió frunciendo las cejas, deben ser anchos y profundos, y es preciso regarlos con sangre de los fuertes.

Animáronse sus ojos cada vez mas y se obró en su tono y modales, al tiempo de pronunciar estas expresiones singulares, un cambio que convenció á Julian, que el juicio del mayor, tantos años vacilante entre su buen juicio natural y el insensato entusiasmo de su siglo, se habia por fin abandonado á este último impulso. Conociendo el peligro á que verosimilmente se expondrian la inocente y bella Adelaída y su padre, por no decir nada del riesgo que correrian todos los ciudadanos por una insurreccion repentina, conocia tambien que no podia tener eficacia ningun discurso para un hombre que opondria la conviccion, obrada en su espíritu por el fanatismo, contra todos los argumentos que se podrian multiplicar para combatir sus proyectos desatinados. El hablarle



al corazón parecía un recurso de un éxito más probable. Conjuro, pues, Julian al mayor, para que reflexionase cuanto exigian el honor y la seguridad de su hija que se abstuviese de dar el paso peligroso que intentaba.— Si sucumbís, le dijo, ¿no caerá ella bajo la tutela y autoridad de su tío, quien, según lo que vm. dice, se ha hecho criminal por la equivocación más grosera, buscándola una protectora, y que, á mi parecer, porque tengo buenas razones para creerlo, ha elegido de un modo tan infame con pleno conocimiento?

— Joven, respondió Bridgenorth, vm. me hace experimentar lo que el pobre pájaro á cuya pata un muchacho cruel ata una cuerda, para obligarle á bajar á tierra cuando mejor le parece. Pero, supuesto quiere vm. hacer este papel bárbaro, y obligarme á descender de mis contemplaciones más elevadas, sepa vm. que la encargada de cuidar de Adelaída, y que tiene para lo sucesivo pleno y entero poder para dirigir sus acciones y decidir su suerte, á pesar de Christian y de otro sea quien fuere, es... no, no le diré á vm. quien : hástele saber que

nadie puede temer por su seguridad, vm. menos que ningún otro.

Abrióse á este tiempo una puerta por un costado del cuarto, y Christian entró. Estremeciéndose y mudó de color al ver á Julian, y, volviéndose á Bridgenorth, le preguntó con una especie de indiferencia: — ¿Saul es uno de los profetas? ¿Un Peveril está en el número de los santos?

— No, hermano mio, respondió Bridgenorth; ni á él ni á tí os llegó todavía la hora. Tú estás demasiado zambullido al fondo de las intrigas de la edad madura, y él está muy exaltado con las pasiones tempestuosas de la mocedad, para que podais alguno de los dos oír la voz tranquila que os llama. — Ambos la oireis, á lo menos así lo espero, y se lo pido á Dios en mis oraciones.

— Señor Ganless, Christian, ó como vm. se quiera llamar, dijo Julian, sea cual fuere el motivo por el que obra en este asunto peligroso, vm. á lo menos no está enardecido con la idea que el orden inmediato del cielo, le manda á vm. cometer hostilidades contra el esta-



do. Olvidando, pues por ahora los motivos de discusion que puedan existir entre nosotros dos, únase vm. conmigo, se lo suplico, como hombre dotado de juicio y de sana razon, para disuadir al señor Bridgenorth de la fatal empresa que medita.

— Joven, respondió Christian con mucha calma, cuando nos vimos en el oeste, quise que fuese vm. mi amigo; pero vm. desechó mis propuestas anticipadas. Me habia vm. visto bastante, sin embargo, para convencerse de que yo no era hombre capaz de auxiliar una empresa desesperada. Bridgenorth, mi hermano, pone en la que tenemos entre manos la sencillez de la paloma, sino su inocencia, y yo contribuyo con la sutileza de la serpiente. El tiene la conducta de los santos inspirados por el espíritu, y yo puedo añadir á sus esfuerzos, los de una corporacion poderosa de auxiliares instigados por el mundo, Belcebú y la carne.

— ¿Y puede vm. consentir una union semejante? preguntó Julian á Bridgenorth.

— Yo no estoy unido con ellos, respondió el mayor, pero no podré, sin hacerme criminal,

despreciar los socorros que la Providencia envia en favor de sus siervos. No somos nosotros mas que un número pequeño, aunque todos determinados. Los que vienen con hoces para ayudarnos á segar, deben ser bien acogidos. Luego que se haga la cosecha, se convertirán ó dispersarán.

— ¿Ha estado vm. en York-Place, hermano? ¿Ha visto vm. al Epicureo vacilante? Preciso nos es saber su resolucion última, la necesitamos antes de una hora.

Christian puso los ojos en Julian, como si su presencia le impidiera responder á esta pregunta, por lo que se levantó Bridgenorth, y, tomando al joven por el brazo, le llevó otra vez al cuarto, donde habia quedado su padre.

Aseguróle en el camino, que habia centinelas vigilantes y resueltos en todos los sitios, por donde les fuera posible salir de la casa, y que haria bien de persuadir á su padre se quedase quieto en calidad de preso por algunas horas.

Julian no le respondió cosa alguna, y el mayor se retiró, dejándole con su padre y con



Hudson. Todo lo que pudo responder á sus preguntas fué que recelaba no hubiese caído en una trampa, pues que habia en la casa lo menos doscientos fanáticos perfectamente armados, y al parecer dispuestos á cualquier empresa desesperada. Hallándose ellos sin armas no podian valerse de la fuerza, y por muy malo que fuese quedarse en tal situacion, el cierre sólido de la puerta y de los cerrojos hacian poco menos que imposible toda tentativa para escaparse con secreto, sin exponerse á ser descubiertos.

El valiente pigmeo era el solo que conservó aun alguna esperanza, y procuraba infundirla entre sus compañeros de afliccion. — La bella, cuyos ojos parecian astros hijos gemelos de Leda, dijo, porque el hombrecillo era gran admirador del estilo elevado, no le habia invitado, á él que era el mas afecto y no el menos favorecido acaso de sus siervos, para entrar en esta casa como en un puerto, para exponerle á naufragar en ella; y aseguró con generosidad á sus amigos que su seguridad seria prenda de la de ellos.

Sir Geoffrey Peveril, poco reanimado por esta promesa, expresó su desesperacion por no poder ir hasta Whitehall, donde se lisongeaba hallar bastantes caballeros valientes para sofocar este enjambre en su abispero, en tanto que Julian pensaba que el mejor servicio que podria hacer á Bridgenorth, seria descubrir su conjuracion cuando todavia era tiempo, y avisar tambien al mayor para que se pusiera en salvo.

Déjemoslos ahora meditar en el plan que les parezca. Dependia de su evasion anticipada del sitio donde se hallaban arrestados, y por consecuencia no habia visos de que pudieran ponerle por obra.





## CAPITULO VIII.

Cada cual por su turno pegó el brinco:  
Unos para salvarse; otros creyendo  
Reconocer del cielo las señales  
Y la voz protectora; aquel por puestos;  
Este por avaricia; hasta yo mismo  
Por capricho ó pasión seguí el ejemplo.

SHAKSPEARE. *El sueño de una noche  
de verano.*

Después que Christian tuvo una conversacion particular con Bridgenorth, fué al palacio del duque de Buckingham escogiendo el camino mas á propósito para evitar encontrarse con algun conocido suyo. Hizosele entrar en el cuarto del duque, á quien halló comiendo



avellanas y vaciando un frasco de un excelente vino blanco.

— Christian, dijo el duque, venga vm. y ayúdeme á reir. He mordido á Carlos Sedley, le he ganado mil guineas, por todos los Dioses.

— Os felicito, milor, por vuestra buena fortuna, pero yo vengo por negocios serios.

— ¡Serios! á fe mia, creo que, en lo que me resta de vida, no podré mantenerme serio. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡Buena fortuna! No es eso, es mi talento, una idea excelente, y ninguna otra cosa. Si no fuera porque no trato de hacer un agravio á la fortuna, podría decir-la en su cara, como el antiguo general griego: — No has tenido parte alguna en este triunfo. Ned Christian, vm. sabe que la madre Cresswell ha muerto.

— Sí, milor. He sabido que cargo el diablo con lo suyo.

— ¡Muy bien! vm. es un ingrato, porque yo sé que le ha hecho á vm. favores como á otros muchos. ¡Por san Jorge! Era una señora anciana muy servicial y benéfica; y para que no duerma sin honor en su tumba, yo he aposta-

do, — ¿Me oye vm.? — He apostado con Sedley que escribiría su oracion fúnebre; y que cada palabra seria un elogio suyo, que no contendría nada que no fuese verdad, y que sin embargo el diocesano no podría pellizcar á Quodling, mi capellancito, quien la pronunciaría.

— Me hago muy bien cargo de la dificultad, milor, dijo Christian sabiendo que, si quería cautivar la atencion de este señor sin sustancia, necesitaba dejarle apurar la materia de su conversacion, fuese cual fuese, que se le habia metido en la glándula pineal\*.

— ¡Muy bien! continuó el duque, he mandado decir á mi chiquitín Quodling que, á pesar de las malas nuevas que corrieron durante la vida de la digna matrona, cuyos restos acababan de dar á la tierra, aun la envidia misma no pudo negar que fué bien nacida, que se casó bien, que vivió bien, y murió bien, pues que nació en Shadwell, se casó en Cresswell, vivió en Camberwell, y habia muerto en Bri-

\* Cuerpecito pequeño en el cerebro donde algunos fisiologistas, metafísicos ponen la residencia del alma. — Ed.



dewell \*. Esta era toda la oración fúnebre y con ella se acabaron las ambiciosas esperanzas de Sedley en aspirar á ser mas diestro que Buckingham. ¡Ah! ¡ ah! ¡ ah! pero ahora, señor Christian, ¿ qué ordenes tiene vm. que darme hoy?

— Lo primero debo dar gracias á Vuestra Señoría por haber procurado á su amigo, á su fiel servidor, la compañía de un hombre tan formidable como el coronel Blood. Como soy, tomaba tanto interés en mi partida de Londres, que trataba de forzarle con la punta de la espada á verificarla, de suerte que me vi obligado á sacarle algunas gotas de sangre mala. Los valientes de Vuestra Señoría han tenido mala fortuna de poco tiempo acá, y esto es muy desagradable, pues que tiene Vuestra Señoría buen cuidado en escoger los mejores brazos y las almas menos escrupulosas.

\* Hay aquí un juego de palabras que no puede hallarse en castellano. Está en la palabra *well* que quiere decir *bien*. Es como si se dijera en castellano; esta señora nació en Sadwel ó Shadbien, se casó en Creswell ó Cressbien vivió en Camberwel ó en Camberbten y murió en Bride-well ó en Bridbten. — En

— Vamos, vamos, Christian, no tome vm ese tono de triunfo conmigo. Un hombre grande, si yo puedo darme este título, nunca es mas grande que cuando se le frustran sus planes. Yo no le he preparado á vm. esa pasada, sino para darle una idea util del interés que tomo en todos sus movimientos. ¡El pícaro ha tenido atrevimiento á sacar la espada contra vm.! eso es lo que jamas le perdonaré. ¡Qué! ¿Atacar la existencia de mi antiguo amigo Christian?

— ¿Y por qué no? respondió Christian con cachaza, si su antiguo amigo es tan porfiado que no le da la gana desalir de Londres cuando Vuestra Señoría quiere, con el decoroso designio de divertir á mi sobrina en su casa estando yo fuera?

— ¡Qué! ¡Cómo! ¿Qué quiere vm. decir? ¡Divertir á su sobrina de vm. en mi casa! Era un personage bien superior á mis humildes intenciones. Estaba destinada, si bien me acuerdo, á un puesto mas elevado, al favor del rey.

— Sin embargo ha morado en el convento de



Vuestra Señoría dos dias ó poco menos. Por dicha estaba el padre confesor ausente, y como se ha escalado de poco acá mas de un convento, cuando volvió su Reverencia el pájaro ya voló.

— Christian, tú eres un zorro viejo; ya veo yo que no se puede jugar contigo á puto el poste. Con que has sido tú quien me ha robado mi buena presa; pero me dejaste en su lugar una ninfa que me gustaba mucho mas, y si no se hubiera servido de alas para escapárseme, la hubiera yo puesto en una jaula de oro. No temas nada, Christian, yo te perdono de buena voluntad.

— Está Vuestra Señoría de humor misericordioso, tanto mas, cuanto que yo he sido el injuriado; y, como dice el sabio, el que hace la injuria está menos dispuesto á perdonar que quien la recibe.

— Es verdad, Christian, es verdad; y hay cierta cosa de nuevo en lo que dices, algo que presenta mi clemencia bajo un punto de vista el mas claro. ¡Y bien! Una vez perdonado

el hombre, ¿Cuando veré yo á mi princesa de Mauritania?

— Cuando yo esté cierto de que un capricho, una apuesta ó una oracion fúnebre, no la desterrarán de vuestra memoria.

— Quedaria mejor grabada en ella, que todos los rasgos de ingenio de South y de Ethege, exclamó el duque con viveza, por no decir nada de los míos.

— Sin embargo, dejémosla por ahora un instante, un instante bien corto, porque le prometo que á su tiempo la verá otra vez Vuestra Señoría, y en ella admirará la muger mas extraordinaria que ha producido este siglo. Pero dejando esto á un lado, como digo, por un poco, ¿ha tenido Vuestra Señoría noticias de la salud de la duquesa su esposa?

— ¡De su salud! pero... no..., nada de particular. Ha estado muy mala, pero...

— Pero ahora ya no lo está; pues que ha muerto cuarenta y ocho horas hace, en el condado de York.

— ¡Es preciso que tengas pacto con el diablo! dijo el duque. ®



— Esto no le convendrá á uno que se llama como yo, respondió Christian \*; pero en el corto intervalo de esta noticia, que todavía no sabe el público, Vuestra Señoría tiene hecha una peticion al rey pidiendo la mano de lady Ana, hija segunda del duque de York, y le han respondido á Vuestra Señoría con un no como unas nueces.

— ¡Con mil diablos! exclamó el duque arrojándose á Christian, y agarrándole por los cabezones! ¿Quién te ha dicho eso, miserable!

— Suélteme Vuestra Señoría, milor, y yo responderé. Tengo una levadura vieja de humor puritano, y no me gusta la imposicion de manos. Suélteme, digo, ó yo sabré como lograrlo á la fuerza.

El duque tenia la mano derecha en el puñal, en tanto que tenia con la izquierda por el cuello de la casaca á Christian. Dejóle sin embargo, pero poco á poco, y como quien suspende la ejecucion de un designio formado de pronto,

\* Christian en inglés quiere decir cristiano. — Ed.

aunque sin renunciarle. Christian, arreglándose el vestido con la mayor calma, le dijo: — Muy bien; como mi casaca está ya suelta, podemos hablar con libertad. No vengo á insultar á Vuestra Señoría, sino para presentarle los medios de vengarse del insulto que ha recibido.

— ¡La venganza! dijo el duque, es lo que se me puede presentar de mas precioso en la situacion que me hallo; tengo hambre y sed de venganza; moriria á trueque de vengarme. ¡Malapeste me acabe! continuó dando señales de agitacion la mas violenta, he procurado desterrar de mi alma esta repulsa por mil locuras, porque pensaba que nadie lo sabia, y ya se sabe! la sabe el albañal de los secretos de la corte, ¡Ned Christian! Habla, hombre astucioso é intrigante, ¿de quien me prometes tú que yo me vengue? Habla, y si tu respuesta se acuerda con mis deseos, haré un pacto contigo con tanto gusto como con Satanás en persona, tu amo.

— No seré yo tan poco razonable en mis peticiones como lo fué el viejo apóstata segun lo



cuentan. Ofreceré á Vuestra Señoría la felicidad temporal y la venganza como pudiera él hacerlo, moneda de que se sirve muchas veces para reclutar gente. En cuanto á su salud futura, le dejo dueño de ella para que la cuide como mejor le parezca.

Miróle con ojos melancólicos el duque.

— Ojalá, Christian, que yo pudiera adivinar por tus facciones qué proyecto diabólico de iniquidad tienes que proponerme, sin ponerte en la precision de hablar.

— No tiene que hacer Vuestra Señoría mas que probar, respondió Christian con sosiego.

— No, dijo el duque, despues que le miró otra vez algunos instantes: — Tienes una máscara tan gruesa de hipocresía, que tus facciones bastardas podian ocultar un crimen de alta traicion tan fácilmente como una rapina, un hurto y cualquier otro delito conforme á tu baja condicion.

— ¡Alta traicion, milor! á se mia mas pronto de lo que pensaba Vuestra Señoría tocó el punto de la dificultad. Respeto la penetracion de Vuestra Señoría.

— ¡Alta traicion! repitió el duque; ¿ Quien se atreve á hablar de tal crimen delante de mi?

— Si le asusta la palabra, milor, puede sustituirle la de venganza. Venganza contra la cábala de consejeros que le han suplantado, á pesar de todo su talento y de su valimiento con el rey. Venganza contra Arlington, contra Ormond, contra el mismo Carlos.

— No, ¡ por Dios! exclamó Buckingham, caminando á pasos largos por su cuarto. ¡ Venganza contra esos zorros del consejo privado, y sea como fuere! Pero, ¡ contra el rey! ¡ nunca! ¡ nunca! Yo le he provocado cien veces por falta de una, le he contrariado en las intrigas de Estado, he sido su rival en galanteos, por todas partes le he mortificado y, con mil diablos, siempre me ha perdonado. Aunque la traicion me pudiera valer ocupar el trono, nada podria justificarme; seria una ingratitud infame.

— Eso es lo que se llama hablar con nobleza, milor, y de un modo correspondiente á las obligaciones debidas á Carlos, y á la gratitud



que siempre manifestó Vuestra Señoría. Pero, ¿qué importa todo eso? No faltará quien se ponga al frente de la empresa: ahí tenemos á Shaffesburi y á Monmouth.

— ¡Miserable! dijo el duque agitado cada vez mas, ¿piensas ir á otra parte con las proposiciones que yo desecho? No, ¡por todos los dioses del paganismo y del cristianismo! Oyeme, Christian, quiero mandarte arrestar al momento, llevarte á White-Hall, y será preciso que descubras tus viles intrigas.

— Y lo primero que yo haré, dijo el imperturbable Christian, será enterar al consejo privado, donde podrá encontrar ciertas cartas con que Vuestra Señoría se ha servido honrar á su pobre vasallo, y que contienen los detalles que leerá Su Magestad, á lo que me parece, con mas sorpresa que....

— ¡Por Satanás! malvado, dijo el duque, echando mano de nuevo al puñal; que me tienes por las agallas, y yo no sé por que no te coso á puñaladas.

— Yo podré sucumbir, milor, dijo Christian, poniéndose algo encarnado, y llevando al seno

la mano derecha, pero no moriré sin vengarme; porque no traté de exponerme al peligro sin cuidar de los medios de defensa. Puedo sucumbir, pero, ¡ah! la correspondencia de Vuestra Señoría está en buenas manos, y no se descuidarian en presentarla al rey y al consejo privado. ¿Qué tal? ¿la princesita de Mauritania? ¿Qué tal? ¿si yo la he constituido ejecutora de mi última voluntad dejando en su poder instrucciones de lo que debe hacer, si yo no vuelvo sano y salvo? Ya sabia yo que viniendo aquí, ponía la cabeza en la boca del lobo, pero no he sido tan bestia que no haya preparado una batería de carabinas que le hará fuego tan pronto como junte las quijadas. Vamos, vaya, vamos, Vuestra Señoría trata con un hombre de algun valor y buen juicio, y le habla, con todo, como si fuera un cobarde y un niño.

Dejóse caer el duque en un sillón, bajó los ojos al suelo y dijo sin levantarlos: — Voy á llamar á Jerninghan; pero no hay que temer, es para que me traiga un vaso de vino. La droga que hay en esa mesa es buena con avellanas y nueces, pero no alcanza para una conversacion



como la de vm. — Traeme Champaña, dijo á Jerningham, que se presentó luego que le llamó su amo.

Volvió Jerningham al instante, y trajo una botella de Champaña y dos vasos grandes de plata. Llenó uno, le presentó al duque, á quien contra la etiqueta, se le servia el primero, y ofreció el otro á Christian que no le quiso.

Bebióse Buckingham el gran vaso que se le presentó, púsose un momento la mano en la frente, y retirándola de repente, dijo:—Christian, explíquese vm. con claridad. Nosotros nos conocemos uno á otro. Si está mi honor hasta un cierto punto á su disposicion, la vida de vm. está tambien á la mia. Y al decir esto sacó del pecho una pistola y la puso en la mesa. Siéntese vm., y dígame sus proyectos.

— Milor, dijo Christian mirando la pistola con sonrisa, no llamaré á mi socorro por ahora un argumento como ese, aunque seria posible que, en caso necesario, le hiciera ver que no dejo de tenerle; pero mi defensa está en la situacion misma de las cosas, y en el modo

tranquilo con que las mirará Vuestra Magestad.

— ¡ Mi Magestad! dijo el duque; amigo Christian, tanto ha tratado vm. con los puritanos, que confunde los tratamientos usados en la corte.

— No sé como excusarme, milor, respondió Christian, á menos que Vuestra Señoría no piense se le doy en profecía.

— Profecía, como la que le hizo el diablo á Macbeth, dijo Buckingham. Al decir esto dió el duque una vuelta por la sala, volvió á tomar asiento, y añadió:

— Hable vm. claro, Christian, respóndame como hombre y sin tergiversar. ¿ Qué proyectos son esos?

— ¡ Estos proyectos! ¿ Qué proyectos puedo yo tener? yo no puedo hacer nada en un asunto como este. Pero me ha parecido que debo informar á Vuestra Señoría que los santos de esta ciudad (y pronunció estas palabras con un gesto irónico) están fastidiados de no hacer nada, y necesitan hacer algo. Mi hermano Bridgenorth se ha puesto á la cabeza de toda la con-



gregacion del viejo Weiver; porque es preciso sepa Vuestra Señoría que despues de haber vacilado una vez y otra, ha pasado todos limites, y ha venido á ser un hombre de la Quinta Monarquía. Hay ahora cerca de doscientos hombres de la congregacion de Weiver, bien armados y equipados, y prontos para embestir con White-Hall; y, con algo de apoyo de Vuestra Señoría, no dudo que ganen el palacio, y que hagan prisioneros á cuantos en él se hallan.

— ¡Miserable! y, ¿tiene vm. atrevimiento de hacer propuesta semejante á un par de Inglaterra?

— Procure Vuestra Señoría entenderme bien. Convengo en que es una locura la mayor del mundo pedirle se manifieste antes de asegurado el resultado del golpe. Pero seame permitido hablar á nombre de Vuestra Señoría á Blood y á los otros. Podemos contar tambien con las cuatro congregaciones alemanas, los Knipperdolings, los Anabaptistas, que nos serán muy útiles. Despues, milor, Vuestra Señoría es hombre instruido, y sabe el valor de un cuerpo doméstico de gladiadores, que mantiene

un hombre cerca de su persona: lo sabe Vuestra Señoría tan bien como Octavio, Lépido y Antonio, que se dividieron el mundo por medio de tales fuerzas.

— Espere vm. un poco, si gusta; aunque permitiera yo que se le reunieran esos podencos, lo que no haré sino con la certeza mas completa de la seguridad personal del rey; pero en tal suposicion, digo, ¿qué esperanza tendria vm. para ganar el palacio?

— Bully Tom Armstrong, milor, ha prometido su crédito para con los guardias de corps. Ademas tenemos las tropas ligeras dellor Shaftesbury en la ciudad; treinta mil hombres prontos á declararse si él levanta un solo dedo.

— Levante norabuena las dos manos, y si halla ciento por cada dedo, será mucho mas de lo que yo espero. ¿No le habló vm.?

— No, ciertamente, milor; espero el beneplácito de Vuestra Señoría. Pero si no acudimos á él, tenemos la congregacion holandesa, — la de Hans, Snorehout en el Strand, — los protestantes franceses de Piccadilly, — la fa-



milia de Levi de Lewkenor-Lane, — los Muggletoniens en Thames-street.

— ¡Fuera! ¡fuera! ¡largo de tales cómplices! No se olerá mas que á tabaco y á queso en llegando á la accion. Neutralizarán todos los perfumes de White-Hall. — Excúsame ese detalle, mi querido Ned, y dime únicamente cual será el total de tus fuerzas odoríferas.

— Mil y quinientos hombres bien armados, milor, sin contar la canalla, que se levantará muy de cierto. Casi ha despedazado á los presos absueltos esta mañana con motivo de la conspiracion.

— Ahora ya le comprendo á vm. Pero oígame vm., cristianísimo Christian. Al decir esto, adelantó el duque su poltrona poniéndola en frente de la silla, donde su agente estaba sentado. Me ha dicho vm. hoy bastantes cosas. ¿Me comunicaré yo tanto como vm.? ¿Le haré ver que tengo informes como los suyos? Le diré á vm., en una palabra porque ha resuelto vm. dar este impulso y poner toda la gente en movimiento desde el puritano hasta los incrédulos, para el ataque general

contra el palacio de White-Hall, sin darme á mi, siendo par del reino, el tiempo de reflexionar sobre una empresa tan desesperada, ni para prepararme? ¿Diré á vm. por qué, por seducción ó compulsión, quieré vm. empeñarme ó forzarme á sostener su proyecto de vm.?

— Si gusta Vuestra Señoría darme parte de sus conjeturas, milor, le diré con sinceridad si acertó efectivamente.

— Esta mañana llegó á Londres la condesa de Derby. Debe presentarse esta tarde en la corte; espera ser bien acogida. Es posible que se la envuelva en el barullo. ¡Bien, señor Christian, ¿no tengo yo razon? Vm. que dice me ofrece el placer de la venganza, se propone saborearse con su dulzura.

— No me atreveria yo, respondió Christian medio riendo, ofrecérsele á Vuestra Señoría sin gustarle yo como probador.

— Eso es hablar con franqueza. Parte pues sobre la marcha; dale esta sortija á Blood, él la conoce y sabe que debe obedecer al que la lleva. Que reuna mis gladiadores, como tú llamas con agudeza á mis matones. Tambien se



puede recurrir al antiguo proyecto de la música alemana, porque pienso tendrás los instrumentos preparados, pero advierte bien que yo lo ignoro todo, y que se debe respetar la persona del viejo Rowley. Yo haré levantar hogueras y encender hogueras por todas partes, si se pierde un solo cabello de su peluca negra. Pero, ¿qué resultará despues? un lor protector del reino. Cromwel ha disgustado con ese título; está sin popularidad. ¿Por qué no un lor lugarteniente del reino? Sí, los patriotas que se encargan de vengar las injurias hechas á la nación, y alejar del trono del rey los malos consejeros para colocar al justo en su lugar, (esa me parece que es la palabra) no pueden dejar de hacer buena eleccion.

— Sin duda, milor, porque no hay en los tres reinos mas que un solo hombre de quien se pueda echar mano.

— Muchas gracias, Christian, me fio en vm. Vaya vm.; prepárelo todo, esté seguro de que no se olvidarán sus servicios. Se le colocará cerca de nuestra persona.

— Vuestra Señoría me es mas estimado mi-

lor; pero no se olvide de que, como se le ahorran todas las diligencias preliminares, y todos los inconvenientes que pueden resultar de una escaramuza con la fuerza militar, conviene se halle preparado al primer aviso, para colocarse á la cabeza de una tropa de amigos, de respetables aliados, y para ir al palacio, donde será Vuestra Señoría recibido por los vencedores como su gefe, y para los vencidos como su salvador.

— Lo comprendo, Christian, lo comprendo: estaré dispuesto.

— Y por amor de Dios, milor, que ninguna de esas chispas, Dalilas de su imaginacion\* vengan á distraerle esta tarde, y á poner obstáculos á la ejecucion de este gran designio.

— ¿Me cree vm. loco, Christian? vm. es el que pierde tiempo con estarse aquí, cuando debería ocuparse en tomar las medidas oportunas para el logro de un intento tan osado. pero espere vm. un instante, Christian, diga-

\* Expresion de Dryden. — Ed.



me, pues, antes de irse, cuando veré yo aquel ser de aire y fuego, aquella peri oriental que entra en un cuarto por el ojo de la cerradura y se marcha por la ventana, aquella houtri con ojos negros del paraiso de Mahoma ¿cuando la volveré yo á ver?

— Cuando tenga Vuestra Señoria el baston de lor lugarteniente del reino, respondió Christian saliendo del cuarto.

Luego que Christian se fué, se quedó Buckingham abismado en reflexiones graves. — ¿Habria yo debido obrar de este modo? se decia discurrendo consigo mismo. Pero, ¿podia yo haber obrado de otro? ¿No deberia yo haber ido inmediatamente á la corte, y dar parte á Carlos de la traicion que se trama contra él? — Sí, ¡por Dios! yo lo haré. ¡Jerningham! ¡ven aqui! mi coche con la prontitud del relámpago. — Arrojaréme á sus pies le confesaré todas las locuras que he soñado con ese Christian, se reirá de mí y me enviará enorramala. Ya he abrazado hoy sus rodillas, y no me ha respondido del modo mas halagüeno. No,

verse humillado dos veces en un dia, es demasiado para Buckingham.

Despues de estas reflexiones, se sentó delante de una mesa, é hizo corriendo una lista de los jóvenes de calidad y de sus muy despreciables compañeros, á quienes miraba como que podian reconocerle por gefe, en caso de motin. Apenas la tuvo acabada, cuando Jerningham, trayendo á su amo el vestido, el sombrero y la espada, vino á decirle que ya estaba puesto el coche.

— Que le retiren, dijo el duque, pero que le tengan pronto para el primer aviso. Envia en casa de todas las personas cuyos nombres están en esta lista; mandales decir que me halló algo indispuerto, y que los convido á una merienda. Con viveza sobre todo, y no se perdóne ni tiempo ni dinero.

Hiciéronse bien pronto los preparativos de la fiesta y advertidos los convidados, estando dispuestos la mayor parte de ellos para la diversion, aunque muchas veces indispuertos para cumplir su deber, no tardaron en llegar. Los unos eran jóvenes del primer rango;



Los otros, como sucede en la gran sociedad eran hombres, á quienes se convidaba por su impudencia, ó su talento, su genio ó su pasion por el juego. El duque de Buckingham era patron general de esta última clase, y la reunion que se formó por esta vez en su casa, fué muy numerosa.

El vino, la música y el juego de azar hicieron segun la costumbre, lo mas de la fiesta. Mezclóse sin embargo mucho mas ingenio que el talento de la generacion actual podria dar, y esta reunion fué mas libertina que lo permitiria el gusto de nuestro siglo.

El duque mismo probó el imperio completo que tenia sobre si mismo, á pesar de su genio inconstante, riendo, chanceándose y divirtiéndose con sus amigos, en tanto que su oido acogia con ansia los sonidos mas distantes, como que le podian indicar el principio de la ejecucion de los proyectos revolucionarios de Christian. Oyó ruidos muchas veces, que nacian y morian casi al mismo tiempo, pero no resultó de ninguno las consecuencias que aguardaba.

En fin la noche estaba ya avanzada, Jerningham anunció al señor Chiffinch que venia de la corte, y este digno personage entró a momento.

— Han sucedido cosas extrañas, milor, dijo él, y Su Magestad quiere que vaya Vuestra Señoría al instante.

— ¡Me inquieta vm.! dijo Buckingham levantándose creo, que no habrá sucedido nada malo, que Su Magestad está bueno.

— Perfectamente, y quiere ver á Vuestra Señoría sin pérdida de un instante.

— Esta orden es un poco repentina. Ya ve vm. que tengo una tertulia divertida, Chiffinch; y no estoy tampoco en estado de presentarme.

— Está vm. en un estado muy bueno, milor. Por otra parte ya sabe que Su Magestad es indulgente.

— Es verdad dijo el duque muy desasosegado por una orden tan pronta, sé muy bien que Su Magestad es la misma indulgencia. Voy á pedir el coche.



— El mio está á la puerta, y á la disposicion de Vuestra Señoría.

Privado el duque de todo medio de evasion, tomó un vaso de la mesa, y suplicó á sus amigos continuaran su diversion todo el tiempo que gustasen. — Creo, les dijo, que volveré muy pronto, y sino me despido de vms. con el brindis ordinario : — ¡ A que nos veamos aquí el primer lunes del mes próximo los que hasta entonces no estemos ahorcados!

Este brindis se dirigia principalmente al genio de muchos convidados, pero el duque no pronunció estas últimas palabras sin pensar en el destino que podia prometerse, si Christian le hubiese hecho traicion. Vistióse luego aunque de prisa para presentarse en la corte y subió en el coche de Chiffinch dirigiéndose con él á Whitehall.

## CAPITULO IX.

- Gran fiesta la corte daba,
  - Dulce nectar en los peños
  - Bajo sus dorados techos
  - Vida y gozo derramaba :
  - El bailario desplegaba
  - Sus gracias : el jugador
  - Arriesgando á la mayor
  - Un monte de oro, reía,
  - Si ganaba, y si perdía ;
  - Que allí es vicio el mal humor,
  - Y tiene tanta elocuencia
  - El aire de un real salon,
  - Que predica la paciencia
  - Mejor que el mejor sermon. •
- ¿ Por qué no venis á la corte?*

La tarde de aquel dia mismo tenia Carlos su corte en el cuarto de la reina á una hora determinada y en ella recibia personas especialmente convidadas, que no eran de la clase primera de sus súbditos, sin excluir por eso la nobleza privilegiada por su nacimiento, ni á los



— El mio está á la puerta, y á la disposicion de Vuestra Señoría.

Privado el duque de todo medio de evasion, tomó un vaso de la mesa, y suplicó á sus amigos continuaran su diversion todo el tiempo que gustasen. — Creo, les dijo, que volveré muy pronto, y sino me despido de vms. con el brindis ordinario : — ¡ A que nos veamos aquí el primer lunes del mes próximo los que hasta entonces no estemos ahorcados!

Este brindis se dirigia principalmente al genio de muchos convidados, pero el duque no pronunció estas últimas palabras sin pensar en el destino que podia prometerse, si Christian le hubiese hecho traicion. Vistióse luego aunque de prisa para presentarse en la corte y subió en el coche de Chiffinch dirigiéndose con él á Whitehall.

## CAPITULO IX.

- Gran fiesta la corte daba,
  - Dulce nectar en los peños
  - Bajo sus dorados techos
  - Vida y gozo derramaba :
  - El bailario desplegaba
  - Sus gracias : el jugador
  - Arriesgando á la mayor
  - Un monte de oro, reía,
  - Si ganaba, y si perdía ;
  - Que allí es vicio el mal humor,
  - Y tiene tanta elocuencia
  - El aire de un real salon,
  - Que predica la paciencia
  - Mejor que el mejor sermon. •
- ¿ Por qué no venis á la corte?*

La tarde de aquel dia mismo tenia Carlos su corte en el cuarto de la reina á una hora determinada y en ella recibia personas especialmente convidadas, que no eran de la clase primera de sus súbditos, sin excluir por eso la nobleza privilegiada por su nacimiento, ni á los



cortesianos que tenían entrada por sus destinos.

Uno de los rasgos del genio de este rey que le hicieron personalmente popular, y que retardó hasta otro reinado la caída de su familia, fué que desterró de su corte una parte de aquella etiqueta y ceremonia con que antes se trataban los reyes. Conocía todas las gracias de su buen natural, y se fiaba en ellas, muchas veces con razon, para borrar las malas impresiones causadas por hechos que, como él sabía muy bien, no se podían justificar ni con respecto á la moral, ni á la política.

Hallábase al rey por el día muchas veces solo ú acompañado de una ó dos personas; y se sabe la respuesta que le dió á su hermano un día que le representó lo mal que hacía en exponer así su persona : — Creeme, Jacobo, le dijo él, nadie me matará para hacerte rey á ti.

El mismo Carlos pasaba parte de las noches con frecuencia, como no las destinase á sus diversiones ocultas, en medio de personas que tenían algun derecho, por leve que fuese, á formar parte del circo de la corte. Esto mismo

sucedió la noche de que hablamos. La reina Catalina se habia ya propuesto un sistema con respecto á las infidelidades del rey, habia ya mucho tiempo que no mostraba ni la menor señal de zelos, manifestándose al parecer tan libre de esta pasion, que recibia en su tertulia sin escrúpulo alguno y aun con bondad, á las duquesas de Portsmouth y de Cleveland, con otras damas que, sin haber sido favoritas reconocidas como aquellas, tenían sin embargo la fama de haber reinado como de paso en el corazon versatil del príncipe. Se habia desterrado toda ceremonia incómoda de una sociedad compuesta de tales gentes, y se veían al mismo tiempo sino los mas circunspectos á lo menos los mas ingeniosos cortesianos que nunca se habian reunido alrededor de un monarca. Habiendo tenido parte muchos de ellos en las desgracias, necesidades, placeres y locuras de este príncipe durante su destierro, habian adquirido una especie de licencia privilegiada, que le hubiera sido bien difícil reprimir, aun cuando su genio le hubiera permitido quererlo, luego que llegó á la época de su prosperi-



dad. Pero esto era en lo que Carlos pensaba menos. Sus modales, siempre acompañados de dignidad, le ponían al abrigo de las faltas de respeto, y no admitía otro correctivo á un exceso de familiaridad que el suministrado por la viveza de su entendimiento.

Hallábase perfectamente dispuesto en esta ocasión para disfrutar de la escena que se le había preparado. La muerte singular del mayor Coleby de que había sido testigo, publicando á sus oídos como campana que suena por un instante, la negligencia con que había tratado á un hombre, que todo lo había sacrificado por su rey, le hizo padecer un verdadero dolor. Pero en su opinión al menos, había expiado completamente esta falta, por el trabajo que se tomó en intervenir á favor de sir Geofrey Peveril del Pico y su hijo, cuya libertad miraba él no como una excelente acción en sí misma, sino como efectuada de un modo muy excusable por la situación crítica en que se hallaba, por más que pudiera decir el grave duque de Ormond. Advertía en sí una especie de satisfacción de que habían ocurrido en las ca-

lles de la ciudad algunas turbulencias, y que un cierto número de los más violentos fanáticos habían estado en sus conventículos, en virtud de una convocación repentina, para informarse, como decían sus predicadores, de las causas del enojo del cielo, y de la marcha retrógrada del tribunal de justicia, que había sustraído del justo castigo á los sanguinarios autores de la conspiración de los papistas.

El rey, lo repetimos, al parecer oía con gusto estos detalles, aun cuando se le recordaba el carácter peligroso de los que propagaban tales sospechas. — ¿Me acusará alguno ahora por haber abandonado los intereses de mis amigos? decía con una satisfacción interior. He aquí el peligro á que me expongo, y aun el riesgo que corre por mi causa la tranquilidad pública librando á un hombre que no he visto hace veinte años, excepto el día en que vino con cinturón y bandolera para besarme la mano como lo han hecho otros muchos Caballeros después de mi restauración. Dicen que los reyes tienen los brazos largos, creo muy



bien que no les sería menos necesaria una memoria larga, pues que se les exige tengan los ojos fijos en todos los que han mostrado buena voluntad gritando viva el rey, y que ellos los premien.

— Todavía son menos razonables los pícaros, le respondió Sedley, porque no hay uno que no crea tener derecho á la proteccion de Vuestra Magestad, cuando tiene de su parte la justicia, haya ó no gritado *viva el rey*.

Sonrióse Carlos, y se adelantó al otro extremo de este magnífico salon, donde se reunia todo lo que, segun el gusto de la época, podia contribuir á pasar el tiempo del modo mas agradable.

A un extremo habia un grupo de mozos y mozas oyendo á nuestro antiguo conocido Empson quien tocando su caramillo y desplegando sus talentos acompañaba á una joven sirena, cuyo corazon le palpitaba de temor y gozo cantando á presencia de toda la corte la hermosa cancion que comienza:

Siendo joven por demas,  
Y en el amor tan novicio,

Dime, como alcanzarás  
De algun amante el cariño, etc.

Estaba tan acorde el eco de la voz con los versos del poeta erótico y con el compas agradable que el célebre Purcell habia compuesto para la letra, que se reunieron los hombres al rededor de ella como extasiados, al tiempo que la mayor parte de las damas creian les era debido fingir no hacian mérito de la letra, retirándose del corro sin afectacion. Despues del canto se siguió un concierto ejecutado por lo mas escogido de los músicos, en lo que se habia ocupado el rey, cuyo gusto era indisputable.

Los cortesanos de una edad madura, sentados á diferentes mesas en el mismo salon, sacrificaban á la fortuna, empleándose en juegos de suerte tal como el hombre, la banca, etc. Los montones de oro puestos delante de los jugadores aumentaban ó disminuian, segun que las cartas ó los dados los favorecian mas ó menos. Una sola jugada exponia muchas veces mas de una renta de un año sobre el mas bello dominio. Hubiera estado mejor emplea-



da esta suma en reparar los daños que habia ocasionado la artilleria de Cromwell á los muros del castillo. Hubiera podido abrir los manantiales del bien estar y de la hospitalidad, agotados en la presente generacion por las multas y confiscaciones, y que estaban entonces en riesgo de secarse para siempre á causa de la incuria y prodigalidad.

Ademas bajo pretexto de mirar el juego ó de oír la música, petimetros amables y jóvenes cortesanos se ocupaban en galanerias con toda la libertad de aquel siglo de licencia, y los observaban de cerca las viudas y mugeres mozas desgraciadas por la naturaleza, que por lo menos querian gozar del gusto de espiar las intrigas en que no podian tomar parte, y tal vez de prepararse el consuelo de hablar de ellas.

El alegre monarca iba de mesa en mesa, ya mirando y siendo correspondido de una belleza de la corte, ya chanceándose con algun cortesano chistoso, ya llevando el compas al oír la música, algunas veces ganando, y otras perdiendo algunas piezas de oro en la mesa de

juego que le cogia mas cerca; mostrándose por todas partes el mas contento de todos los concurrentes, el compañero mas franco, el hombre de todo el mundo que mejor haria su papel, si la vida no hubiese sido mas que un banquete continuo, y si no fuera otro el fin de ella, que gozar de lo presente y pasar el tiempo lo mejor posible.

Pero no hay nadie menos exento que los reyes, de la suerte ordinaria de la humanidad, y Seged, rey de Etiopia, no es el único monarca que haya reconocido cuan poco se puede hacer cuenta con un dia, con una hora de serenidad libre de nubes. Llegó de repente un Camarero á decir á Sus Magestades la llegada de una Señora que no queria anunciarse sino como una par de Inglaterra y pedia permiso para presentarse.

— ¡Eso es imposible, exclamó la reina con prontitud, ninguna par del reino tiene derecho á los privilegios de su rango sin dar á conocer su nombre y su título.

— Juraria, dijo un señor de la corte que es alguna pasada de la duquesa de Newcastle.



El camarero que habia traído el recado, dijo que él creía muy bien que era la duquesa misma, tanto á causa de lo singular de su pretension, como que su acento era extrangero.

— ¡Siga la broma, exclamó el rey, dejémosla entrar; Su Señoría es una verdadera pieza curiosa, una mascarada completa, y su cabeza un hospital de Bedlam, porque sus ideas son otras tantas manías, cuya locura amorosa y letrada no sueñan mas que Minerva, Venus y las Musas.

— El gusto de Vuestra Magestad es una ley para mí, dijo la reina; pero yo creo que no se espera converse yo con una muger tan extraña. Cuando estuvo la última vez en la corte, — Isabel, dijo ella á una de sus damas de honor que era portuguesa, vm. no habia vuelto de nuestro querido pais de Lisboa, — Su Señoría, dijo con seguridad que tenia derecho de llevarme la cola hasta mi cuarto. Y como no se hizo alto á semejante pretension, ¿que le parece á vm. hizo ella? Desplegó una cola tan larga que todavía quedaban tres varas mortales de raso liso bordado de plata en la antecámara,

cuando ella estaba conmigo al otro extremo del salon, la llevaban cuatro muchachas. ¡Treinta varas de raso empleadas en esto por la locura de Su Señoría!

— Pero las muchachas caudatarias eran excelentes mozas, como soy, dijo el rey; no se ha visto cola semejante, como no sea la del gran cometa de 1566. Sedley y Etherege nos han dicho maravillas de estas muchachas; porque la tal moda introducida por la duquesa, tiene la ventaja de que quien lleva una cola como esta, no puede saber lo que pasa entre las que se la llevan.

— ¿Vuestra Magestad quiere decir que puede pasar adelante la tal señora? dijo el camarero.

— Sin duda, dijo el rey, si tiene derecho á este honor. No seria malo preguntarla su nombre, porque hay en el mundo otras locas ademas de la duquesa de Newcastle. Yo iré á la antecámara para saber la respuesta.

Mas antes de llegar el rey al medio del salon sorprendió el camarero á cuantos componian la asamblea anunciando un nombre de que no



se había oído hablar en muchos años, la condesa de Derby.

Bien formada, majestuosa y avanzada en edad, sin que la corbasen su talla el peso de los años, avanzó la noble dama hácia su soberano como si se acercase á uno de sus iguales. No se veía ciertamente en sus modales nada de altanería, presuncion ni poco correspondiente á la presencia del monarca; pero el íntimo convencimiento de las injusticias que había padecido en el reinado de Carlos, y de la superioridad que debe tener el injuriado sobre el que le ha injuriado, ó á cuyo nombre se ha hecho la injuria, daba dignidad á su modo de mirar y á su paso firme. Estaba de luto riguroso y el corte de su vestido era según la moda del tiempo en que había muerto su marido en el patíbulo, de cuya moda no había querido separarse despues de treinta años.

No fué para el rey muy grata la sorpresa; pues maldijo interiormente la facilidad con que había dado orden para que se dejara entrar á la desconocida en esta escena de placer y alegría; pero al mismo tiempo vió la necesidad

en que se hallaba de recibirla de un modo conveniente á su propio caracter y al rango que ocupaba en la corte británica. Adelantóse pues hácia ella con la gracia y garbo que le eran naturales, y la dijo en francés. — Estimada condesa de Derby, poderosa reina de Man, y nuestra muy augusta hermana...

— Hable Vuestra Magestad inglés, señor, me atrevo á pedir esta gracia, dijo la condesa. Yo soy par de Inglaterra, madre de un conde inglés, y, ¡ Ah! viuda de otro. En Inglaterra se han pasado mis días tan cortos de dicha, y mis largos años de viudedad y dolor. La Francia y su lengua no son para mí mas que sueños de la infancia sin algun interés. No sé otra lengua que la de mi esposo y mi hijo. Permitidme, señor, como viuda y madre de un Derby haceros así el homenaje.

Al decir estas palabras hizo ademan de inclinar la rodilla ante el rey, pero Carlos se lo impidió, la besó en la megilla según el uso, y la llevó donde estaba la reina, á quien la presentó él mismo. — Conviene sepa Vuestra Magestad que ha prohibido la condesa se hable



francés, lengua de la galanteria y cumplimientos. Creo que Vuestra Magestad aunque tambien extranquera usará de un inglés bastante bueno para manifestar á la condesa de Derby cuanto nos alegramos de verla en la corte despues de tantos años.

— Haré cuanto esté de mi parte, respondió la reina, en quien hizo la condesa una impresion mas favorable que muchas otras extranqueras, que acostumbraba recibir con cortesía por complacer al rey.

Carlos volvió á tomar la palabra:— Yo preguntaria á una dama de cualquier otro rango, por que habia estado tanto tiempo ausente de la corte; pero á la condesa de Derby, pienso que la sola pregunta que puedo hacer es, ¿á qué feliz causa debemos el gusto de volver á verla.

— No es feliz aunque sí urgente, señor, respondió la condesa.

Esta salida le pareció al rey de mal agüero, y con efecto, desde el instante en que la condesa entró habia previsto alguna explicacion

desagradable, y por eso se apresuró á prevenirla.

— Si esta causa, dijo, con una expresion de bondad é interés, nos pone en ocasion de servir á Vuestra Señoría, no podemos pedir la explique en este momento, pero se tomará en consideracion, y no necesito decir que con empeño, un memorial dirigido á nuestra secretaria de estado ó á nuestra persona si mas le agrada.

Saludó la condesa con dignidad y respondió:— Es verdad que el asunto es importante, señor, pero no necesitaria mas que algunos minutos de atencion que podrian emplearse en objetos de mas gusto, y es tan urgente que temo retardarle un solo momento.

— Esta peticion no está muy en uso, dijo Carlos, pero la presencia de la condesa de Derby no es un suceso comun, y mi tiempo debe estar á las órdenes de Vuestra Señoría. ¿Es necesaria una conversacion particular?

— Por mi parte, señor, respondió la condesa, puedo explicarme á presencia de toda la corte, pero tal vez Vuestra Magestad preferirá oirme á presencia de uno ó dos consejeros nada mas.



El rey miró al rededor de sí.—Ormond, y Arington, dijo, vamos, vengan vms. conmigo.

Llevólos Carlos á un gabinete inmediato, se sentó y dijo á la condesa que hiciera lo mismo.

— No tengo necesidad, señor, respondió ella, y pasado algun tiempo que gastó en armarse de todo su valor continuó en estos términos.

— Ha dicho Vuestra Magestad, señor, que no es poco importante la causa que me ha hecho salir de mi habitacion solitaria. No se me ha visto venir aqui cuando una parte de la fortuna de mi hijo, fortuna que tenia de un padre muerto por defender los derechos de Vuestra Magestad, se le arrebató bajo pretextos especiosos de justicia, para nutrir la codicia del rebelde Fairfax y proveer despues á la prodigalidad de su yerno Buckingham.

— Esas expresiones son muy fuertes, milady, nos acordamos muy bien, que se incurrió en una pena legal por un acto irregular de violencia, como le llaman nuestras leyes y nuestros tribunales de justicia, aunque yo privadamente le llamo un acto de honrosa venganza.

Pero lo que puede parecer tal á los ojos del honor, es muchas veces origen de consecuencias legales muy tristes.

— No vengo á presencia de Vuestra Magestad para quejarme de la injusticia con que se ha despojado á mi hijo de sus bienes. No hablo sino para recordar la resignacion de que di pruebas cuando sucedió este caso. Vengo hoy á rescatar el honor de la casa de Derby, honor para mí de mas aprecio que cuantos dominios tenga y pueda tener.

— Y, ¿quién agravia el honor de la casa de Derby? por mi vida, que esta noticia es la primera que tengo sobre tal cosa.

— ¿No se ha impreso aqui una relacion, porque este es el nombre que dan á este tejido de mentiras, una relacion, digo, de la conspiracion de los papistas, conspiracion fingida, como yo la llamaré, y en la que se ha empañado y ultrajado el honor de nuestra casa? ¿No corren dos nobles aliados de la casa de Stanley el riesgo de perder la vida por hechos de que se los acusa principalmente?



Carlos se volvió hácia Ormond y Arlington. —Me parece, dijo sonriéndose, que el valor de la condesa debe avergonzarnos. ¿Quién se hubiera atrevido á pronunciar la palabra *ingida* á la immaculada conspiracion, ó á llamarlas revelaciones de los dignos testigos que nos han salvado del puñal de los papistas, *tejido de mentiras*? Pero, señora, añadió, sin poder menos de admirar su generosidad en favor de los dos Peveril, debo dar á Vuestra Señoría la nueva de que es inútil, pues el jurado los ha declarado inocentes esta mañana.

—¡Alabado sea Dios! exclamó la condesa levantando las manos juntas al cielo. Apenas he podido dormir desde que tuve la noticia de la acusacion hecha contra ellos, y yo he venido aquí para entregarme á la justicia de Vuestra Magestad, ó á las prevenciones de la nacion, en la esperanza de que podria salvar la vida de mis nobles y generosos amigos, que no se han hecho sospechosos sino por la correspondencia é intimidación que han tenido conmigo. ¿Pero es muy posible que ya estén libres?

— Lo están, sobre mi palabra, respondió el

rey, me admiro de que Vuestra Señoría no lo haya sabido.

— No he llegado hasta ayer por la noche. Me he mantenido absolutamente retirada, no atreviéndome á preguntar á nadie para no ser descubierta antes de ver á Vuestra Magestad.

— Y ahora que nos hemos visto, dijo el rey tomándola por la mano con bondad, ¿me podrá tomar la libertad de aconsejar á Vuestra Señoría que dé la vuelta á su isla tan callandico como ha venido? El mundo ha cambiado, mi querida condesa, desde aquel tiempo en que éramos jóvenes. Durante la guerra civil se combatia con sables y mosquetes, hoy se baten las gentes con actas de acusacion, juramentos y otras armas legales de la misma especie. Vuestra Señoría no entiende nada de esta guerra. Sé muy bien que es capaz de defender un castillo fuerte, pero dudo que sepa el arte de parar una acusacion. Esta conspiracion ha caido sobre nosotros como una tempestad, y cuando hay tempestad no se puede gobernar el navío, es preciso dirigirse al puerto mas próximo; y dichoso el que puede llegar á él.



— Eso es cobardía, exclamó la condesa con prontitud. Perdóneseme la expresion , señor, solo una muger la pronunció. Llame Vuestra Magestad cerca de su persona sus nobles amigos, y sostenga el choque, como su noble padre. Todo está bien ó mal en el mundo : no hay mas que un camino recto y honrado, y todos los senderos que de él se apartan, son tortuosos é indignos de un hombre de bien.

— Ese language, mi respetable amiga, dijo el duque de Ormond, que vió la necesidad de intervenir entre la dignidad del soberano y la franqueza de la condesa , mas acostumbrada á recibir marcas de respeto que á concederlas , ese language es enérgico pero no se acomoda con las circunstancias actuales. El partido que propone Vuestra Señoría podria suscitar una nueva guerra civil y todos los males que de ella provienen ; seria muy difícil que produjera los bienes que al parecer se promete Vuestra Señoría.

— Eso es una temeridad, dijo Arlington, no solo precipitarse Vuestra Señoría al peligro, sino querer aun arrastrar á su Magestad. Permi-

taseme decirlo francamente , que Vuestra Señoría hizo mal, á vista de riesgos tales, en haber salido de su castillo donde estaba en seguridad, para exponerse á ocupar un cuarto en la Torre de Londres.

— Y aunque debiera poner la cabeza en un tajo como mi esposo en Bolton , exclamó la condesa, consentiria en ello antes que abandonar á un amigo, á un amigo sobre todo á quien yo misma envié al centro de los peligros como á Peveril el joven.

— Pero , ¿ no he dicho ya , y asegurado, mi querida condesa , dijo el rey, que los dos Peverils anciano y joven están fuera de peligro ? ¿ Quién podria obligar á Vuestra Señoría á lanzarse en medio de riesgos formidables, con la esperanza que pueda librarla mi intervencion ? Me parece que una señora de juicio no debe arrojarse á un rio con el solo fin de dar á sus amigos el trabajo de sacarla.

La condesa repitió que su intencion era pedir justicia por un juicio imparcial, y los dos consejeros insistieron en el medio que antes



habian propuesto de volverse lo mas pronto á su reinecito feudal y quedarse allí, aunque se presentase contra ella acusacion de sustraerse á la justicia. Viendo el rey que la discusion se alagarba demasiado, dijo sonriéndose á la condesa que si se detenian mas tiempo, temia concibiese algunos zelos la reina, y tomándola de la mano trató de llevarla otra vez al salon. Era imposible que ella se resistiera, y llegó á los salones donde casi al mismo tiempo ocurrió un suceso de que se hablará en el capítulo siguiente.

## CAPITULO X.

Si, señores, yo soy ; fresco y dispuesto,  
 Con ojo pronto, aunque de cuerpo chico  
 Y si dijese alguno lo contrario,  
 Quealce este guante, y se las habrá conmigo.  
*Querrela de Jehan de Saintré.*

Luego que llegó el rey con la condesa de Derby á los cuartos donde se hallaba la corte, la suplicó en voz baja, antes de separarse, que se dejara gobernar por consejos prudentes y que mirara por su seguridad, retirándose despues con mucha calma, como para prestar atencion á los demas cortesanos.



habian propuesto de volverse lo mas pronto á su reinecito feudal y quedarse allí , aunque se presentase contra ella acusacion de sustraerse á la justicia. Viendo el rey que la discusion se alagarba demasiado , dijo sonriéndose á la condesa que si se detenian mas tiempo, temia concibiese algunos zelos la reina, y tomándola de la mano trató de llevarla otra vez al salon. Era imposible que ella se resistiera, y llegó á los salones donde casi al mismo tiempo ocurrió un suceso de que se hablará en el capitulo siguiente.

## CAPITULO X.

Si, señores, yo soy ; fresco y dispuesto,  
 Con ojo pronto, aunque de cuerpo chico  
 Y si dijese alguno lo contrario,  
 Quealce este guante, y se las habrá conmigo.  
*Querrela de Jehan de Saintré.*

Luego que llegó el rey con la condesa de Derby á los cuartos donde se hallaba la corte , la suplicó en voz baja, antes de separarse , que se dejara gobernar por consejos prudentes y que mirara por su seguridad , retirándose despues con mucha calma , como para prestar atencion á los demas cortesanos.



Estaban muy ocupados entonces con la llegada de cinco ú seis músicos, de los cuales era uno Aleman, protegido del duque de Buckingham, célebre por su talento en tocar el violón, pero se habia detenido en la antecámara por el paso lento con que andaba el criado que traia el instrumento y que acababa de llegar entonces.

El criado que puso la caja cerca del músico, se mostró muy satisfecho de haber dejado la carga y se retiró poco á poco, como si tuviese curiosidad por saber qué clase de instrumento podia pesar tanto. Quedó cumplido su deseo de un modo muy raro, porque mientras que se miraba el músico las faltriqueras, al parecer en busca de la llave de la caja arrimada junto á la pared, se abrió de pronto y se vió salir de ella al enano Geoffrey Hudson.

A la vista de un ente tan raro, y tan de repente introducido, las damas dieron grandes gritos retirándose al otro extremo del salon, y los cortesanos hicieron un movimiento de sorpresa. El pobre Aleman que vió salir de la caja una figura tan extraña, concibió tal

terror, que le hizo dar por tierra, creyendo acaso que su instrumento habia padecido tan singular trasformacion. No tardó sin embargo en volver á su acuerdo y, aprovechando el primer momento de confusion, se deslizó fuera del cuarto, y sus camaradas tambien se fueron tras él.

—Hudson, exclamó el rey, me alegro de verte, amiguito mio, aunque Buckingham, á quien sospecho autor de esta sorpresa, no nos ha contado mas que un cuento sabido.

— ¿Dignarás Vuestra Magestad de concederme su atencion por un momento?

— Sí, amigo, sin duda, dijo el rey. Nos llueven esta tarde los conocimientos antiguos, y no podemos emplear mejor el tiempo de recreo que en oír lo que nos digan. Es una ocurrencia muy tonta la que ha tenido Buckingham, dijo el rey al oído á Ormond en presentarnos aquí este pobrecillo buen hombre, sobre todo el día mismo en que ha sido puesto en juicio por la gran conspiracion. A mas de que él no viene á pedirnos proteccion, pues que ha tenido la rara fortuna de salir libre y sin costas de la



conspiracion \*. Supongo que vendrá para pescar alguna pensoncilla ó dádiva. El enano que conocía la etiqueta de la corte, pero que no tenía paciencia, viendo lo que el rey tardaba en oírle, estaba de pie en medio del salon como una jaca escocesa, á quien su ardor le hace encabritarse y brincar como un caballo de batalla; daba vueltas al sombrerito adornado con una pluma maltratada, é inclinándose de tiempo en tiempo como para pedir se le oyese. — Habla pues, amigo, habla, dijo Carlos. Si te se ha preparado alguna alocucion poética, despáchate á pronunciarla, para que tus miembrecillos reposen cuanto antes.

— Yo no tengo ningun discurso poético que dirigiros, soberano muy poderoso, respondió el enano, sino en sencilla y leal prosa acuso ante toda esta sociedad al noble duque de Buckingham como reo de alta traicion.

— ¡Grandemente! eso es hablar como un hombre. Prosigue, dijo el rey, persuadido de

\* *Plotfree*. Palabra adoptada entonces. — Ed.

que este discurso no era mas que una introduccion para cierta cosa burlesca, ó ingeniosa, y no teniendo la menor idea de que tal acusacion se hubiese hecho con formalidad.

Oyéronse grandes carcajadas de risa entre los cortesanos que habian oido al enano, asi como entre los que se hallaban á larga distancia para oírle: los unos excitados por el tono enfático y los gestos extravagantes del campeoncillo; los otros riendo con tanta mas fuerza cuanto que reian en confianza, y para seguir el ejemplo que se les daba.

— ¿Qué significa pues toda esa algazara? exclamó indignado el pigmeo. ¿Hay motivo para reir porque yo Geoffrey Hudson, caballero, acuso de alta traicion delante del rey y de los nobles del reino, á Jorje Villiers, duque de Buckingham?

— No, por cierto, no hay porque reirse, dijo Carlos procurando aparentar gravedad; pero hay mucho porque admirarse. Vamos, no mas palabrotas ni enfado. Si es una chanza, veamos el fin; si no, ve al aparador y toma



un vaso de vino para refrescar por haber estado preso en aquella caja.

— Yo digo, señor, replicó Hudson impaciente, pero tan bajo que no lo pudiese oír mas que el rey, que si se pasa mucho tiempo en estas chanzas, se convencerá Vuestra Magestad, por una experiencia funesta, de la traición de Buckingham; digo á Vuestra Magestad positivamente que dentro de una hora, vendrán aquí doscientos fanáticos bien armados para sorprender la guardia.

— Señoras, retírense, dijo el rey, ó sino deberán oír mas de lo que quieran. Sábese bien que las chanzas del duque de Buckingham no son siempre las mejores para los oídos de las señoras. Por otra parte tenemos que hablar en particular á nuestro amiguito. Duque de Ormond, Arlington, y llamó además uno ó dos señores de su corte, podeis quedaros aquí.

Retiróse la tertulia alegre de cortesanos de ambos sexos, y se dispersaron por los otros cuartos, los hombres haciendo conjeturas sobre el fin probable de esta aventura, y procurando acertar según la expresión de Sedley,

qué chanza debía parir la caja del violon; las mugeres admirando y criticando el traje antiguo y el collarin ricamente bordado de la condesa de Derby á quien la reina concedia particulares atenciones.

— Ahora que estamos como amigos, dijo el rey al enano, por Dios explícame lo que todo eso quiere decir.

— Traición, señor, traición contra Vuestra Magestad: en tanto que yo estaba encerrado en esa caja, el picaro del alemán que de ello estaba encargado me llevó á cierta capilla, para ver si todo estaba listo, como yo oí que lo dijeron entre ellos, si, señor, yo he estado hoy donde jamás entró violon alguno, en un conventiculo de hombres de la Quinta Monarquía; y cuando ellos me llevaron, el predicador acababa su discurso diciendo:—he aquí el momento de partir como el manso á la cabeza del rebaño para sorprender á su Magestad en medio de su corte. Yo lo entendí bien todo por las rendijas de la caja, que el picaro habia puesto un poco por tierra para aprovecharse de esta preciosa doctrina.



— Seria bien singular que en medio de toda esta bufonería, dijo lord Arlington, se hallase algo de realidad. Hemos sabido que esos hombres extraviados han tenido reuniones hoy, y que cinco congregaciones han guardado un ayuno riguroso.

— En ese caso dijo el rey, no hay duda que se hayan resuelto á cometer alguna maldad.

— Si yo debo atreverme á decir lo que siento, dijo el duque de Ormond, es que se mande venir al duque de Buckingham ante Vuestra Magestad. Son conocidas sus relaciones con los fanáticos, aunque procura ocultarlas.

— No querría Vuestra Señoría creerle culpable por semejante acusacion, milord, dijo el rey. Con todo eso, habiendo reflexionado un poco continuó, la inconstancia del duque de Buckingham le hace accesible á toda especie de tentaciones. No me admiraría que se entregase á esperanzas demasiado ambiciosas; aun creo que hemos oido hablar de esto poco tiempo ha. Chiffinch, escucha una palabra. Parte al momento en casa de Buckingham, y tráemele aqui bajo el pretexto que mas te acomode. Quisiera

evitarle, lo que los hombres de leyes llaman delito fragante. La corte estaria como muerta si le faltara Buckingham para animarla.

— ¿No manda Vuestra Magestad que monten los guardias de á caballo? preguntó el joven Selby, oficial de este cuerpo.

— No, Selby, respondió el rey, no me gusta este aparato de caballos. Con todo que á la primera señal estén prontos, que el gran baillo avise á sus oficiales de policia; en caso de tumulto repentino, doblar las centinelas á la puerta del palacio y cuidar de que nadie entre.

— Y de que nadie salga, dijo el duque de Ormond. ¿Donde están esos picaros de extranjeros que han traído el enano?

Se los buscó por todas partes pero inútilmente; se habian retirado dejándose los instrumentos, circunstancia que al parecer hacia sospechoso al duque de Buckingham, su protector declarado.

Hiciéronse de prisa algunos preparativos, para resistir á los esfuerzos á que pudieran entregarse los conspiradores, si algunos habia, y entre tanto el rey retirándose con Ormond,



Arlington y algunos otros consejeros, al gabinete donde habia dado audiencia á la condesa de Derby, continuó preguntando á sir Geoffrey Hudson, cuya declaracion, aunque singular, estaba conforme en todos sus puntos; el estilo romancesco que usaba no era mas que la expresion particular de su genio, que hacia reir muchas veces á costa suya, aunque podia por otra parte compadécersele y aun estimarle.

Comenzó desde luego á darse valer con el relato de los padecimientos que habia sufrido por la conspiracion; y la impaciencia de Ormond le hubiera interrumpido, si el rey no hubiera recordado al duque que la fuerza de rotacion de una peonza se acaba apurándose por sí misma despues de cierto tiempo, pero que si se la sostiene á latigazos, puede durar horas enteras.

Permitióse pues al enano decir todo cuanto tuviese que hablar con respecto á su prision, donde aseguró al rey que no habia estado totalmente privado de consuelo. Una emanacion de bienaventuranza, un rayo de luz, un angel terrestre, una silfida, cuyos ojos eran tan brillantes como su andar ligero, habia venido á

visitarle muchas veces, y habia hecho entrar en su corazon la quietud y la esperanza.

—Como soy, dijo Carlos, se pasa, pues, mejor en Newgate de lo que yo pienso. ¿Quién hubiera creido nunca que este buen hombrecillo hubiera encontrado una muger para consolarse.

—Suplico á Vuestra Magestad crea que este consuelo era puramente espiritual, dijo el enano con mucha seriedad. Mis sentimientos para con esta bella criatura nada tenian de terrestre; eran casi semejantes á la devocion que nosotros, los pobres católicos, tenemos á los santos, y en realidad menos parecia ser de carne y hueso que una silfida del sistema de los Rosa-Cruz; siendo mas ligera, mas cenceña, menos grande que las mugeres ordinarias, cuya talla presenta algo de grosero, que participan sin duda de la raza gigantesca y pecadora de hombres antediluvianos,

—Pues bien, prosigue, dijo Carlos: ¿No has descubierto, despues de todo, que esta silfida no era mas que una simple mortal, una muger obsequiosa?



—¿Quién? dijo el enano. ¡Yo, señor! Oh! ¡Oh!  
 — No te escandalices tanto, amiguito mio, dijo el rey, te prometo que no tengo sospecha de que seas un galan atrevido.

—El tiempo se pasa, dijo el duque de Ormond algo impaciente mirando el reloj. Diez minutos hace que partió Chiffinch, y en otros diez habrá ya vuelto.

—Tienes razon, respondió Carlos con gravedad, vamos al caso, Hudson, y veamos qué relacion puede tener esta muger con tu venida aqui de este modo tan raro.

— Una relacion muy directa, señor, replicó Hudson. La he visto dos veces durante mi detencion en Newgate y la miro como el angel de guarda que vela sobre mi vida y mi seguridad; porque despues que me declaró sin culpa el jurado, cuando volvía á la ciudad con dos grandes gentiles hombres, mis amigos, quienes, como yo se hallaron en el apuro, en tanto que nos defendiamos contra una canalla infame que nos atacaba, y cuando acababa de tomar posesion de una situacion elevada que me daba cierta ventaja contra el número, oí el sonido

de una voz celestial que al parecer partía de una ventana que estaba á mi espalda, y que me aconsejaba refugiarme en esta casa, medida que hice adoptar á mis amigos los dos Peverils, que se han mostrado siempre dispuestos á seguir mis consejos.

— Lo que prueba al mismo tiempo su sabiduria y modestia, dijo el rey, pero que sucedió despues, acaba pronto. Cuida de que tu relacion no sea mas larga que tú, hombrecito mio.

— Por algun tiempo, señor, se hubiera dicho que yo no era el principal objeto de atencion. En primer lugar el joven Peveril se fué con un hombre al parecer venerable, aunque olia un poco al puritanismo, con botas de cuero de vaca, y sin nudo en la espada. Cuando volvió el señor Julian, nos informó y supimos por la primera vez que estábamos en poder de un cuerpo de fanáticos armados, maduros á fuerza de funestos atentados, como dice el poeta. Y Vuestra Magestad advertirá que el padre y el hijo estaban poco menos que desesperados, y que contando desde este momento, no tuvieron ningun miramiento á las seguridad-



des que yo les daba, sobre que el astro que por mi deber debia honrar, brillaria en su debido tiempo, para darnos la señal de nuestra seguridad. Pero, señor, lo que con dificultad creerá Vuestra Magestad, es que el padre me dió por respuesta á todas mis exhortaciones que corroboraban la confianza, estas palabras ¡*Ta! ¡ta! ¡ta!* y el hijo ¡*Bah! ¡bah!* Lo que prueba cuanto se turba la prudencia de los hombres por la afliccion y les hace olvidar los buenos modales. Sin embargo estos dos gentiles hombres, los Peverils, muy convencidos de la necesidad de ponerse en libertad aunque no fuese mas que para dar parte á Vuestra Magestad de estas reuniones peligrosas, comenzaron á embestir contra la puerta del cuarto : ataque á que ayude con toda la fuerza que Dios quiso darme, y que me han dejado sesenta años. Pero no podiamos ejecutar, como tuvimos por desgracia la prueba, esta tentativa con tanto silencio, que no nos oyesen los que nos guardaban. Entraron muchos de estos, y obligaron á mis dos compañeros con el puñal y la pica para que fueran con ellos á otro cuarto disolviendo así nuestra

gustosa sociedad. En cuanto á mí, me encerraron solo en el mismo cuarto, y convendré en que lo sentí mucho. Pero cuanto mas grande es la miseria, como canta el poeta, mas cerca está el socorro; y de repente se abrió una puerta de esperanza.

— ¡Por Dios! señor, dijo el duque de Ormond, haga Vuestra Magestad traducir á la lengua del buen juicio por algun autor de novelas, la historia que nos cuenta esta pobre criatura, para que podamos comprender alguna cosa.

Geoffrey Hudson miró irritado al anciano señor irlandés, quien no podia moderar su impaciencia; y frunciendo las cejas, le dijo con dignidad, que bastaba para una pobre criatura como él tener un duque entre manos, y que si el duque de Buckingham no le ocupara enteramente por ahora, no sufriria tal insulto del duque de Ormond.

— Modere vm. su valor por respeto nuestro, y reprima su enojo, muy poderoso sir Geoffrey Hudson, le dijo el rey, y perdone al duque de



Ormond, porque yo se lo pido. Pero sobre todo continúe vm. su historia.

Geoffrey Hudson se puso la mano en el pecho y se inclinó ante el rey para indicar que podía obedecer á sus órdenes sin derogar su dignidad. Volviéndose entonces á Ormond hizo un gesto con la mano para anunciarle su perdón, acompañado con una sonrisa de reconciliación, que no era mas que un gesto.

— Explicaré ahora, señor, con el agrado de Su Señoría, continuó, que cuando dije se me abrió de repente una puerta de esperanza, quise decir una puerta oculta bajo la tapicería y por la que vi salir esta brillante aparición, es decir, sombría y brillante como una hermosa noche en el continente, donde el azul de un cielo sin nubes nos cubre con un velo que agrada mas la vista que la claridad que deslumbra por el dia; pero yo advierto la impaciencia de Vuestra Magestad: ya basta. Seguí á mi guía celeste á otro cuarto, donde vi una singular mezcla de armas y de instrumentos de música; entre estos últimos, noté uno que me habia servido una vez de asilo: — Un vio-

lon. Mi protectora pasó por detras del instrumento sorprendiéndome mucho; y, abriendo la caja por un resorte me hizo ver estaba llena de pistolas, puñales y municiones, pasadas todas á unas bandoleras. — Estas armas, me dijo ella entonces, están preparadas para sorprender esta noche al imprudente Carlos en su corte. — Perdóneme Vuestra Magestad si lo refiero con sus propias expresiones. — Pero si te atreves á ponerte en lugar de estas armas puedes ser el salvador del rey y del reino: si tienes algun miedo yo seré quien arriesgue la aventura. — ¡No permita Dios, exclamé yo, que Geoffrey Hudson sea tan cobarde que dé lugar á semejante desgracia! Bien sabido es que yo estoy acostumbrado á esto, yo estuve oculto en la faltriguera de un gigante, habité algun tiempo en un pastel. — Entre vm. pues, en la caja sin perder tiempo, me dijo. A pesar de todo y aunque me disponia para obedecer, no negaré que me estremece sin querer, lo que ciertamente no es incompatible con el valor. Confésele tambien que, si era posible, preferiria ir á palacio sir-



viéndome de mis pies. Pero no quiso variar de parecer y me respondió apresurada que no podía yo salir de la casa sino así, porque no me dejarían, y que el solo medio de presentarme á Vuestra Magestad, señor, era el que me proponía ella; que entonces advirtiese á Vuestra Magestad estuviese sobre aviso, que era indispensable no dormirse sobre las pajas, que una vez oreada la mecha era mas temible el estampido. Atrevido, y aun temerario, me metí en la caja, y me despedí de la luz del día que comenzaba entonces á retirarse. Mi guarda, antes de ponerme allí, había sacado las armas y las había echado en el hueco de una chimenea cubierta con un guarda viento. La supliqué, al tiempo que me encerraba, encargase á los que me llevaran tuviesen siempre la parte que figura el mango del instrumento á lo alto para no hallarme patas arriba, pero antes que pudiese yo acabar mi súplica ya me hallé solo y en tinieblas. Casi al mismo tiempo llegaron dos ó tres tunantes, cuya lengua, según comprendí, me dió á conocer que eran alemanes, y al servicio del duque de Buckingham, oí que su gefe

les daba las órdenes sobre lo que debían hacer cuando tomasen las armas ocultas y.... porque quiero hacer justicia al duque, entendí que tenía orden expresa de no tocar la persona de Vuestra Magestad ni de sus cortesanos, y de proteger á cuantos se pudiesen hallar en la corte contra la irrupción de los fanáticos. Por lo demás estaban encargados de desarmar á los gentiles hombres pensionarios, en el cuerpo de guardia, y de apoderarse del palacio.

Mostróse el rey confuso y pensativo luego que oyó esta narración, encargó á lord Arlington mandase á Selby visitar con secreto las demás cajas de instrumentos que habían traído. Entonces hizo seña al enano para que prosiguiese, y le preguntó varias veces con la mayor gravedad, si estaba bien seguro de haber oído nombrar al duque de Buckingham como autor ó cómplice de tal atentado.

El enano le respondió siempre de un modo positivo que sí.

— Eso es una chanza algo mas que pesada, dijo el rey.

Hudson volviendo á tomar la palabra, dijo



que despues de su trasformacion fué llevado á la capilla, donde habia oido al predicador finalizar el sermon como habia dicho antes. — No hay expresiones con que pintar el estado de agonía en que me ví, cuando me pareció se disponia el que me llevaba á volver la caja para dejarla en un rincon; en cuyo caso hubiera podido prevalecer la fragilidad humana contra toda mi lealtad y amor por mi soberano, y contra el temor de la muerte que debia contar por cierto llegando á ser descubierto. Dudo mucho que me hubiera sido posible conferme en gritar por mucho tiempo si me hubiese visto cabeza abajo.

— Y, por mi vida, que no te hubiera culpado, dijo el rey: si yo me hubiera visto en semejante lance en la encina real, hubiera dado rugidos como un leon. ¿Esto es todo cuanto tienes que decirnos acerca de esta rara conspiracion?

Habiendo respondido sir Geoffrey Hudson que no sabia mas, — Retirate pues, amiguito mio, le dijo el rey; no me olvidaré de tus servicios. Estamos obligados en conciencia, y

cumpliremos con este deber dando una habitacion mas cómoda y espaciosa al que por servirnos se acurrucó en la caja de un violin.

— De un violon, con permiso de Vuestra Magestad, señor, dijo el hombrecito, volviendo por su honor; aunque por servir á Vuestra Magestad hubiera yo querido encerrarme en la caja de un violin de faltriquera.

— Cualquier hazaña que de esta clase hubiese podido hacer alguno de nuestros súbditos, la hubieras hecho tú, Hudson, dijo el rey, no tenemos duda en ello. Retirate de aquí, y, por ahora procura no decir una palabra de este asunto. Atiende bien á lo que te digo. Tu llegada aquí debe pasar por una botargada del duque de Buckingham, y nada debe traslucirse de la conspiracion.

— ¿No convendria tener en seguridad su persona? preguntó el duque de Ormond despues que salió del gabinete el enano.

— No es necesario, respondió el rey. Conozco mucho tiempo hace á este picarillo. Para presentar un modelo de lo absurdo ha encerrado la fortuna un alma grande en esta cajita. Es un



verdadero Don Quijote impreso en-32, en cuanto á manejar la espada y guardar su palabra. Se tendrá cuidado con él. Pero, por vida mia, milor, ¿no es la tal accion de Buckingham el colmo de la ingratitud y la perfidia?

— No hubiera podido portarse así, dijo el duque de Ormond, si Vuestra Magestad hubiese mostrado menos indulgencia con él en otras acciones.

— ¡Milor, milor! exclamó el rey algo impacientado, Vuestra Señoría es enemigo declarado de Buckingham; y escogeremos un consejero mas imparcial. ¿Qué piensa Vuestra Señoría, milor Arlington?

— Señor, respondió este, yo pienso como imposible lo que acabamos de oír, á no ser que entre él y Vuestra Magestad haya habido algun altercado que no sepamos. El duque tiene sus prontos, es inconsecuente, pero esto seria una demencia rematada.

— Es muy cierto, dijo el rey, que esta mañana se ha interpuesto una nube entre nosotros. Parece que acaba de morir la duquesa, y Su Señoría, no queriendo perder tiempo, ha

mirado al rededor de sí en busca de los medios para reparar esta pérdida, y se ha tomado la confianza de pedir nuestro beneplácito para hacer la corte á nuestra sobrina lady Ana.

— Muy bien, y Vuestra Magestad se le ha negado, dijo Arlington.

— Y tal vez de un modo que habrá podido mortificar su soberbia, respondió el rey.

— ¿Estaba solo Vuestra Magestad, ó presenciaron algunos testigos la escena? preguntó el duque de Ormond.

— Absolutamente solo, respondió el rey; porque no estaba presente mas que el pequeño Chiffinch, y se debe suponer que es como si no hubiese habido nadie.

— ¡*Hinc illa lacrima!* replicó Ormond. Conozco yo perfectamente á Su Señoría. Si no hubiera tenido testigos la repulsa de su audacia ambiciosa, le seria posible soportarla; pero semejante descalabro, recibido á presencia de un hombre, á quien miraba como muy capaz de decirle en confianza á toda la corte, era una afrenta por la que ha deseado vengarse. Selby llegó entonces con prisa dando parte de



que acababa de llegar el duque de Buckingham.

Levantóse el rey. — Que apronten una barca, dijo él, y que un destacamento de yeomen \* se ponga sobre las armas, por si fuere necesario enviarle á la Torre, como acusado de alta traicion.

— ¿No seria necesario mandar al secretario de estado que labrase un mandato? preguntó el duque de Ormond.

— No, milor, no, respondió el rey secamente: aun espero que podamos evitar este extremo.

\* Ciertos guardias del rey en Inglaterra. — TRAD.

## CAPITULO XI.

Buckingham, duque altanero,  
Se vuelve pues circunspecto.  
SHAKSPEARE. *Ricardo III.*

Antes de dar cuenta de la entrevista del duque de Buckingham con su soberano ofendido, debemos contar á nuestros lectores una ó dos circunstancias de importancia secundaria, que ocurrieron en el corto intervalo que pasó yendo el duque desde York-Place hasta Whitehall.



que acababa de llegar el duque de Buckingham.

Levantóse el rey. — Que apronten una barca, dijo él, y que un destacamento de yeomen \* se ponga sobre las armas, por si fuere necesario enviarle á la Torre, como acusado de alta traicion.

— ¿No seria necesario mandar al secretario de estado que labrase un mandato? preguntó el duque de Ormond.

— No, milor, no, respondió el rey secamente: aun espero que podamos evitar este extremo.

\* Ciertos guardias del rey en Inglaterra. — TRAD.

## CAPITULO XI.

Buckingham, duque altanero,  
Se vuelve pues circunspecto.  
SHAKSPEARE. *Ricardo III.*

Antes de dar cuenta de la entrevista del duque de Buckingham con su soberano ofendido, debemos contar á nuestros lectores una ó dos circunstancias de importancia secundaria, que ocurrieron en el corto intervalo que pasó yendo el duque desde York-Place hasta Whitehall.



Al tiempo que comenzaron á caminar, se esforzó el duque en inquirir del cortesano cual era la verdadera causa por que se le mandaba presentarse en la corte con tanta premura. Pero Chiffinch se mantuvo firme y se contentó con responder que le parece se trataba de algunas diversiones, á que deseaba el rey asistiese Su Señoría.

No quedó el duque completamente satisfecho con tal respuesta; porque, teniendo en memoria su proyecto temerario, no podia menos de recelar se hubiera descubierto. Despues de algun silencio, dijo de repente: — Chiffinch. ¿Habló vm. con alguno sobre lo que me dijo el rey está mañana con respecto á lady Ana?

— Yo, milor, contestó Chiffinch titubeando, mis deberes para con el rey, mi respeto para con Vuestra Señoría...

— ¿Con que no habló vm. á nadie, replicó el duque, mirándole de hito en hito.

— A... á nadie, respondió débilmente Chiffinch, intimidado por la mirada severa de Buckingham.

— Miente vm. como un gran pícaro, dijo el duque. Vm. habló del caso con Christian.

— Pero, respondió Chiffinch, no conviene olvidar que yo confié á Vuestra Señoría el secreto de Christian sobre la llegada de la condesa de Derby.

— Y ¿vm. piensa que una traicion puede compensarse con otra? No, no. Debe dárseme otra satisfaccion, y le doy á vm. mi palabra de que le hago saltar los sesos antes de salir del coche, si no me dice vm. la verdad en cuanto á este mensaje de la corte.

En tanto que Chiffinch titubeaba para responder, se acercó un hombre quien, á la luz de los hachones que por entonces llevaban los lacayos que iban á la trasera y los criados de á pie, podia ver claramente al duque y á Chiffinch en el coche, se acercó á la puertecilla entonando con voz fuerte aquella cancion antigua francesa sobre la batalla de Marignan en la que se imita el aleman afrancesado de los Suizos vencidos.



*Tout est verlore \*.  
Le tintelore,  
Tout est verlore  
Bei Gott \*\*.*

— ¡Me han descubierto! dijo para sí el duque, que comprendió al instante era uno de sus fieles agentes quien había cantado estos versos, para instruirle de que la conspiración estaba descubierta. Trató de echarse abajo del coche; pero Chiffinch le retuvo con mano firme, aunque con respeto. — No se pierda Vuestra Señoría por sí mismo, milor, le dijo con una especie de humildad. El coche está cercado de soldados y oficiales de paz encargados de asegurar nuestro arribo á Whitehall, y de oponerse á todo intento de evasión, con que, si Vuestra Señoría apelase á la fuga sería lo mismo que confesarse criminal, y mi parecer es que no se trate intentarla. El rey es amigo de Vuestra Señoría, seálo también suyo Vuestra Señoría.

\* De la palabra alemana *verloren* perdido. — Ed.

\*\* Por Dios. — Ed.

— Tiene vm. razon, dijo el duque con un aire sombrío, despues de un poco de reflexion; sí, creo que tiene vm. razon. ¿Por qué huiré yo? yo no soy culpable por nada, como no sea por haber enviado, para diversion de la corte, con que hacer una fiesta de pólvora, en lugar de un concierto de música.

— ¿Y el enano que salió de repente de la caja del violon?

— Esto era una idea que se me ocurrió, Chiffinch, respondió el duque, aunque todavía ignoraba esta circunstancia. Pero, Chiffinch me hará vm. un favor que jamas olvidaré, si me permite vm. hablar cuatro palabras con Christian.

— ¡Con Christian, milor! ¿donde está? Conviene saber que debemos ir via recta á la corte.

— Ya lo sé, pero creo que no dejaré de hallarle. Vm. no es oficial de paz, señor Chiffinch, no trae vm. ningun mandato por escrito ni para retenerme preso, ni menos impedirme que hable con quien me parezca.

— Es tan fertil el talento de Vuestra Señoría,



milor, encuentra tantos medios para salir de apuros, que nunca causaré perjuicio con toda intencion á un hombre de tantos recursos y popularidad.

— Muy bien pues, no está el asunto tan perdido, dijo el duque.— Dió un silbido, y se presentó al instante Christian junto á la puerta del armero consabido, y fué á la puertecilla del coche.

— *Ganz ist verloren\**, dijo el duque.

— Ya lo sé, respondió Christian, y todos nuestros santos amigos se han dispersado al tener esta noticia. Felizmente el coronel y esos picaros alemanes dieron á tiempo el alarma. Todo está en seguridad; Vuestra Señoría va para la corte, y yo voy detras.

— ¡Vm., Christian! eso seria más un rasgo de amistad que de prudencia.

— ¿Y por qué? ¿Qué hay contra mi? Yo estoy tan inocente como el niño recién nacido. Lo mismo sucede con Vuestra Señoría. Una sola criatura podria declarar contra nosotros, y me

\* Todo perdido. — Ed.

lisongeó de hacerla hablar á favor nuestro. Además, que si no fuera yo allá, vendrian á buscarme al momento.

— Sin duda; se hace mencion del espíritu familiar, de quien ya hemos hablado.

— Oiga vm. una palabra.

— Ya lo entiendo y no me detendré mas tiempo, señor Chiffinch; porque debe vm. saber, que él es quien me lleva. ¡Pues bien! Chiffinch, ¡Adelante! ¡bogue la galera! ya me hice á la vela por escollos mas peligrosos que los presentes.

— Eso no lo debo yo juzgar, milor.

— Vuestra Señoría es un capitan atrevido, y Christian es un piloto con la astucia del diablo. Con todo eso yo siempre soy amigo de Vuestra Señoría y me alegraré verle libre de laberintos.

— Déme vm. pues una prueba de su amistad, Chiffinch, diciendo lo que puede saber de la linda morena que Christian llama su espíritu familiar.

— Yo creo que es aquella bailarina que vino á mi casa con Empson el dia en que se eva-



dió la sobrina de Christian. Pero, ¿la vió Vuestra Señoría, milor?

— ¡Yo! ¿Cuándo?

— Creo que es la misma de quien se valió Christian para dar libertad á su sobrina, cuando se vió precisado á dar satisfaccion á su cuñado volviéndole su hija, y viéndose ademas, segun creo, estimulado con el deseo que tenia de jugar una pasada á Vuestra Señoría.

— ¡Oh! ¡Oh! ¡Ya me lo pensaba yo! y no se lo perdono. Pero antes de todo salgamos de este atolladero. ¡Ah! ¡esta maga era su espíritu familiar! ¡ella estaba en la conspiracion para chasquearme! Pero ya estamos en White-Hall. Chiffinch, acuérdate que eres mi amigo; y ahora, Buckingham, muéstrate digno de tí mismo.

Pero antes de que llegue Buckingham á presencia del rey, donde tenia que hacer un papel tan difícil, no será fuera del caso saber donde fué Christian y que hizo luego que se separó del duque.

Despues de haber entrado en la casa por un pasadizo tortuoso que cruzaba por diferentes

patios, y que acababa en una puerta falsa que daba á un callejon oscuro, entró en un cuarto esterado, donde Bridgenorth, al parecer perfectamente sereno, estaba solo leyendo la Biblia á la luz de un veloncito de hierro.

— ¿Puso vm. á los Peveril en libertad? preguntó Christian apresurado.

— Sí, respondió el mayor.

— ¿Y qué seguridad tiene vm. de que no irán á White-Hall para denunciarle?

— Ellos mismos me han hecho voluntariamente promesa de no hacerlo, porque les hice ver se habian dispersado nuestros amigos. Creo que piensan verificarlo mañana por la mañana.

— ¿Y por qué no esta noche?

— Nos dan este tiempo para que nos pongamos en salvo.

— ¿Y por qué no aprovecha vm. el tiempo? ¿Qué hace vm. aquí todavía?

— Y, ¿por qué no ha escapado vm. de aquí? A buen seguro que vm. está tan comprometido como yo.



— Hermano Bridgenorth, yo soy la zorra que tiene mil astucias para engañar á los perros, pero vm. es el gamo sin otro recurso que la ligereza de sus pies. No conviene perder tiempo. Váyase vm. á un pueblo por ahí, ó mas bien póngase á bordo del navio de Zedekiah-Fish, *la Buena Esperanza*, que está en el Tâmesis pronto para ir al Massachussets. Hágase vm. mañana á la vela, y aléjese de la Inglaterra. Puede vm. llegar á Gravesend con la marea.

— Y dejarle á vm., Christian, para que cuide de mi fortuna y de mi hija. No, no, hermano mio; para esto debía yo encontrar en vm. la confianza que no tengo.

— Haz lo que quieras, loco malicioso, dijo Christian, venciendo el deseo que tenia de usar expresiones mas injuriosas; quédate donde estás, ¡espera que te prendan y te aborquen!

— El hombre tiene que morir una vez, Christian; esta sentencia es irrevocable. Además, que mi vida no ha sido sino una muerte anticipada. El hacha del guarda bosque ha cortado

mis mejores retoños. El resto debe injertarse en otro arbol y muy lejos de mi viejo tronco. Si la raiz ha de ser cortada por el hacha, no puede sacudirse el golpe demasiado temprano. Me hubiera tenido por feliz, convengo en ello, si hubiese sido llamado para dar un caracter mas puro á la corte libertina, y para librar á los escogidos de Dios del yugo que los oprime. Ese joven, tambien, el hijo de esa mujer rara, que mantiene anudado el único lazo que une á la humanidad mi espíritu fatigado, ¡cuánto hubiera yo dado por empeñarle en la buena causa! Pero ya desapareció esta esperanza con todas las demas y para siempre; con que no siendo yo ni mereciendo ser digno instrumento de tan grande empresa, apetezco muy poco quedarme mucho tiempo en este valle de lágrimas.

— A Dios, pues, loco desanimado, dijo Christian, quien, con toda su serenidad no pudo ya disimular el desprecio en que tenia al viejo *predestinaciono*, que tan fácilmente se resignaba en perder toda esperanza.

— ¡Debe haberme puesto trabas el destino con tales confederados! dijo por lo bajo al de-



jar á su cuñado. ¡Este fanático! ¡este insensato! es imposible que pueda yo por ahora sacar de él partido alguno. Me precisa ir á buscar á Zarah. Ella sola es quien puede salvarnos en tantos escollos. Si logro dominar su genio porfiado, y excitar su vanidad, su destreza, la parcialidad del rey para con el duque, la desvergüenza sin ejemplo de Buckingham, y mi mano en el timon, aun podremos escapar de la tormenta; pero no consiste solo en obrar, es necesario hacerlo con prontitud.

Halló en otro cuarto á la persona que necesitaba; aquella que se habia introducido en el harem del duque de Buckingham, donde Adelaide estaba como arrestada y que logró librarla quedándose en su lugar, segun lo habemos dicho, ó mas bien dado á entender. Estaba entonces vestida con mas sencillez que cuando habia burlado al duque; pero todavia conservaba su traje algo de oriental que caia grandemente con su color un poco moreno y ojos vivos. Aplicábase á los ojos un pañuelo cuando se presentó Christian; pero, tan luego como le alcanzó á ver, le retiró y le dirigió una mirada

de indignacion y desprecio preguntándole al mismo tiempo, qué motivo tenia para presentarse donde ni era esperado ni deseado.

— ¡Bonita pregunta de una esclava á su dueño! dijo Christian.

— Diga vm. mas bien que es conveniente, la mas propia de una señora, para con su esclavo. ¿No sabe vm. que me ha hecho señora y árbitro de su destino, desde el momento en que me ha dado á conocer de lleno toda su bajeza? En tanto que me ha parecido vm. el demonio de la venganza, disponia vm. del terror para mandar y salió con su intento. Pero un malvado como vm. se ha mostrado á mis ojos poco ha, un bellaco infame inspirado por el espíritu maligno, un alma sórdida abismada en el camino de la perdicion, nunca puede lograr sino el mas alto desprecio de un corazon como el mio.

— ¡Bien hablado! dijo Christian, ¡y con el acento correspondiente!

— Sí, alguna vez puedo hablar. Alguna vez puedo callar, y nadie lo sabe mejor que vm. ®

— Vm. es una niña mimada, Zarah, y abusa



de mi indulgencia para entregarse á su genio fantástico. Tiene vm. la cabeza desarreglada desde que ha llegado á Inglaterra, y todo por la pasión que tiene vm. á un joven que hace tanto caso de vm. como de la última de las aventureras con quienes la dejó á vm. plantada para reñir en defensa de la que prefiere á vm.

— Eso no importa, dijo Zarah luchando abiertamente contra una viva emoción; nada importa que á otra me prefiera. No hay nadie, no, nadie que le haya amado y pueda amarle mas que yo.

— Me compadezco de vm., Zarah, dijo Christian con cierto desprecio.

— Yo merezco su compasión, pero vm. no merece que yo la acepte. A quien debo yo culpar por todos mis males sino á vm. Me ha educado vm. en la sed de la venganza antes de saber que el bien y el mal eran algo mas que palabras. He sufrido por años enteros una penitencia, que mas de mil no hubieran querido hacer, para merecer me dispensara vm. sus elogios, y saciar una vanidad excitada por vm.

— Mil, ¡Zarah! ni aunque diga vm. cien mil, un millon. No hay en la tierra una criatura, que siendo una simple muger, hubiera podido soportar la centésima parte del sacrificio que se le impuso á vm.

— Yo lo creo, dijo Zarah con altivez; si, yo lo creo; he pasado por una prueba que pocos hubieran podido resistir. He renunciado el dulce comercio que resulta de comunicar con mi propia raza; he forzado mi lengua, para que no hablara mas que las palabras que habia oido, como un espía cobarde. Esto es lo que yo he practicado por años enteros. Si, por años enteros, y todo esto para merecer los elogios que vm. hacia de mi, y todo esto para satisfacer una venganza inhumana contra una muger que, si ha hecho mal en ordenar la muerte de mi padre, ha sido cruelmente castigada por ello, alimentando en su seno una serpiente, con los dientes venenosos de la vivora, no siendo sorda.

— ¡Bien! ¡muy bien! ¡grandemente! Pero no ha tenido vm. su recompensa en mi aprobación, en el conocimiento íntimo de su destre-



za misma, que la hizo capaz de hacer lo que la historia de su sexo no puede citar en muger alguna; de sufrir lo que muger no ha sufrido, la insolencia sin hacer alto á ella, la admiración sin mostrarse sensible, los sarcasmos sin dignarse contestarlos?

— No sin contestarlos, dijo Zarah con altivez. ¿No ha dado la naturaleza á mis sentimientos una expresion mas vehemente que la palabra? Los que no hacian caso de mis súplicas y quejas, ¿no temblaban al oír mis sonidos inarticulados? Esa dama orgullosa que sazonaba su caridad con pullas, pensando que yo no las oía, ¿no ha sido justamente castigada, cuando sus secretos todos pasaban por las manos de su enemigo mortal? ¿No he podido yo vengarme de ese conde joven, ente tan insignificante como el penacho que se agitaba en su sombrero, y esas mugeres que se divertian á mi costa? Pero hay alguno, añadió ella levantando los ojos al cielo, que jamas me ha injuriado ni en chanza; un ser, cuya generosidad ha tratado á la pobre sorda-muda como si hubiera sido su hermana, quien jamas habló

de ella sino para excusarla ó defenderla; y me dice vm. que no debo amarle; que es una locura amarle! Seré pues loca, porque le amaré hasta el último instante de mi vida.

— Reflexione vm. un momento, joven insensata; insensata solo bajo un aspecto, porque, segun todos los demas, es vm. muy superior á todas las del sexo. Piense vm. en la carrera brillante que la presento, si quiere renunciar una passion sin esperanza. Piense vm. que no tiene mas que apetecerlo, y será la esposa legitima del duque de Buckingham. Con mis talentos, con el que vm. tiene y con su hermosura, con su amor apasionado por sus prendas, no se necesita mas que un instante para constituirse en el rango de las princesas de Inglaterra. Déjese vm. guiar por mí. Está él ahora en un momento crítico. Necesita de un auxilio muy eficaz para salir del apuro; auxilio que nosotros solos podemos darle. Siga vm. mis consejos, y el destino mismo no podria impedirle llevar la corona de duquesa.

— ¡ Ah! primero una corona de cardo, entrelazado con las hojas de la misma planta!



No conozco nada mas despreciable que ese Buckingham, le vi por orden de vm.; le he visto cuando, para portarse como hombre, hubiera debido mostrarse noble y generoso. Le puse á prueba, porque vm. lo quiso así, pues yo me rio de los peligros que hacen huir avergonzándose y estremeciéndose á las febles y pobres criaturas de mi sexo. ¿Qué descubrí en él? Un miserable voluptuoso que no sabe lo que debe hacer; cuya pasion parece al fuego de algunos granzones de paja, que brilla un instante, despide humo, pero no puede ni dar calor ni consumir. Christian, si estuviese ahora su corona á mis pies, aceptara antes una de carton dorado, antes que alargar la mano para levantarla.

— Vm. es loca, Zarah, enteramente loca, con todo su gusto y talentos. Pero no hablemos de Buckingham. ¿No me debe vm. á mí nada? A mí que la libré de la tiranía de aquel amo, el saltinbancos, para colocarla en la comodidad y abundancia?

— Sí, Christian, le debo á vm. mucho. Si no hubiese yo conocido de cuanto le soy deudo-

ra, le hubiera denunciado á la terrible condesa como ya he pensado hacerlo mas de una vez; y ella le hubiera mandado colgar en una horca levantada en una de las torres de Rushin, dejando á sus herederos de vm. el cuidado de vengarse de las águilas que hubieran guardado su nido con sus cabellos, y alimentado sus polluelos con sus carnes.

— Muchas gracias por la indulgencia tan grande con que me ha tratado vm., Zarah.

— La he tenido, lo digo con verdad é ingenuidad, no por los servicios que vm. me ha hecho, porque cuanto por mí ha hecho vm. no lo hizo sino por egoismo, y le he pagado mas de mil veces por la condescendencia con que me presté á cuanto me ha insinuado, dándole tantas pruebas de mi adhesion, exponiéndome á los mayores riesgos. Pero, hasta una época muy reciente he respetado la fuerza de su talento, el imperio inimitable que tiene vm. sobre sus pasiones; la inteligencia, con que sabe dominar sobre todos los demas hombres, desde el fanático Bridge-



north hasta el libertino Buckingham. En esto conocia yo á mi amo.

— No he perdido nada en ello y, si vm. me ayuda, le haré ver que las redes mas fuertes tendidas por las leyes de la sociedad para degradar la dignidad natural del hombre, se rompen con la facilidad que se romperia la telaraña.

Calló ella por algun tiempo, y dijo luego:

— Siempre que vm. tuviera para ello un motivo noble; sí, un motivo noble, aunque ilegal, porque yo he nacido para hacer que retrograde el sol ante cuyos resplandores las doncellas pálidas de la Europa se ven forzadas á bajar los ojos, le hubiera servido á vm.; le hubiera seguido por dó quiera que la venganza ó ambicion le hubiesen llevado. Pero la sed de las riquezas... y ¡por qué medios amontonadas! ¿Qué tengo yo que ver con esa pasion? ¿No queria vm. llegar á ser vil proveedor del rey, aunque se trataba de sacrificar á su misma sobrina de vm.? ¿Se rie vm.? riase vm. aun, cuando le pregunto si no habia vm. ordenado con semejantes intentos, que me quedase en casa de

Buckingham, despues de la salida de su sobrina. Riase vm. de esta pregunta; pero, por Dios que le tiro al corazon, y al decir esto, llevaba la mano al seno mostrando el mango de un puñal.

— Si me reia, dijo Christian, era en desprecio de una acusacion tan odiosa. Muchacha, no le diré á vm. la razon, pero no hay en la tierra criatura viviente, cuyo honor y seguridad me interesen mas. Es verdad que yo deseaba ver á vm. esposa de Buckingham, y en razon de su talento y hermosura, no dudaba se efectuara.

— Vano adulator, respondió Zarah, quien, sin embargo, pareció calmarse algun tanto con la lisonja que desechaba, es muy cierto que ha querido vm. persuadir serian ofertas honrosas las que me haria su amigo Buckingham. ¿Pero cómo ha pensado vm. engañarme así, cuando el tiempo, el lugar, las circunstancias deben sacar á vm. por embustero? ¿Cómo se atreve vm. aun ahora, sabiendo que á la época de que se trata, todavía estaba en vida la duquesa?



— Vivía, pero estaba muriéndose. Y en cuanto al tiempo, lugar y circunstancias, si la virtud de vm. no hubiera tenido mas que tan débiles apoyos, querida Zarah mia, no hubiera vm. podido ser lo que es. Sabía yo que se hallaba vm. en estado de resistirle, sin lo cual, porque me merece vm. mas afecto de lo que piensa, no la hubiera expuesto á ningún riesgo, ni por el duque de Buckingham, ni aun por todo el reino de Inglaterra. Con que, ¿quiere vm. seguir mis consejos y acompañarme?

Zarah ó Fenella, porque nuestros lectores ya deben haber conocido mucho tiempo ha la identidad de estas dos personas, bajó los ojos y calló algun tiempo. — Christian, dijo con entereza, si mis ideas del bien y el mal son confusas é incoherentes, lo debo desde luego al ardor de la sangre fermentada todavía por el sol de la tierra en que nació; despues á una infancia pasada entre charlatanes y titiriteros; por fin á una juventud empleada en el fraude y traicion, y durante la cual, siguiendo con exactitud la marcha que vm. me ha trazado,

lo oía yo todo sin poder comunicar mis ideas á nadie. Esta última causa de mis errores, en caso de tener algo porque pueda culparme, procede ciertamente de vm. solo, Christian, pues sus intrigas fueron las que me colocaron en la casa de esta señora; vm. mismo fué quien me dijo era el mayor de mis deberes asegurar la venganza de la muerte de mi padre, y que la naturaleza me ordenaba detestar y descubrir á la que me alimentaba y acariciaba, aunque á la verdad la hiciese como quien alimenta ó acaricia un perro, ó otro cualquier animal mudo, creo tambien, porque quiero decir á vm. todo lo que pienso francamente, que no habria vm. descubierto con tanta facilidad á su sobrina en la muchacha, cuya sorprendente agilidad hacia la fortuna de un titiritero, y á quien no hubiera vm. decidido tan fácilmente á desprenderse de su esclava, si no me hubiera vm. mismo confiado á sus cuidados por causas que vm. sabía, y si no se hubiera reservado vm. el derecho de reclamarle, cuando á bien lo tuviese. No me habria vm. hecho tomar mejor aprendizaje para ponerme



en estado de hacer el papel de muda, al que tenia vm. ánimo de condenarme por toda la vida.

— No me hace vm. justicia, Zarah; la juzgué á vm. capaz de desempeñar un cargo indispensable para vengar la muerte de su padre, como nadie hubiera podido hacerlo; á esto la dediqué, como dediqué mi propia vida y todas mis esperanzas, y vm. miró este deber como inviolable hasta que ese loco amor por un joven, que quiere á su prima de vm....

— Que.... quiere... á mi.... prima, repitió Zarah, á la que daremos en adelante su verdadero nombre, pronunciando estas palabras con voz lenta, como si salieran una tras otra de su boca, y sin que ella lo advirtiese; muy bien, ¡ sea pues! hombre empapado en astucia, seguiré tu marcha todavía un poco mas, bien poco. Pero ten cuidado: no me fatigues con reconvenciones contra los pensamientos que son el tesoro secreto de mi corazón; quiero decir mi afecto sin esperanza para con Julian Peveril, y no seas tan atrevido para hacerme contribuir á envolverle entre las redes

que tratarías de tender contra él. Vm. y su duque, maldecirán la hora en que me han llevado al cabo. Puede vm. creerme todavía en su poder; pero sepa que las serpientes de mi abrasado clima nunca son mas terribles que cuando se las aprieta en la mano.

— Pienso muy poco en esos Peverils: no daré un bledo porque sean felices ó desdichados, como no se interpongan entre mi venganza y la mujer á ella destinada, esa mujer, cuyas manos aun están teñidas con la sangre de su padre de vm. Créame vm., puedo separar el destino de ellos del de aquella, y yo explicaré á vm. los medios. En cuanto al duque, pasa en toda la ciudad por hombre de talento, los guerreros admiran su valor, para los cortesanos es el modelo de las gracias y elegancia, y con su rango elevado é inmensa fortuna, no veo porque dejaría vm. escapar la coyuntura de un establecimiento brillante, que me hallo en posición de poder proporcionarle á vm.

— No hablemos mas de eso, si quieres que nuestra tregua.... porque debes tener presente



que no tenemos paz, si quieres, dijo que nuestra tregua dure solo una hora.

— Y he aquí pues, dijo Christian, haciendo el último esfuerzo por interesar la vanidad de este ser extraordinario. he aquí la que se figura única en hacerse superior á las pasiones humanas; la que podia mirar con indiferencia á los grandes en sus salones, los cautivos en sus calabozos, sin tomar parte en los placeres de aquellos, sin compadecerse de las penas de estos, y que se adelantaba con paso seguro y secreto hácia el cumplimiento de sus planes, sin detenerse un solo instante por el espectáculo de la felicidad ó la desgracia!

— ¡De mis planes! dijo Zarah. Di pues de los tuyos, Christian. De aquellos planes que habias tú formado para sacar de los presos sorprendidos ciertos medios con que convencerlos, de aquellos planes concertados con gentes mas poderosas que tú, para penetrar los secretos de los otros, con el fin de unir á ellos las acusaciones que debia prolongar el error de un pueblo ciego.

— Pero el acceso que habia vm. logrado co-

mo agente mio, debia vm. haberle empleado para efectuar un gran cargo en la nacion; ¿y qué uso ha hecho vm. de él? No ha tratado vm. de usarle sino en favor de su loca pasion.

— ¡Loca! si hubiera sido menos loco, quien era el objeto de ella, muy lejos estaríamos uno y otro de las trampas que vm. nos habia preparado á los dos. Tomadas estaban todas mis medidas y nos hubiéramos despedido para siempre de las riberas de la Gran Bretaña.

— ¡Y ese miserable enano! ¿era honroso para vm. engañar á esa pobre criatura con visiones halagüenas, hacerle tomar drogas soporificas? ¿Soy yo tambien el que hizo todo esto?

— Era el instrumento de que yo queria servirme. Teniendo presentes sus lecciones de vm. no podia obrar yo de otro modo. Y con todo eso no le desprecie vm. tanto: ese miserable enano, que ha sido en su prision mi juguete, este abortó humilde de la naturaleza, seria preferido para mi esposo á ese su duque de Buckingham. Ese pigmeo fatuo y vano



tiene un corazon sensible y aquella nobleza de sentimientos con que debe honrarse todo hombre.

— Muy bien pues , dijo Christian , obre vm. como mejor le parezca. Pero nadie , tomando ejemplo en mi, se atreva en adelante á trabar la lengua de una muger, pues que se hace preciso indemnizarle por ello despues,concediéndole el privilegio de hacer todo cuanto quiera. Por último el caballo ha sacudido la brida, y debo ir yo tras él, porque no puedo ya guiarle.

Debemos ahora volver á la corte del rey Carlos á White Hall.

## CAPITULO XII.

Y ¿ qué puedo yo decirte ,  
Mas que un salvage inhumano,  
Si me acabas de matar  
Con el golpe mas amargo ?  
Tú, de mis secretos dueño ,  
Tú, mi consejero amado,  
Que hubieras podido hacerme  
Barras de oro con tus manos.  
SHAKSPEARE, *Enrique V.*

Al parecer no padeció un eclipse mas completo la natural alegría de Carlos , en ninguna época de su vida, ni aun en el peligro inminente, que en el intervalo de la vuelta de Chiffinch y del duque de Buckingham. Sentíase sumamente incomodado con la idea de



tiene un corazon sensible y aquella nobleza de sentimientos con que debe honrarse todo hombre.

— Muy bien pues , dijo Christian , obre vm. como mejor le parezca. Pero nadie , tomando ejemplo en mi, se atreva en adelante á trabar la lengua de una muger, pues que se hace preciso indemnizarle por ello despues,concediéndole el privilegio de hacer todo cuanto quiera. Por último el caballo ha sacudido la brida , y debo ir yo tras él , porque no puedo ya guiarle.

Debemos ahora volver á la corte del rey Carlos á White Hall.

## CAPITULO XII.

Y ¿ qué puedo yo decirte ,  
Mas que un salvage inhumano,  
Si me acabas de matar  
Con el golpe mas amargo ?  
Tú, de mis secretos dueño ,  
Tú, mi consejero amado,  
Que hubieras podido hacerme  
Barras de oro con tus manos.  
SHAKSPEARE, *Enrique V.*

Al parecer no padeció un eclipse mas completo la natural alegría de Carlos , en ninguna época de su vida, ni aun en el peligro inminente , que en el intervalo de la vuelta de Chiffinch y del duque de Buckingham. Sentíase sumamente incomodado con la idea de



que el hombre, para quien habia tenido mas indulgencia, escogido para participar de sus horas de recreo y de diversion, hubiese sido capaz de mezclarse en una conjuracion que á primera vista se dirigia contra su vida y libertad. Volvió á preguntar mas de una vez al enano, pero no pudo sacar mas de lo que supo de su primera narracion. Hudson le habia hecho la descripcion con colores tan fantásticos y romancescos de la muger, cuya visita suponía él haber recibido en la prision de Newgate, que no pudo menos el rey de pensar que el pobre hombre tenia la cabeza medio trastornada. Por otra parte como no habian encontrado nada en el tambor ni en las cajas de los otros instrumentos, aun se lisongeaba de que esta pretendida conspiracion no era mas que una chanza ó una equivocacion del enano.

Los individuos despachados para vigilar los movimientos de la congregacion de Weiver, contaron que cuantos la componian se habian dispersado tranquilamente. Súpose al mismo tiempo á la verdad, que todos estaban armados, pero esto no era una prueba de que tuviesen in-

tentos hostiles en un momento en que todos los buenos protestantes temian ser asesinados á cada instante; donde los gefes de la ciudad habian organizado una milicia y alarmado todos los ciudadanos de Londres con los rumores de los proyectos de insurreccion de los católicos; donde finalmente, para servirnos de las expresiones enfáticas de un alderman \* de este tiempo, los presbiterianos creian generalmente que despertarian un buen dia por la mañana con el cuello cortado. ¿Quién debia cometer tan terribles acciones? esto era lo mas difícil de concebir y explicar; pero cada uno admitia la posibilidad, pues que un juez de paz habia ya sido asesinado. En medio de un terror pánico tan universal, no se podia inferir, de que se hubiese reunido y armado una congregacion de protestantes por excelencia, la mayor parte soldados veteranos, con otro fin que el de ejercer su culto, no se podia inferir, repito, que tuvieran proyectos hostiles contra el estado.

Los discursos violentos del ministro, aun su-

\* Especie de magistrado comisario de cuartel. — N. D. 7.



poniéndolos bien probados, tampoco eran un indicio cierto de una conspiracion premeditada. Las palabras favoritas de los predicadores, las metáforas que usaban, los adornos que añadian, tenian siempre por entonces algo de militar. Tomar de asalto el reino de los cielos es una metáfora fuerte y bella, usada en un sentido general, como en la Escritura; pero ellos la esparcian por todos sus sermones, sirviéndose de términos técnicos usados para el ataque y defensa de una plaza fortificada. En una palabra el peligro que pudo haber habido en realidad, se habia disipado como una gorgorita levantada en la superficie del agua, que desaparece cuando se la toca, y no deja rastro alguno.

Mientras que se daba cuenta al rey de lo que pasaba por fuera, y que él lo discutia con sus consejeros, se mezcló la melancolía é inquietud al gozo que se habia notado al principio de la tertulia. Todos advertian algo de extraordinario, y la distancia en que Carlos estaba de las gentes aumentando la seriedad que se habia introducido en ellas, probaba que el espíritu del

rey estaba ocupado en algun negocio importante.

Dejóse por tanto el juego, guardaron silencio los instrumentos músicos, ó si tocaban no se les prestaba oido; los galanes dejaron de hacer cumplidos á las damas, estas de corresponder á ellos, y se difundió por todo el circo una curiosidad que tenia mucho de inquietud. Preguntábanse unos á otros por que estaban tan serios, pero sin tener otra respuesta que la que pudiera dar un rebaño de bestias, á quien el instinto enseña cuanto debe temer se acerque la tempestad.

Fué mayor la general aprension, luego que se esparció el rumor sordo de que, habiendo querido salir de palacio dos ó tres personas, supieron que á nadie le era permitido hasta la hora en que todos debian ausentarse. Y cuando volvieron á entrar en los cuartos, dijeron en voz baja que se habian doblado las centinelas de la puerta y que ademas estacionaba en el patio un destacamento de caballería: circunstancias bastantes extraordinarias para redoblar la inquietud y la curiosidad.



Tal era la situación de la corte, cuando se oyó el ruido de un coche, y el movimiento que se siguió dió á entender la llegada de un personaje de importancia.

— Aquí está ya Chiffinch, dijo el rey, con la presa en las garras.

Era en efecto el duque de Buckingham, y no pudo menos de conmovirse al verse en presencia del rey. Al entrar por el patio, vió brillar á la luz de las hachas que cercaban el coche, los uniformes color de escarlata, los sombreros galoneados y los sables desnudos de los guardias de á caballo, espectáculo extraordinario, capaz de infundir terror á una conciencia que no debía estar muy tranquila.

Apeóse el duque del coche, y se contentó con decir al oficial que estaba de servicio. — ¿Cómo está vm. sobre las armas tan tarde, capitán Carleton?

— Esta orden tenemos, milor, respondió Carleton con cierta concisión militar; y mandó á los cuatro centinelas de á pie que estaban á

la puerta hiciesen plaza al duque de Buckingham. Pero apenas había él entrado, oyó al mismo oficial dar esta orden: — A su puesto centinelas. Ocupar la puerta y guardar bien el paso. Y le pareció que estas palabras le hacían perder toda esperanza de salvarse.

Al subir la escalera grande advirtió que se habían tomado mas precauciones, otras tantas señales de alarma. El número de Yeomen de la guardia estaba mas que doblado, y llevaban carabina en lugar de alabarda. Los gentiles hombres pensionarios, armados de partesanas, eran tambien mas en número que de costumbre. En una palabra, parecía que se había puesto de prisa sobre las armas, y por algun motivo urgente toda la casa del rey.

Mirando Buckingham con atención todos estos preparativos de defensa, subía con paso lento y firme, como si contara los escalones en que ponía los pies. — ¿Quién me asegurará de la fidelidad de Christian? decía para sí: si está firme nos salvamos; en el caso contrario...



Cuando proponia esta alternativa, entró en la sala donde estaba el rey.

Vió al rey de pie en medio del salon, rodeado de los consejeros á quienes acababa de consultar. El resto de esta brillante asamblea, dividido en grupos diferentes, estaba á cierta distancia, y miraba. Todos se quedaron en silencio al ver entrar á Buckingham, con la esperanza de oír alguna explicacion del misterio que á todos agitaba. No permitiéndoles la etiqueta el acercarse, alargaban la cabeza para oír alguna cosa de lo que debia pasar entre el rey y el duque intrigante. Al mismo tiempo los consejeros que estaban próximos al rey, se pusieron cada uno á sus lados para dar lugar á que el duque prestara el homenaje segun el ceremonial en uso. Desempeñó este deber con su gracia ordinaria; pero el rey le recibió con cierta gravedad á que no estaba acostumbrado.

— Se ha hecho esperar Vuestra Señoría, milor, dijo Carlos. Hace ya tiempo que Chiffinch salió para mandarle venir aquí. Veo que viene Vuestra Señoría vestido con esmero. No era necesario tanto en esta ocasion.

— No podia él aumentar el brillo de la corte de Vuestra Magestad, respondió el duque; pero no estaba por demás para mí. Era hoy día de gala en York-Place, y mi tertulia de Pendabler estaba de gran comilona cuando llegó la orden de Vuestra Magestad. No podia hallarme en la compañía de Ogle, de Manidue, Darson, etc., sin mudar algun tanto mi vestido y sin algunas abluciones antes de presentarme en este circo.

— Espero que la purificacion será completa, dijo el rey sin mudar el exterior, y con el rostro sombrío, severo y aun duro cuando la expresion no se suavizaba con la sonrisa que le era habitual. Deseamos saber de Vuestra Señoría lo que significa esta especie de mascarada musical con que se ha servido agasajarnos, pero que se ha malogrado, segun se nos ha hecho saber.

— Debía malograrse, dijo el duque, pues que Vuestra Magestad ha tomado el caso por lo serio. Yo pensaba divertir á Vuestra Magestad á quien habia yo visto divertirse con semejantes alboradas, enviando lo que tenia dentro la caja del violon, pero veo que la chanza no ha



salido bien. Temo que la fiesta de pólvora no haya causado algun mal.

— No todo lo que por su destino tal vez debiera hacer, dijo el rey en un tono grave: ya ve Vuestra Señoría, milor, que no tenemos ningun grano de pólvora en el rostro, y que todos estamos buenos.

— ¡Deseo que Vuestra Magestad lo esté largo tiempo! Con todo veo que hay en esto algo que yo no concibo; algo que debe ser muy poco digno de perdon, contra mis intenciones ciertamente, pues que tengo disgustado á un señor tan indulgente.

— Demasiado indulgente, Buckingham; y esta indulgencia convirtió á los súbditos leales en traidores.

— Si me permite Vuestra Magestad expresarme como siento no entiendo lo que quiere decir esto.

— Sigamos Vuestra Señoría, milor, y procuraremos explicarnos mejor.

Carlos, acompañado de los mismos señores que le rodeaban, y tras ellos Buckingham, á quien todos miraban, volvió al mismo gabinete

donde habia ya tenido varias consultas durante la noche. Allí los brazos cruzados y recostado sobre el respaldar de un sillón, comenzó á preguntar al duque.

— Hablemos con franqueza, y respóndame Vuestra Señoría la verdad, Buckingham, dijo el rey. ¿Cuál era la diversion que nos tenia preparada para esta noche?

— Una mascarada, señor, debia salir de la caja del violon una pequeña bailarina, y creia que Vuestra Magestad gustaria de sus cabriolas. Habia tambien dentro unos fuegos artificiales chinescos, y pensando que pasaria en el salon de marmol, habia creido que se podia encenderle sin motivar el menor sobresalto, y que hubieran producido buen efecto al aparecerse mi pequeña maga, rodeada de una atmósfera de fuego. Creo que no habrá habido ninguna peluca chamuscada; ninguna dama asustada; ningunas esperanzas de nobles descendencias frustradas, ¡gracias á una chanza mal pensada!

— No hemos visto fuego artificial, milor; en cuanto á la danzarina, esta es la primera vez



que oimos hablar de ella, y es bajo la forma de nuestro antiguo conocido Geoffrey Hudson, como ella se nos ha aparecido. Ya pasaron de cierto los días de danza del hombrecito.

— Me sorprende Vuestra Magestad; le suplico envíe á buscar á Eduardo Christian, que vive en una casa vieja grande en el Strand, cerca de la tienda de Shaper, el armero. Por mi honor, señor, yo le encargué el arreglo de toda esta chanza, con tanta mas razon, cuanto que él es el amo de la danzarina. Si él ha hecho alguna cosa para deshontar mi concierto, ó perjudicar mi reputacion, le haré matar á palos.

— Es muy singular, dijo el rey, y lo tengo observado muchas veces, que ese picaro Christian se lleva siempre la culpa de todo. El hace el papel que se encarga en una casa grande al famoso personage á quien culpan de todos los accidentes y que se llama Nadie. Cuando Chiffinch hace un disparate, acusa á Christian, cuando Selfield escribe una sátira, estoy cierto de saber que Christian la ha corregido ó la ha distribuido. Es el alma condenada de todo lo

que compone mi corte. El macho cabrío, cargado con todas las iniquidades de todos nuestros cortesanos, y tendrá una buena carga que llevar en el desierto. Mas con respecto á los pecados de Buckingham, él es el portador ordinario y regular: — estoy convencido de que Vuestra Señoria cuenta con que Christian padecerá en este mundo y en el otro todos los castigos que tiene merecidos.

— Perdóneme Vuestra Magestad, señor, respondió el duque con respeto, yo no espero ser ahorcado ó condenado por poderes; pero es claro que alguno se atrevió á mudar algo del proyecto que yo concebí. Si he sido acusado ante Vuestra Magestad, pido se haga la acusacion en mi presencia, y un careo con mi acusador.

— Eso es de justicia, dijo el rey, venga aquí el amiguito.

Apartaron á un lado una cubierta de chimenea y se presentó el enano. Ahí está el duque de Buckingham, repita vm., le dijo el rey, la historia que nos ha contado. Digale lo que había en la caja del violon antes de vaciarle pa-



ra ponerle á vm. dentro. No tema vm. á nadie y diga la verdad con resolucion.

— Permítame Vuestra Magestad decir antes de todo, dijo Hudson, que yo no conozco el miedo.

— No cabe en su cuerpo este sentimiento por lo pequeño, dijo Buckingham, ó la tela es demasiado delgada para que merezca la pena de causársele. Pero veamos que es lo que dice.

Antes que acabase Hudson su relato le interrumpió Buckingham diciendo—: Es posible que Vuestra Magestad haya formado sospechas contra mí sobre la palabra de esa especie de babuino\*.

— Lor desleal, yo te llamo al combate, exclamó el hombrecillo trasportado de ira, oyendo que le trataban así.

—¿Lo oye Vuestra Magestad? el hombrecillo ha perdido el juicio completamente. Tiene ánimo para desafiar á un hombre que no pediría mas armas que un alfiler de rizo para pasarle de parte á parte, y que de un

\* Especie de mono grande.

puntapie le haria pasar de Douvres á Calais sin barca ni chalupa. ¿Y qué puede esperar Vuestra Magestad de un idiota infatuado por una danzarina, que ha figurado en Gante por la maroma, y cuyos talentos quiere unir á los suyos para presentarse con ella en la feria de San Bartolomé? ¿No es claro que si esta criaturita no es maligna como toda la raza de pigmeos, poseida de la envidia inveterada contra todos los de una estatura regular, suponiendo digo que esto no sea una mentira dicha con malicia y deliberacion, no es evidente que ha pensado eran armas y municiones los cohetes chinos? El no dice que las ha tenido en la mano, y no habiendo hecho mas que verlas, dudo mucho que este hombrecillo viejo y enfermo, sobre todo cuando tiene metida en la cabeza alguna idea extravagante ó alguna prevencion absurda, pueda tener la capacidad necesaria para distinguir una pistola de arzon de una morcilla.

Habiendo excitado la risa de Carlos y de los Señores que le acompañaban los clamores horribles que dió el pobre pigmeo al oír



despreciar así su pericia militar, la prisa con que tartamudeó el detalle de sus hazañas belicosas, los gestos ridículos con que acompañó el relato, la escena que ya era muy extraña tomó visos de ridícula. El rey dió fin á ella mandando al enano retirarse.

Establóse entonces una discusion mas regular, y Ormond fué el primero que llamó la atención diciendo que el negocio era mas serio de lo que se habia pensado, pues que sir Geoffrey Hudson habia hablado de una conversacion muy particular que indicaba intenciones de traicion, y que esta se pasara entre los asalariados del duque de Buckingham, que le habian traído en la caja al palacio.

— Estoy seguro de que el duque de Ormond nunca perderá la ocasion de decir algo en favor mio, dijo Buckingham en tono de desprecio; pero yo le desafio y á todos mis enemigos, y me será facil demostrar que esta supuesta conjuracion, si es que hay el mas leve pretexto para darle tal nombre, no es mas que una intentona contra el odio que justamente se tiene á los papistas por su conspiracion con-

tra los protestantes. ¡He aquí un entecillo que para manchar el honor de un par protestante escapa de la cuerda que tan merecida tiene! ¿Y en qué se funda la tal acusacion? en una conversacion de tres ó quatro músicos alemanes á quienes ha oido por entre las rendijas de una caja de violon, cuando este animal estaba encerrado en ella y sobre el hombro de un mozo de cordel! Ahora pues, en el hecho de contar este arrapiezo, la tal conversacion prueba que entiende tanto el aleman como mi caballo. Pero supongamos ha oido bien, que ha comprendido bien, y referido fielmente esta conversacion, ¿en qué puede comprometerse mi honor por lo que hablan gentes de esta clase, con quienes yo no tengo ninguna otra relacion que lo perteneciente al arte músico. Perdona Vuestra Magestad si digo que los hombres de estado quienes se han esforzado en sofocar la conspiracion de los papistas por la supuesta rebelion del tonel de harina, no se harán mas honor por esta fábula desatinada de la caja del violon.

Miráronse los consejeros unos á otros; Car-



los dió la media vuelta y se paseó á paso largo por el gabinete.

A este tiempo entraron recado al rey de que se hallaban allí los dos Peveril, á quienes habia mandado llamar, y ordenó se les diera entrada.

Habian recibido la orden á tiempo para ellos muy interesante. Despues que los puso en libertad el viejo Bridgenorth del modo y con las condiciones que ha podido inferir el lector segun la conversacion entre el mayor y Christian, llegaron al alojamiento que ocupaba lady Peveril, quien los recibió con tanta mas alegría cuanto que los esperaba temerosa é inquieta. Habia sabido, gracias al fiel Lance-Outram, que habian salido libres; pero su retardo y el rumor que llegó á sus oidos del tumulto del Strand y en Fleet-Street la infundieron vivas inquietudes.

Calmados algun tanto los trasportes de alegría, echando lady Peveril á Julian una mirada significativa, como para encargarle fuese prudente, le dijo que iba á presentarle la hija de un antiguo amigo á quien él no habia visto jamas. Pronunció con ahinco la palabra *jamás*.

—Es, añadió ella, la hija única del coronel Mitford del pais de Gales, que me la tiene confiada por cierto tiempo, no juzgándose en estado de encargarse por sí mismo de su educacion.

—Sí, sí, dijo sir Geoffrey, Dick Mitfort debe ya ser viejo. No le falta mucho para haber visto los tres cuartos de un siglo. Era ya gallo y no pollo cuando se unió en Namptwich con el marqués de Hertford y con doscientos Galeses salvajes. ¡Por san Jorge, Julian, que quiero á esta muchacha como si fuera mi carne y mi sangre! Sin ella no hubiera podido lady Peveril soportar todas sus aflicciones. Y Dick Mitford me ha enviado al mejor tiempo mil piezas de oro, porque apenas quedaban ya en nuestro bolsillo algunas piezas con cruz para impedir bailara el diablo en él, y eran bien necesarias para esta causa del infierno. Me he servido de ellas sin escrúpulo, porque hay madera que cortar en Martindale cuando volvamos allá, y Mitford sabe que habria yo hecho por él otro tanto. Es muy extraño que sea este el único de mis amigos que



haya pensado tendria yo necesidad de algunas piezas de oro.

En tanto que sir Geoffrey se explicaba de este modo, se habian saludado Adelaida Bridgenorth y Julian, sin que hubiese hecho el anciano caballero mucho alto. Sin embargo exclamó. — Dale un beso, Julian, dale un beso. ¡Cómo demonios! te han enseñado así á saludar á una dama en la isla de Man, como si fueran sus labios una herradura hecha ascua\*. No se agravie vm., princesa mia. Julian es naturalmente algo tímido, y le ha educado una señora mayor; pero, con el tiempo, le verá vm. un galán tan fino como lo es aun su padre. Y ahora, lady Peveril, ¡la comida! ¡la comida! Es necesario que llene la panza el zorro viejo aunque han corrido tras él los perros todo el día.

Lance-Outram, cuyas enhorabuenas festivas fué necesario recibir, tuvo el buen juicio de darlas en pocas palabras, para servir á sus amos con mas presteza, una comida sen-

\* En este tiempo en Inglaterra se daba un beso á las señoras para saludarlas. — Ed.

cilla pero sustanciosa que habia ido á buscar á una fonda vecina. Julian se puso á la mesa, como encantado entre su madre y su querida. No le costó entonces trabajo imaginar que lady Peveril era la amiga, á quien el mayor habia confiado su hija, y no le inquietaba otra cosa sino pensar lo que diria su padre, cuando supiera el verdadero nombre de Adelaida. Tuvo no obstante bastante prudencia para no permitir que su demasiada prevision turbase su contento. Se dieron muchas señales de gratitud á vista de la madre de Julian, la que no podia tenerlas por malas, y sin que lo viera el anciano baronete, quien, con su alegría ruidosa, habló como dos, comió como cuatro, y bebió como seis. Hubiera llevado tal vez mas lejos sus obsequios á Baco, si no le hubiera interrumpido la llegada de un oficial que le traía una orden del rey para que se presentara luego luego con su hijo, en White-Hall.

Alarmóse lady Peveril, y Adelaida se sobresaltó; pero sir Geoffrey, que nunca veia mas que lo presente á su vista, atribuyó este mensaje al deseo que tenia Su Magestad de felici-



tarle por el feliz desenlace de su causa; interés que de ningún modo extrañaba, visto que él había experimentado otro igual por el rey. Mezclóse su sorpresa con el gozo; porque antes de salir de la sala de justicia se le había dado á entender que haría bien en volverse á su castillo, sin presentarse en la corte: restriccion que suponía tan opuesta con los sentimientos de Su Magestad como con los suyos.

Mientras que consultaba con Lance-Outram sobre el modo de limpiar pronto su cinturón y el puño de la espada, tuvo lady Peveril algun tiempo para informar á Julian de que Adelaida estaba bajo su proteccion en virtud de la autoridad de su padre, el mayor, quien había dado su consentimiento para que se casaran, si podía tener efecto. Añadió á esto que había formado el designio de valerse de la mediacion de la condesa de Derby para vencer las dificultades que pudieran resultar por parte de sir Geoffrey.

### CAPITULO XIII.

A nombre del rey lo mando:  
Vayan la espada envainando.  
SHAKSPEARE. *El Crítico.*

Cuando el padre y el hijo entraron en el gabinete donde dejamos al rey, era fácil ver que sir Geoffrey había obedecido á la orden que se le dió con la prontitud que lo hubiera hecho, si oyese tocar á montar. Los cabellos canos en desorden y los vestidos poco esmera-



tarle por el feliz desenlace de su causa; interés que de ningún modo extrañaba, visto que él había experimentado otro igual por el rey. Mezclóse su sorpresa con el gozo; porque antes de salir de la sala de justicia se le había dado á entender que haría bien en volverse á su castillo, sin presentarse en la corte: restriccion que suponía tan opuesta con los sentimientos de Su Magestad como con los suyos.

Mientras que consultaba con Lance-Outram sobre el modo de limpiar pronto su cinturón y el puño de la espada, tuvo lady Peveril algun tiempo para informar á Julian de que Adelaida estaba bajo su proteccion en virtud de la autoridad de su padre, el mayor, quien había dado su consentimiento para que se casaran, si podía tener efecto. Añadió á esto que había formado el designio de valerse de la mediacion de la condesa de Derby para vencer las dificultades que pudieran resultar por parte de sir Geoffrey.

### CAPITULO XIII.

A nombre del rey lo mando:  
Vayan la espada envainando.  
SHAKSPEARE. *El Crítico.*

Cuando el padre y el hijo entraron en el gabinete donde dejamos al rey, era fácil ver que sir Geoffrey había obedecido á la orden que se le dió con la prontitud que lo hubiera hecho, si oyese tocar á montar. Los cabellos canos en desorden y los vestidos poco esmera-



dos probaban tanta presteza como el celo que habia mostrado cuando Carlos I le enviaba á llamar para un consejo de guerra; pero no era esto enteramente lo que exigia el decoro en tiempo de paz para los cuartos del rey. Paróse á la puerta, pero, luego que Carlos le mandó avanzar, se fué á él con el mismo entusiasmo y los mismos trasportes que tenia en su juventud, arrodillóse delante del rey, le tomó la mano, y aun sin tratar de hablarle, derramó un torrente de lágrimas. Carlos, cuyas sensaciones eran vivas en tanto que tenia delante cualquier objeto que pudiese causarle impresion, dejó al anciano entregarse por algunos instantes á la sensibilidad, y le dijo despues: — Amigo mio, Sir Geoffrey, le han tratado á vm. con dureza, debemos indemnizarle, y procuraremos pagar lo que debemos.

— Yo no he padecido nada, señor, Vuestra Magestad no me debe nada, me importaba muy poco lo que los pícaros decian de mí; yo sabia que nunca podrian hallar doce hombres de bien que creyesen sus malditas mentiras. De buena gana los hubiera batido, cuando me

acusaban de traidor á Vuestra Magestad, convingo en ello, pero el tener la ocasion tan pronta de rendir el homenaje á mi rey, es una indemnizacion muy grande. Los cobardes querian persuadirme que no me presentara en la corte.... ¡Ah! ¡ah!

El duque de Ormond advirtió que el rey se ruborizó; porque, en efecto, de orden suya se habia dado á entender á sir Geoffrey que haria bien de volver á su casa sin parecer por White-Hall; y creia notar ademas que el bravo caballero no se habia levantado de la mesa sin remojar bien la palabra, despues de las fatigas de un dia tan fertil en sucesos. — Amigo mio, le dijo al oido, vm. se olvida de que su hijo debe ser presentado á Su Magestad; permitame vm. tener esta hora.

— Pido perdon humildemente á Vuestra Señoría, respondió sir Geoffrey; pero es un honor que me reservo, visto que nadie puede ofrecerle y consagrarle al servicio de Su Magestad mejor, que el padre que le dió el ser. Avanza, Julian, y ponte de rodillas. Señor, si lo permite Vuestra Magestad, aquí está Julian Peve-



ril, un retoño del viejo tronco, la madera es tan buena, aunque el árbol no sea tan alto. Acepte Vuestra Magestad sus servicios, señor: él será fiel á su rey; él será de Vuestra Magestad en vida y en muerte, como dicen los Franceses. Si tiene miedo al hierro ó al fuego, al hacha ó la cuerda, cuando se trate de servir á Vuestra Magestad, le reniego, no es mi hijo, le desconozco, y él puede irse á la isla de Man á la de los Perros, ó á la del Diablo, que poco me importa.

Carlos miró á Ormond, y habiendo expresado con su ordinaria cortesía, su perfecta convicción de que Julian imitaria la lealtad de sus antepasados, especialmente la de su padre, añadió creía que el duque de Ormond tenía algo que decirle interesante á su servicio. Sir Geoffrey saludó á lo militar, y se retiró donde estaba Ormond, quien comenzó á preguntarle sobre los sucesos del día. Entretanto, Carlos, después de haberse asegurado por algunas preguntas, que el hijo no había sacrificado á Baco como el padre, le dijo que le hiciera una relación exacta de lo que le ha-

bía sucedido desde que había salido de la sala de justicia.

Julian refirió lo que se le mandó con la precisión y claridad que requería un asunto como este y la presencia de su soberano; y ya llegaba á la venida del mayor Bridgenorth, cuando el rey, que le había oído con gusto, le interrumpió para decir á Arlington, que se felicitaba de oír por fin la declaración de un hombre de buen juicio acerca de estos acontecimientos misteriosos. Pero cuando fué preciso presentar á Bridgenorth en la escena, Julian estuvo perplejo en nombrarle; y si habló de la capilla que había visto llena de hombres armados, y de los discursos violentos del predicador, procuró añadir que sin embargo estas gentes se habían separado sin cometer exceso alguno, y que se habían dispersado antes de dar libertad á su padre y á él.

—Y vm. se fué con sosiego á comer á Fleet-Street, joven, dijo el rey con severidad, sin avisar á ningún magistrado del conciliábulo peligroso que se había celebrado no lejos de



nuestro palacio, por gentes que no trataban de ocultar sus intenciones criminales?

Julian se avergonzó y no respondió nada. El rey frunció las cejas y llamó á Ormond á parte para informarle de este incidente. El duque le respondió no le parecia que el padre supiese algo de esto.

— Y yo siento, dijo Carlos, tener que decir parece el hijo menos dispuesto á decir la verdad de lo que yo habia creído. Tenemos en este negocio singular testigos no menos singulares: en el enano, un testigo sin meollo; en el padre un testigo embriagado, en el hijo, un testigo mudo. — Joven, continuó acercándose á Julian, esa conducta no es tan franca como yo esperaba del hijo de tal padre. Es preciso sepa yo quien es ese hombre con quien ha conversado vm. con tanta familiaridad: debe vm. conocerle.

Julian convino en que le conocia; y, inclinando la rodilla delante del rey, pidió le perdonara el no nombrarle, pues que con sola esta condicion se le habia dado la libertad.

— Segun lo que vm. mismo dice, respondió

Carlos, esta promesa se le exigió á la fuerza y no puede ser obligatoria. Es en vm. un deber el decir la verdad. Si teme vm. decirlo delante del duque de Buckingham, se retirará.

— No tengo yo motivo ninguno porque temer del duque de Buckingham, respondió Julian, si yo he tenido que hacer con alguno de su casa, este hombre tuvo la culpa y yo no.

— ¡Eh! ¡Eh! exclamó el rey; comienzo á ver claro, Me parece que no me es desconocida esa fisonomía. No es vm. el joven que yo vi en casa de Chiffinch un cierto dia por la mañana? No habia vuelto más á pensar en esto; pero ahora me acuerdo de que me dijo vm. entonces que era hijo de este festivo baronete cuyos cabellos blancos cubren ahora lo menos tres botellas de vino.

— Es verdad, respondió Julian, que vi á Vuestra Magestad en casa del señor Chiffinch, y creo tuve la desdicha de haberle disgustado; pero...

— Pasemos esto por alto, joven, pasémoslo por alto. Pero me acuerdo que estaba con vm. aquella linda sirena bailarina.... Buckingham apuesto á Vuestra Señoría oro contra



plata que era ella la que debia estar en la caja del violon.

— Acertó justamente Vuestra Magestad , respondió el duque , y sospecho que ella me ha dado el chasco , de poner el enano en su lugar , porque Christian....

— ¡Qué demonio de Christian , que su nombre se oye por todas partes! exclamó Carlos. Quisiera que me le presentaran al momento.

Apenas manifestó este deseo , cuando anunciaron que llegaba Christian.

— Que entre , dijo el rey. Pero se me ocurre un pensamiento. Oígame vm., Peveril. Esta bailarina que le introdujo á mi presencia por su agilidad singular , ¿no estaba , segun dijo vm. , al servicio de la condesa de Derby?

— La he conocido muchos años en casa de Su Señoría , señor.

— Pues bien , que venga la condesa. Debo yo saber quien es esta hada pequeña , y si está ahora á la disposicion de Buckingham y de ese Christian. Por otra parte importa que sepa la condesa todo lo que ha pasado , visto que dudo cuide ella mucho de conservarla en su

servicio. Despues , dijo aparte , este Julian , que se hace sospechoso en este negocio , por su obstinacion en guardar silencio , forma tambien parte de la casa de la condesa. Quiero ver todo lo que hay en esto y hacer justicia al que tenga derecho.

La condesa de Derby , á quien se advirtió al instante , entró por una puerta , al tiempo que Christian por la otra , acompañado de Zarah ó Fenella. Sir Geoffrey , que se había entonces arrimado al rey ; estaba rabiando por saludar á su antigua amiga , y el respeto debido á la presencia del soberano apenas hubiera podido impedirselo. Pero Ormond le pasó amistosamente la mano por el brazo para contenerle , y el anciano caballero se resignó á esta oposicion amistosa.

La condesa , despues de haber hecho al rey una reverencia profunda y un saludo gracioso á los señores circunstantes , se sonrió con Julian , y se vió como sorprendida de la aparicion inesperada de Fenella. Buckingham se mordió los labios , porque consideró que la presencia de lady Derby iba á desconcertar todos sus



preparativos de defensa, y echó una mirada á Christian, cuyos ojos, fijos en la condesa, echaban rayos de furor como los de la vivora, y cuya frente estaba casi negra por el efecto de una rabia reconcentrada.

— ¿Hay aquí alguno á quien conozca Vuestra Señoría además de los amigos antiguos Ormond y Arlington?

— Veo aquí, señor, respondió la condesa, dos amigos antiguos de la casa de mi marido, sir Geoffrey Peveril del Pico y su hijo, siendo este último un miembro distinguido de la casa de mi hijo.

— ¿Y á nadie más? preguntó el rey.

— Una desgraciada joven que hacia parte de mi casa y desapareció de la isla de Man el mismo día en que Julian Peveril partió con una misión importante. Habiase creído que cayó en el mar desde lo alto de la roca.

— Disímuleme Vuestra Señoría que haga tal pregunta, milady; ¿pero nunca ha conocido Vuestra Señoría que hubiese relaciones demasiado íntimas entre este Julian Peveril y la joven criada?

— Señor, respondió la condesa indignada, la reputación de mi casa...

— No se incomode Vuestra Señoría, condesa, solo quería saber... cosas tales suceden en las casas mejor dirigidas.

— No en la mía, señor. Además que Julian Peveril tiene demasiado orgullo y honor para tener inteligencia con una criatura desgraciada, separada al parecer por enfermedades naturales del resto de los hombres.

Zarah la miró, y apretó los labios, como para contener las palabras que deseaba pronunciar.

— No sé qué pensar de esto, dijo el rey. Lo que se me dice puede ser verdad en el fondo, pero hay hombres que tienen gustos extraños. Esta desaparece de la isla de Man cuando sale de ella Julian Peveril; y apenas llega á Londres, cuando se la ve con él, saltando y danzando en el parque de San James.

— ¡Bailando! exclamó la condesa; ¡es imposible, señor! No puede bailar.

— Yo tengo una idea, condesa, dijo el rey, de



que puede hacer mas de lo que sabe Vuestra Señoría, y mucho que no aprobaria.

La condesa hizo un movimiento y guardó un silencio que manifestaba su indignacion.

— Apenas estaba el joven Peveril en Newgâte, prosiguió el rey, cuando segun nos ha contado nuestro amiguito y venerable sir Geoffrey Hudson, ya se halló allí esta muchacha divertida. Ahora pues, sin tratar de adivinar cómo ella pudo entrar allí, creo caritativamente que tenia un gusto demasiado fino y que no podia ir á causa del enano. ¡Ah! ah! caballero Julian, ¿parece que la conciencia escarba un poquillo?

Es verdad que Julian se habia estremecido al oír hablar al rey de este modo, porque se acordaba de las visitas misteriosas y nocturnas que se le habian hecho en la carcel.

El rey fijó en él la vista y continuó en estos términos: — Pues bien, señores, se presenta en juicio este mismo Julian, y tan luego como queda en libertad, le hallamos en la casa donde el duque de Buckingham disponia lo que él llama concierto, ó diversion. Por mi

vida, que yo miro como positivo que esta pica-rilla ha jugado una pasada á Su Señoría, metiendo al enano en la caja del violon, con el fin de pelar la pava con el caballero Julian. ¿Qué piensa de esto Christian, hombre que se halla en todo como la mala ventura? ¿Le parece fundada mis conjeturas?

Christian miró á hurtadillas á Zarah y leyó en sus ojos algo de turbacion.

— No lo sé muy bien, respondió él. Lo cierto es que yo invité á esta danzarina sin par, para que hiciera su papel en el pasá tiempo. Tenia que aparecerse en medio del fuego artificial, preparado con perfumes para neutralizar el olor de la pólvora; pero yo no sé por que ella lo ha trastornado todo poniendo en su lugar al feo enano, á no ser porque como todos los de gran talento, es caprichosa.

— Quisiera, dijo el rey, que se acercara esta muchacha, y que hiciera su declaracion del modo que mejor pudiera sobre este negocio misterioso. ¿Hay aquí alguno que pueda explicar sus gestos?

Christian dijo que él comprendia alguna



cosa desde que la habia conocido en Londres.

La condesa calló, pero como el rey se dirigió á ella, dió á entender con sequedad debia ella tener algunos medios habituales de comunicacion con la muchacha, y que era esto muy natural, pues habia estado á su lado tantos años.

— Por todo lo que ya sabemos, dijo Carlos, yo debo creer que Julian tiene la verdadera clave del lenguaje de esta muda.

El rey echó la vista primero en Peveril que se sonrojó como una doncella por lo que indicaba la observacion del rey, y despues en la supuesta muda cuyas megillas presentaron un encarnado que comenzaba á retirarse.

Un poco despues y á una seña de la condesa, se acercó Zarah, inclinó una rodilla delante de ella, la besó la mano y se quedó de brazos cruzados con un exterior tan humilde, que formaba tanta diferencia entre lo que habia parecido en el haren del duque de Buckingham, como la que hay entre una Magdalena y una Judith. Esto fué, sin embargo la menor prueba que dió de lo versatil de sus talentos, porque

representó con tanta naturalidad el papel de muda, que Buckingham, con toda su penetracion, dudó si la muchacha que veia, era la misma que con traje diferente, habia hecho tal impresion en su imaginacion, ó era ciertamente el ser privado de los dones mas preciosos de la naturaleza cuyo papel hacia. Se advirtieron en ella todas las señales que caracterizan la privacion del oido, y todo lo que prueba la habilidad con que la naturaleza sabe algunas veces repararla: ningun sonido daba movimiento á sus labios, nada de lo que se decia junto á ella parecia causarle la menor alteracion; pero su vista penetrante parecia devorar los sonidos de que no podia formar juicio sino por el movimiento de los labios.

De las preguntas que á su modo hizo la condesa resultó que Zarah confirmaba la historia de Christian en todas sus partes, confesando que ella frustrara el proyecto de la diversion, haciendo entrar al enano en la caja del violon donde ella tenia que meterse, pero sin querer dar la razon de haber obrado así, por lo que la condesa no insistió mas en inquirirla.



— Todo propende, dijo Carlos, á disculpar al duque de Buckingham de una acusacion tan desatinada: la declaracion del enano se pierde en las nubes, la de los dos Peverils nada dice contra el duque, y la de la muda comprueba que de modo ninguno es culpado. Me parece millores que debemos concluir se halla descargado de una sospecha verdaderamente demasiado ridícula, y que por lo mismo no merece se tome una justificacion mas formal que esta aunque la hemos tomado de prisa.

Arlington inclinó la cabeza para indicar que era del mismo dictamen; pero Ormond creyó deber dar el suyo.— Señor, dijo, yo perderia mi reputacion en el concepto de un hombre como el duque de Buckingham, si dijera que me doy por satisfecho con las explicaciones dadas. Pero cedo al espíritu del tiempo, y conozco que seria peligroso poner en juicio á un protestante celoso como Su Señoría, sobre tales fundamentos de acusacion como los que se han podido averiguar.... Si fuera católico, sospechoso por tantas circunstancias, hubiera sido para él una prision muy honrosa la Torre.

Buckingham saludó al duque de Ormond de un modo que parecia amenazarle, sin que su triunfo mismo pudiera disimularlo. — *Tu me la pagherai* \*, dijo, manifestando el odio mas grande. Pero el viejo Irlandés que se habia burlado no pocas veces de su enojo, se inquietaba muy poco por verse otra vez expuesto.

Habiendo hecho seña el rey para que los demas señores presentes pasaran á los cuartos donde concurría el público, detuvo al duque de Buckingham, que tratába de seguirlos; y llevándole á un lado, le preguntó con un tono tan expresivo que le hizo salir el color hasta en lo blanco de los ojos, desde cuando su servicial amigo el coronel Blood se habia hecho músico. — ¿No habla Vuestra Señoría palabra? No intento negar este hecho, porque es imposible olvidar la fisonomía de este malvado con solo haberle visto una vez. De rodillas, Jorge, de rodillas, y reconozca el abuso tan criminal que ha hecho de mi genio bondadoso. No hay que buscar excusa: ninguna puede favorecerle. Yo mismo le he visto y conocido entre los músicos.

\* Tú me la pagarás. — TRAD.



alemanes como dice, y Vuestra Señoría sabe muy bastante lo que yo debo inferir de todo.

— Crea, pues, Vuestra Magestad que he sido culpable, muy culpable, señor, exclamó el duque impelido por su conciencia y echándose á los pies de Carlos, los malos consejos me han extraviado; yo he sido un loco; crea Vuestra Magestad cuanto guste; pero no crea que haya yo sido autor ó cómplice de algun atentado contra la persona de Vuestra Magestad.

— No sospecho tal cosa. Todavía veo en vm. á Villiers, el compañero de mis peligros y mi destierro; y lejos con mucho de sospechar intenciones mas criminales que las confesadas ahora, creo aun que confiesa mas de lo que quiere.

— Por todo lo que hay de mas sagrado, señor, si mi fortuna, mi vida, mi honor, no hubieran estado á la merced de ese malvado Christian....

— ¡ Ah! si volvemos á poner ese Christian en la escena, ya es tiempo que yo desaparezca de ella. Levántese vm. Villiers, que yo le perdono. Impondréle una penitencia, la maldicion que hubiera pronunciado vm. mismo contra un

perro que le ha mordido. Cácese vm., y retírese á una de sus tierras.

Levantóse el duque como abatido, y fué con el rey á los aposentos donde estaba reunida toda la corte. Carlos entró apoyada la mano en el hombro del duque, y hablándole con tanta afabilidad, que la mayor parte de los cortesanos, aun los mas finos observadores, dudaron que hubiese algun fundamento en el rumor injurioso que comenzaba á esparcirse contra Buckingham.

La condesa de Derby se habia aprovechado de este intervalo, para consultar con el duque de Ormond, los dos Peverils y algunos otros amigos; y, segun el parecer unánime de todos, se dejó persuadir, aunque con mucha dificultad, de que habia defendido en la debida forma el honor de su casa mostrándose así en la corte, y que lo mejor que podia entonces hacer era volver á su isla, sin llamar mas sobre ella el resentimiento de una faccion poderosa. Despidióse pues del rey, y le pidió el permiso de llevar consigo á la pobre criatura sin apoyo, que habia dejado la isla de Man de un modo tan extraño,



y á quien su desgraciada situacion exponia á padecer toda clase de infortunios en un mundo donde se veria sin proteccion.

— ¿Me perdonará Vuestra Señoría, condesa? dijo Carlos. Hice un estudio largo del sexo mugeril, y estoy muy engañado, si esta joven no es capaz de manejarse por sí misma tan bien como cualquiera de nosotros.

— ¡Imposible! dijo la condesa.

— Tan posible como cierto, respondió el rey en voz baja; y yo la convenceré del hecho, condesa, aunque la experiencia sea muy delicada de hacerse no siendo por Vuestra Señoría. Allí está, al parecer tan sorda como la columna de mármol en que se recuesta. Pues bien, si gusta lady Derby probar á poner la mano junto al corazón de la joven doncella, ó al menos en el pulso, de modo que sienta la pulsacion redoblada de las arterias, cuando experimente alguna agitacion, y que Vuestra Señoría, duque de Ormond, haga retirar á Julian Peveril bajo cualquier pretexto, yo probaré que hay sonidos que pueden conmovérla.

La condesa, muy sorprendida, temiendo alguna chanza chocante de parte del rey, y no pudiendo con todo reprimir su curiosidad, fué á ponerse junto á Fenella, nombre que daba ella á su mudita, y, conversando con ella por señas, logró ponerle la mano en el pulso.

A este tiempo pasó cerca de ambas Carlos y exclamó:— ¡Qué crimen tan horrible! Ese malvado Christian acaba de dar de puñaladas á Julian Peveril.

La pobre muda que alargaba el pulso, saltó como si hubiese resonado un cañon al oido de la infeliz muchacha, y dió un grito dolorido tan grande que se estremeció el buen monarca, y casi llegó á sentir haber hecho la prueba. — Es una chanza, hija mia, dijo: Julian está bueno, no hice mas que servirme del talisman de un dioscecito ciego llamado Cupido, para dar á una de sus vasallas, sorda y muda, el uso de sus facultades.

— ¡Me he vendido! dijo ella con los ojos bajos, me he vendido, y era justo que quien pasó su vida en vender á los demas, se dejase atrapar en sus propias redes. ¿Pero donde está mi



maestro de maldades? ¿Donde está ese Christian, que me ha hecho hacer el papel de espia para con esta señora demasiado confiada, casi al punto de ponerla entre sus manos sangrientas?

— ¡Oh! ¡oh! dijo el rey, esto requiere un examen mas secreto. Los que no tengan interés directo en este negocio pueden salir de este cuarto, y que venga luego luego ese Christian. — ¡Miserable! exclamó él al punto que le vió, descúbreme al instante todas las astucias de que te has valido, y los medios extraordinarios que has empleado.

— ¡Me ha descubierto ella! dijo Christian, me ha entregado á las prisiones y á la muerte por satisfacer una pasion loca, una pasion sin esperanza! pero sepa vm. Zarah, continuó mirándola sombrío, sepa vm. que si me conduce á la muerte asesina vm. á su padre.

Miróle la desdichada joven agitada sin poder responderle. — Vm. me habia dicho, exclamó ella por fin, que yo era hija de su hermano de vm. muerto por orden de esta señora.

— Era para empeñar á vm. á representar el

papel á que la destinaba yo en el drama de mi venganza, tanto como para ocultar lo que los hombres llaman la ignominia de su nacimiento de vm.; pero de cierto, es vm. hija mía, y del clima oriental bajo el que nació su madre ha recibido vm. esas pasiones indómitas de que yo he procurado aprovecharme, pero cuyos torrentes, abriéndose otra madre causaron la pérdida de su padre de vm. ¿Sin duda me van á llevar á la Torre?

Habló así con el mayor sosiego, y sin hacer alto al parecer de la desesperacion de su hija, que se habia postrado á sus pies llorando y sollozando.

— Eso no puede ser, dijo el rey, movido de compasion por esta tierna escena. Christian, si te avienes á dejar este pais, en el Támesis hay un navio que debe dar á la vela para la Nueva Inglaterra. Ve con tus intrigas á otros climas.

— Yo podria muy bien apelar de esta sentencia, dijo Christian con audacia, y si me someto á ella, es porque tenia resuelto partir al mismo punto. Con media hora mas hubiera yo logrado que me pagase esta muger soberbia lo



que me debe, pero se declaró contra mi la fortuna. Levántate Zarah que ya no te llamas Fenella, dí á la condesa de Derby que si la hija de Eduardo Christian, la sobrina de la víctima que ella asesinó, se ha humillado hasta entrar á servirla, era solo con la esperanza de vengarle, frustrada por desgracia. Tú debes conocer ahora tu locura. Tú querías ir tras un joven ingrato, abandonar cualquier otro pensamiento para lograr la mas leve señal de atencion; y al presente, mira como estás desechada, proscripita, despreciada é insultada por los que hubieras podido tener á tus pies, si te hubieses conducido con mas prudencia. Nada importa, con todo eso, siempre serás mi hija. Ven conmigo, que otros astros hay ademas de los que brillan en la Gran-Bretaña.

— Detenedle, exclamó el rey. Es preciso que nos diga como ha entrado su hija en nuestras cárceles.

— Pregunte Vuestra Magestad á su carcelero protestante, dijo Christian, y á sus pares muy protestantes, quienes, para tener un conoci-

miento exacto de lo que se llama conspiracion de los papistas, han buscado medios de acercarse á los presos de dia ó de noche. Si Vuestra Magestad quiere hacer una informacion sumaria sobre esto, Su Señoría el duque de Buckingham podrá ser de mucha importancia en el caso.

— Christian, le dijo el duque, tú eres el hombre mas malo y mas sin vergüenza que ha existido sobre la tierra.

— Ciertamente, exceptuando ciertos pares, respondió Christian. Y al decir esto se retiró con su hija.

— Anda tras él, Selby, dijo el rey, y no le pierdas de vista hasta que se haga el navio á la vela. Si tiene la osadia de presentarse en Inglaterra, será con su riesgo. ¡Ojalá que pudiéramos desembarazarnos tan bien de otras gentes no menos peligrosas que este! Y me alegrara tambien, añadió poco despues, que se acabaran todas nuestras conmociones políticas, con el sosiego que ha concluido este asunto. <sup>®</sup> Aquí tenemos una conspiracion que no ha cos-



tado ni una gota de sangre, junto con los elementos todos de una novela, sin su desenlace ordinario. Tenemos aquí una soberana errante, perdone Vuestra Señoría, dijo á la condesa, un enano, una maga de Mauritania, un malvado incapaz de arrepentirse, un gran señor contrito y penitente, y por conclusion ni horcani boda.

— No faltará tal vez la boda, señor, dijo la condesa que habia podido hablar un poco con Julian Peveril en la misma noche. Hay cierto mayor Bridgenorth, cuya intencion era quedarse en Inglaterra, para someterse á las persecuciones que Vuestra Magestad mandase hacer sobre el negocio concluido poco ha, pero que, si su real voluntad es que no se haga ninguna, tiene intencion, como estoy informada, de ausentarse del pais para siempre. Este Bridgenorth pues se halla en posesion legal de casi todos los antiguos dominios de la familia de Peveril, y quiere devolverlos á sus antiguos propietarios, añadiéndoles otros bienes considerables, bajo la condicion de que nuestro joven Peveril se case con una sola hija que tiene el tal mayor.

— Por vida mia, dijo el rey, es preciso que la muchacha fuese muy fea para que Julian necesitara que se instase mucho para convenir en el trato.

— Se quieren ambos como dos amantes del siglo pasado, dijo la condesa; pero al anciano caballero no le acomoda la idea de alianza con una Cabeza Moronda.

— Nuestra recomendacion real arreglará todo eso, dijo Carlos, ha perdido tanto sir Geoffrey Peveril por nuestro servicio, que no es posible se niegue á considerar nuestra intercesion, cuando tiene por objeto indemnizarle de todas sus pérdidas.

Se puede suponer que no hablaba el rey de este modo, sin conocer el ascendiente sin limites que tenia en el corazon del caballero; porque un mes despues se tocaron y voltearon las campanas de Martindale-Moultrassie, para celebrar la union de dos familias, cuyos dominios habian dado el nombre á este pueblo, y el fanal de la torre del castillo despidió una luz que se difundió por los valles y por enci-



ma de las montañas, convidando para que concurrieran á las fiestas los de veinte millas á la redonda.



FIN DEL TOMO QUINTO Y ULTIMO.

## CURSO DE HISTORIA,

DESTINADO A LOS NIÑOS,

POR

M. LAMÉ FLEURY.

Al publicar este *Curso de Historia, Destinado á los Niños* nos proponemos cubrir la necesidad de la época, facilitando á la juventud los estudios históricos, tan precisos de algunos años á esta parte segun todos los sabios.

No puede revocarse en duda la utilidad de tal estudio, con respecto á la enseñanza elemental, no puede menos de tener aceptación entre los padres de familia, como medio de interesar á los niños el relato de hechos positivos, sustituido al de as

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



ma de las montañas, convidando para que concurrieran á las fiestas los de veinte millas á la redonda.



FIN DEL TOMO QUINTO Y ULTIMO.

## CURSO DE HISTORIA,

DESTINADO A LOS NIÑOS,

POR

M. LAMÉ FLEURY.

Al publicar este *Curso de Historia, Destinado á los Niños* nos proponemos cubrir la necesidad de la época, facilitando á la juventud los estudios históricos, tan precisos de algunos años á esta parte segun todos los sabios.

No puede revocarse en duda la utilidad de tal estudio, con respecto á la enseñanza elemental, no puede menos de tener aceptación entre los padres de familia, como medio de interesar á los niños el relato de hechos positivos, sustituido al de as

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



fábulas. Profesores y maestros de ambos sexos y métodos distintos han adoptado nuestras obras, y sehan introducido en muchos colejos para las clases elementales, advirtiéndose los mas felices resultados.

HISTORIA SANTA ;	1 vol. en-18.
HISTORIA ANTIGUA ;	1 vol. en-18.
HISTORIA GRIEGA ;	1 vol. en-18.
HISTORIA ROMANA , 1ª parte <i>la República ;</i>	1 vol. en-18.
HISTORIA ROMANA , 2ª parte <i>El Imperio ;</i>	1 vol. en-18.
HISTORIA DE LA EDAD MEDIA ;	2 vol. en-18.
HISTORIA MODERNA ;	2 vol. en-18.
HISTORIA DE FRANCIA ;	2 vol. en-18.
HISTORIA DE INGLATERRA ;	2 vol. en-18.
HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO DE LA AMERICA ;	1 vol. en-18.

Imprenta de ÉVERAT, calle del Cuadrante, 16.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





NUEV  
IOTE